

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

158

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 31 octubre - 6 noviembre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Número 309

9.212

AYUNTAMIENTOS
HAN TRANSFORMADO
LA FISONOMIA
DE ESPAÑA

ELIGE Y VOTA



Los pueblos españoles se están embelleciendo y transformando gracias al tesón y la voluntad de los hombres elegidos para la Administración municipal. Esta fotografía es un ejemplo entre 9.212 y nos muestra la nueva Plaza Mayor de Potes (Santander). (Vea la página 3)

CADA PUEBLO VALE LO QUE VALE SU ALCALDE

ALEMANIA Y FRANCIA CONTRAEN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA EN PARIS

Comentario de M. Blanco Tobío a la Conferencia Internacional recientemente celebrada en la capital francesa (pág. 9)

UNA LAGRIMA

Novela por Arturo Benet (pág. 36)

HUMO, RUIDO, FUEGO Y VENENO CONTRA LA PLAGA DE LA LANGOSTA

Carta del Director a don Eduardo Gallego Ramos (pág. 7) ● Entrevista con Víctor Ruiz Iriarte (pág. 13) ● Manuel García, inventor del laringoscopio (página 17) ● Burgos, por nuestro enviado especial Enrique Ruiz García (página 22) ● Entrevista con Juan Cristóbal sobre un monumento al Cid (pág. 28) La última historia romántica en el cementerio de Arenys de Mar, por Francisco Salvá Miguel (pág. 32) ● Entrevista con José María Cordero Torres sobre «Relaciones exteriores de España» (pág. 44) ● El libro que es menester leer: «El pueblo de la Sierra», por J. A. Pitt-Rivers (pág. 48) ● Harold E. Stassen, vida ejemplar de un hombre de lucha (pág. 56) ● La Interpol (página 61)

Información especial por R. Gamazo Rico desde Tenerife, y Paulino Gómez Posada desde Las Palmas (pág. 51)

También en otoño

se acumulan toxinas. Renueve la sangre en cada cambio de estación, limpiándola con "Sal de Fruta" ENO, bebida que iguala la acción de la fruta fresca y madura.



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

LIMPIA LA SANGRE DE TOXINAS

ES UN PRODUCTO DEL LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. - MADRID

ELIGE Y VOTA

9.212 Ayuntamientos
han transformado
la fisonomía
de España

Cada pueblo vale lo
que vale su Alcalde



ESPAÑA entera va a celebrar dentro de unos días elecciones municipales. Nuevos concejales sustituirán a parte de los actuales, no porque su gestión haya sido ineficaz, descuidada o malevola, sino porque la ley—una ley con savia nueva para una España de pensamiento nuevo—asi lo manda.

La gran tradición municipal española, principiada cuando Roma—la Roma de los Césares—poseía un Imperio, seguida por los Consejos de la Edad Media, ennoblecida allá por el siglo XI, comenzada a declinar bajo la Monarquía de los Austria, rota totalmente en el siglo XIX con una ley que sigue la moda y el estilo francés, centralizador y legalista, intentada revivir en 1924 y vuelta a ser francesa por la decisión de la última República, ha sido restaurada, engrandecida, puesta en el sitio verdadero de la nación por el Estado español de Francisco Franco.

El Municipio español, el Municipio actual, con sus elementos integrantes fundamentales—territorio y población—es una célula compacta, unida y perfecta—dentro de la humana perfección de los hechos—, en la organización política de España. De uno de estos elementos fundamentales, del último concretamente, salen las personas que lo dirigen: el Alcalde y los concejales. Y son, también, las personas que han convivido con ellos, los cabezas de las familias y los miembros de la Organización Sindical, que saben de su competencia, de su honradez y de su trabajo, los que los eligen. Una elección sin apreturas, sin trampas, sin tapujos, sin nombres impuestos. Porque, en definitiva, los más capaces, elegidos por el libre conocimiento de sus vecinos, engrandecerán el Municipio y, como consecuencia probada, el nivel de vida de aquellos que depositaron en ellos su confianza.

Vaya en este reportaje que ofrece hoy EL ESPAÑOL a sus lectores una sintética visión de las obligaciones de los Municipios, de la labor de los mismos y de la importancia enorme, en suma, que esta tarea ha representado y representa en la vida nacional. A lo largo de sus líneas aparecerán nombres de ciudades, de pueblos, de villas o de aldeas. Y también las de sus Alcaldes respectivos. Elegidos totalmente al azar, sin ánimo de favoritismo alguno, la relación de sus acciones—obras y tareas semejantes a los de cualquiera de los 9.212 Municipios que hay en nuestra Patria—viene a ser como el espíritu hecho noticia de una gran comunidad institucional: los Ayuntamientos de España.

UN MUNICIPIO NUEVO, TRES VECES MAYOR QUE EL ANTIGUO

PARA el viajero que por primera vez llega a una ciudad o a un pueblo, la impresión externa es la que prevalece sobre todas. Y siempre, a su regreso, el comentario viene a ser, poco más o menos, así:

- Qué calles tan amplias.
- Qué jardines tan preciosos.
- Qué iluminación tan potente.
- Qué edificios tan modernos.

El aspecto externo de los Municipios ha sido conseguido, ni más ni menos que transformando lo viejo y transformar lo viejo equivale a derribar lo antiguo, a construir lo nuevo y a remozar lo mediano.

Gran número de Municipios en España tiene su Plan de Urbanización. Con arreglo a la más

depurada técnica, los arquitectos municipales o los designados al efecto trazan nuevas avenidas, nuevos parques o nuevos jardines. Y el resultado en la realidad se llama autopista de María de Molina, en Madrid, o plaza de las Catedrales, en Zaragoza, o jardines de Puerta Oscura, en Málaga, o la plaza de la Villa, en Arenys de Mar, o la plaza de Don Gonzalo, en Navarrete, por ejemplo. Y los Alcaldes que vieron el resultado fueron Finat y Escrivá de Romaní, Gómez Laguna, Alonso, Pons Guri y Moreno completando la lista. De esta manera, la obra que hicieron los hombres, que empezaron unos y terminaron otros, motiva, así,

Escuelas y casa para el maestro en el Municipio de Tolibia de Abajo, provincia de León

un comentario justo en las palabras de los que la contemplan: —Esto lo hizo el Alcalde.

Lo más importante, dentro de los Planes de Urbanización, es el estado de sus realizaciones. Una entidad, Tortosa, acabó completamente el suyo. Por el delta del Ebro, reflejándose en las aguas grises del río, la recta luminosidad de las avenidas nuevas, de los edificios recién levantados y de los parques públicos acabados de regar pone sencillamente en el espacio la buena señal de un trabajo y de una gestión victoriosa.

Muchos Municipios mayores de 20.000 habitantes tienen terminado su Plan de Urbanización. En tres de ellos—Hospital de Llobregat, Tarrasa y Gijón—, la nueva ordenación llega a reemplazar el antiguo casco urbano por otro tres, dos y una vez, respectivamente, más grandes que el antiguo.

ACERAS, JUNTO A LAS CALLES, PARA LOS ARBOLES

Si uno de los capítulos de la urbanización está en las casas, otro está en las calles. Tan importante es lo uno como lo otro. Cada casa ha de tener su calle, y viceversa. No es solamente la capital de provincia o el gran centro industrial, agrícola o ganadero el que se preocupa de pavimentar las calles; son también los pueblos pequeños los que se esfuerzan y proyectan amplias y decente vías públicas.

—Calles rectas, limpias, lisas... las nuevas de Alicante.

Os dirá cualquier viajero que



venga de aquella tierra junto al Mediterráneo. E inconscientemente habrá dado su mejor elogio a Agatángelo Soler Llorca, Alcalde que las cuida.

De los pueblos menores, Cangas del Narcea, allá por Asturias, es el lugar de España que más tiene, en superficie, pavimentadas las calles, plazas o vías públicas, pues el noventa y cuatro por ciento de la superficie total de las mismas posee adoquinado fuerte, de piedra o de asfalto, pareciendo, desde cualquier cercano cerro, que se contempla una modernísima ciudad minúscula, fabricada por los hombres, situada entre las pomaradas de la Naturaleza. Y su Alcalde, Manuel Alvarez Cosme—asturiano de cepa honda—os podría dar la bienvenida con, poco más o menos, estas palabras:

—Bien venido, señores, a la ciudad que nunca conoció los baches.

Junto a las calles, porque sobre las aceras fueron plantados, se encuentran los árboles. Todos los Municipios de España pusieron los suyos. Pero plátanos más bonitos, más armónicos, más adollescentes, no los haya tal vez mejores que en Guadalajara, en aquel paseo que desde la iglesia de San Ginés llega hasta el Campo del Productor. Cuando su Alcalde sale para dirigirse al Ayuntamiento, que está más abajo, en la plaza Mayor, no puede reprimir siempre una mirada de orgullo. Y Pedro Sanz Vázquez, que así se llama, dirá en silencio:

—Cuando estos árboles se hagan tan grandes como las nubes...

UNA CIUDAD ARRIBA Y OTRA ABAJO

Otra de las primordiales obligaciones de los Municipios se encuentra en el alumbrado público. Las viejas bombillas, individuales y pobres, de los pueblos solitarios, o los faroles mortecinos de gas en ciudades de mayor tronio, o ya las lámparas de aceite y de petróleo que pasaron a categoría de objetos primitivos, han desaparecido casi de las instalaciones públicas.

Madrid, por ejemplo, dispone hoy de siete u ocho distintos modos de alumbrado fluorescente, que pueden permitir el lujo, al conductor de un automóvil, de decir:

—Verdaderamente, parece que estamos de día.

Y si nos vamos a las provincias, allí tenemos a Huelva, con su barriada de Nuestra Señora de la Cinta, y a Salamanca, con sus farolas de dos luces en la calle de España, o los brazos mu-

rales de Cartagena, o los faroles artísticos y bellos de Baracaldo. Cuatro Alcaldes que, en este capítulo de las luces, podrían grabar su nombre con tubos luminosos de colores. Unos tubos que, sin más, dirían: Rafael Lozano Cuerda, Carlos Gutiérrez de Ceballos, Miguel Gómez y José María Llaneras Zabaleta.

Si de lo alto, de la luz, descendemos a las tinieblas, tendremos, por necesidad, que bajar al alcantarillado. Tan importante es esta función municipal, que de ella depende nada menos el estado sanitario de la población, su limpieza y el olor bueno de sus calles.

Por eso, cuando un hombre de Vitoria diga a otro:

—¿Sabes, chico? Casi treinta kilómetros de alcantarillado nuevo llevamos puestos debajo de las calles...

El segundo, forzosamente, pensará en brigadas de obreros excavando túneles como topos gigantes con un hombre que por esencia los dirige. No a ellos tan sólo, sino cuanto a la ciudad concierne. El nombre de este jefe—Alcalde del Municipio alavés—tiene tres palabras rotundas: Gonzalo Lacalle Lelout.

PUEBLOS CON NOMBRES DE FUENTES

El agua potable, que una vez traída a casa nos parece algo tan consustancial con nosotros mismos que no tiene separación, es muchas veces producto del esfuerzo y del desvelo de toda una serie de hombres encuadrados en una Corporación local: el Ayuntamiento.

Desde el rescate para su mejora de la concesión en Gerona, por el Municipio, del suministro de agua, que daba una Empresa particular, a los casi diez nuevos kilómetros de tubería, estación elevadora, del agua y capacidad de 300 litros por habitante y día que se dan en Valladolid, toda una teoría de distribuciones—siempre en beneficio del vecino—han sido elaboradas por los distintos y cada uno de los Municipios de España.

Pudiera parecer que en estos tiempos de desintegración del átomo—tiempos esencialmente matemáticos que vivimos—no exista otra medida de capacidad para los volúmenes de agua consumida que el litro, o su múltiplo el metro cúbico. Mas en una ciudad española, en Manresa, provincia de Barcelona, hay una curiosa unidad de suministro que tiene sabor a tiempo antiguo y desconocido: la pluma de agua. Pero si en los recibos y en los contratos por plumas de agua se

miden los caudales, no por ello se descuida la instalación de nuevos sistemas de esterilización y filtraje. Con lo que Juan Prat Pons, su Alcalde, podrá decir si le viene en gana, que «dos plumas tiene para el agua: una, para medir, y otra, para firmar». Y sus vecinos sabrán perfectamente a qué atenerse.

El agua es, sin duda, principal base en otros servicios que los distintos Ayuntamientos han de realizar: limpieza de las calles por medio del riego, parque de bomberos, fuentes públicas, baños públicos, etc.

Conforme es el número de habitantes y, por consiguiente, la extensión municipal, así es, en proporción debida, el servicio contra incendios. Desde los voluntarios bomberos de Orihuela, por ejemplo, que no residen en parque alguno, y que solamente acuden al incendio desde sus trabajos de albañiles cuando el toque general de la campana así se lo señala, hasta los rápidos y veloces camiones de los parques de Madrid y Barcelona, los Ayuntamientos sostienen toda una diversidad de Cuerpos locales de bomberos, con arreglo a un detallado estudio estadístico de los siniestros que por término medio se producen en el año. Y dentro de sus posibilidades económicas, compran y renuevan el material. E incluso se aumenta el personal. Ejemplo de esto son los casos, por citar, de Cádiz y Castellón de la Plana. El primero dispone de uno de los más modernos coches de fabricación extranjera, de la especialidad; el segundo, en el plazo de cinco años, triplicó la plantilla fija de su dotación humana. En el Municipio de ambos, sus Alcaldes respectivos guardan conciencia del deber cumplido. Y en el recuerdo particular de los especialistas quedarán sus nombres y apellidos: José León Carranza Gómez y Carlos Fabra Andrés.

Orgullo y ornato de los pueblos pequeños son sus fuentes públicas. Situada, generalmente, en el centro de su principal plaza, las fuentes de los pueblos vienen a ser una especie de Casino femenino donde corren las historias de las vecinas, el relato de los noviazgos empezados o rotos, las noticias felices de las cosechas o las tristes nuevas de las defunciones de los ancianos que ya parecían ser insustituibles.

Cincuenta mil fuentes públicas, redondeando el número, hay en las plazas, en las calles o en las esquinas de los Municipios españoles mayores de mil habitantes. Desde la fuente con tradición y con esencia vinculada a la fisonomía de la capital, como la madrileña Cibeles, hasta la fuente más artesana, como la de cualquier pueblo de España—ahí están las de Horche, Romanones, Tamurejo o Santa Engracia de Jubera—, todo un gran patrimonio rural de Fuentelapeña, Fuentelcésped, Fuente el Olmo de Fuentidueña, Fuente Encalada, Fuentesclaras del Chillarón o la misma Fuente Ovejuna, sonoriza en la toponimia propia ese ele-



He aquí el momento de la inauguración de un bloque de viviendas en Hospitalet de Llobregat, Municipio que tiene casi terminado su Plan General de Urbanización

mento participe en el poblado que es el pilón comunal.

Luego, están los lavaderos públicos, y las piscinas, y las bocas de riego, y los abrevaderos de ganado. Unos 30.000 de estos últimos hay por España en los mismos anteriores Municipios. Aunque alguno, como el de Siero, en Oviedo, bata la marca:

—Quinientos y pico abrevaderos naturales tenemos en el pueblo—dirá un su aldeano.

El Alcalde de Siero, Leandro Domínguez Vigil Escalera, honradamente, se mostrará contento de la donación de la geología.

LA HERMANDAD DEL OFICIO EN MERCADOS Y MATADEROS

Por las capitales y los pueblos de España va desapareciendo la estampa, un poco clásica, del mercado extendido a lo largo y lo ancho de una vía apartada o de una cualquier céntrica calle.

Lonjas de amplia fachada, buena distribución, cumpliendo todos los requisitos de la más depurada limpieza y de la higiene, junto a mercados cerrados, de construcción moderna, dan a los pueblos una nueva fisonomía.

Si por el Sur vamos, ahí está Málaga—al terminar la calle Mármol—, con un nuevo mercado que rebasa las condiciones de amplitud de los dos existentes. Sus departamentos de venta, cubiertos de variados mosaicos, dan al edificio una inédita semejanza a un singular palacio de leyenda. Y si por el Centro —Madrid es la parada—, el mercado de Nuestra Señora de las Maravillas, en Cuatro Caminos, ha hecho el humano milagro de la desaparición de infinitos y diminutos puestos de verdura y toda clase de comestibles, que daban al distrito un aspecto de zoco en revoltijo.

Mas esta labor de construcción y urbanización no se da sólo en los grandes Municipios. Se da a lo largo y a lo ancho de la extensa superficie hispana. Villanueva del Arzobispo es un pueblo de Jaén, con cerca de 15.000 habitantes. Su mercado de abastos, con las obras de ampliación, ha quedado desconocido. El viejo mercado se ha convertido en una lonja moderna y atractiva. Una gran cámara frigorífica, con suficiente capacidad para carnes y pescados y una fábrica de hielo, que produce 500 kilos diarios, son muestra simple de esta obra de un pueblo elegido. Y el hombre que la vió terminada y que hoy la cuida es su Alcalde: el doctor Sánchez Catedra.

Nerja es un pueblo de la costa malagueña. Lo cruza la carretera general de Málaga a Granada. Hace cinco años, a Nerja —el pueblo más bonito de esta costa mediterránea, el de las preciosas vistas del «Balcón de Europa»—le faltaba un mercado y una línea de teléfonos. Un pueblo sin teléfono y sin mercado es, quizá, como una máquina de fotografiar que no tuviera carretera Antonio Millán Ramírez, Alcalde de Nerja, ha visto aquella obra que realizara José Cobos, su antecesor: teléfono y un mercado simpático, que se levanta en un viejo solar de la Ermifa.

En Valencia, o en Alicante, o

en Murcia, o en cualquier capital o pueblo de la región levantina, los mercados apenas se notan: hay en ellos un asombroso silencio. Los vendedores no pregonan con el grito agudo, como en otras partes.

El Ayuntamiento de Valencia inauguró un nuevo mercado de frutas, verduras y hortalizas al por mayor, considerado, por sus dimensiones, modernidad y servicios, como el mejor de los instalados en España. El señor Alcalde de Valencia, Baltasar Rull Vilar, puede, por ello, estar, con justicia, satisfecho.

Los Alcaldes son hombres con muchas obligaciones. Más obligaciones que derechos, que no todo es ir con la vara en la mano presidiendo la procesión del pueblo el día del Patrono. Eso es un día al año. A la Institución que presiden está reservada también la inspección higiénica de alimentos y bebidas. El mismo día que cierto Alcalde de un pueblecito andaluz cogió la vara de mando, llamó al veterinario municipal y le dijo:

—Señor veterinario. ¡Mucho cuidado con eso de la triquinosis!

El veterinario entró en un despacho de la Casa Consistorial, sacó de un cajón de su mesa un resumen de la labor en el año, en el que no aparecía ningún caso de esta enfermedad, y mostrando al nuevo Alcalde la caja de lentes del microscopio, que siempre llevaba consigo, dijo:

—Ningún microbio pasará sin mi permiso, señor Alcalde; la triquina está vencida.

Existen en España unos 5.000 mataderos municipales, de los que 2.000 son de construcción reciente. En los pueblos de menos de 1.000 habitantes, el sacrificio de reses se hace, muchas veces, en casa de particulares, previa visita del veterinario municipal, que da su informe a la Alcaldía.

La salubridad perfecta de los alimentos está fielmente protegida. La hermandad de los mataderos y de los mercados se halla 9.212 veces repetida. Tantas, pues, como Alcaldes hay en España.

LA BENEFICENCIA, LAS CASAS DE SOCORRO Y LOS ASILOS

El laboratorio de Higiene Municipal tiene a su cargo la vigilancia de las aguas de abastecimiento, la inspección de sustancias alimenticias, el servicio antirrábico y un completo servicio sanitario.

Si un pacífico ciudadano, mientras va caminando por la acera, dando el último vistazo al periódico del día, tiene la desgracia de pisar un perro y los colmillos del can se clavan en la pierna del distraído lector, su primera visita es a la inmediata Casa de Socorro. Practicada la cura de urgencia, el paciente es trasladado al Servicio Antirrábico Municipal. Viene como primera providencia la fulminante denuncia del perrito, que, durante quince días, quedará encerrado en el Instituto Antirrábico del Municipio, bajo la vigilancia de un personal especializado. Si el perro estaba vacunado, la inyección antirrábica es voluntaria



Das vistas del nuevo Belchite. Municipio de Teruel. Arriba: la plaza; abajo: una de las calles principales



por parte del paciente. El Servicio de vigilancia comunica al veterinario de guardia:

—Sin novedad. El perro ingresa ayer sigue bebiendo agua.

Entonces, es señal de que no hay peligro.

El capítulo cuantioso de la Beneficencia Municipal no puede ser, moneda a moneda, detallado.

Como ejemplo, entre la protección de menores, la cura de heridos o la atención de ancianos, vaya esta Institución que, patrocinada por el Ayuntamiento de Logroño, funciona en la capital. Es el Asilo Nocturno Refugio de Caminantes.

Una casa, situada cerca del Hospital Civil, no lejos de los Almacenes y Talleres Municipales y al lado de las viviendas protegidas construidas hace poco, cumple el oficio.

Cuando un hombre o una mujer demanda refugio nocturno, el guarda, lo primero, pone una condición:

—Este lugar es sólo para viajeros. No se puede permanecer en él más de dos noches seguidas.

El caminante pobre, escaso de recursos, que marcha tal vez hacia otros lugares en busca de trabajo, acepta la condición, porque a él también le interesa llegar cuanto antes a su destino.

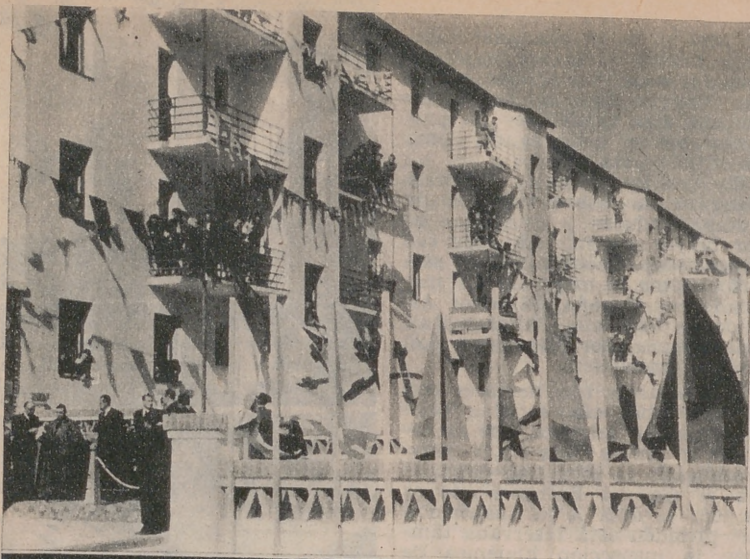
Al despedirse, el mismo guarda, antes de emprender el camino, entrega al viajero un socorro para la marcha.

Nadie pregunta nada al que llega. Y si la hora de la cena no ha pasado, mesa puesta hay para el acogido.

Un hombre, por encima de todos, dirige el Centro: Julio Permas Heredia, Alcalde presidente del Ayuntamiento de Logroño.

UNA BATALLA ACTUALÍSIMA: LA VIVIENDA

Los paisajes de los pueblos o los perfiles de las ciudades van, día a día, transformándose. Son,



Gran grupo de viviendas en el barrio de Cerro-Bermejo, edificado por el Ayuntamiento de Madrid

casi, como un actor de teatro consumado que cambiase de caracterización. Crecen casas y más casas, en esta batalla contra la escasez de viviendas empujada por todos los organismos del Estado.

Si el Ayuntamiento hizo casas en Santander, también las hizo el de Logroño, o el de Calahorra, o el de Cuenca, o el de San Sebastián, o el de La Coruña, o el de Linares. Que todos, en la medida de lo posible, contribuyeron a la obra.

Más quizá sea en los pueblos pequeños donde esta acción municipal entra de una manera más rotunda en la visión de los individuos. El campesino que con nosotros viene por el camino, indefectiblemente tiene la noticia al vislumbrar el edificio primero:

—A aquellas casitas blancas, treinta o cuarenta, todas iguales, las hizo el año pasado el Ayuntamiento para obreros y labradores.

Esto, sin más, ocurrirá en Hervás, por ejemplo, pueblo de Cáceres con apenas 5.000 habitantes en su censo Jaime Martín es el Alcalde de Hervás. A finales del pasado año, don Jaime veía terminada la obra de veinte viviendas protegidas para obreros agrícolas, catorce para maestros de Enseñanza Primaria, un Centro de Higiene Rural, casa del médico y un amplio y espacioso Grupo Escolar. Si algún amigo, por alabarle, le decía:

—Esta es tu obra, Jaime; ésta es tu obra.

El contestaba, sencillo y sincero:

—Mi obra, no; la del Ayuntamiento, hombre, la del Ayuntamiento.

Ya en el capítulo de las construcciones aparecen, por derecho y por lugar, las escuelas municipales, las bibliotecas y, en algunas partes, los teatros y los cinematógrafos, dedicados exclusivamente a la educación y al esparcimiento de los escolares menudos. Como en Bilbao, mirando por el Norte y mirándonos en su Alcalde: Joaquín Zuazagoitia Azcorra, un hombre entero, como los buenos.

Luego, también están los Servicios Municipales de Limpieza, la Policía urbana y rural, el fo-

mento del turismo y los transportes. Cuatro capítulos, cada uno complejo y acusado. Así, desde la primera Sección que tiende a delimitarse en todos los Municipios, hasta la última, con el gran aumento de usuarios de los mismos, todos los grandes Municipios españoles han puesto su interés en completarlos. Por que, quierase o no, de los actuales modernos tranvías, trolebuses y autobuses madrileños, a los de hace tan sólo diez años, hay un abismo tan grande como largo es el trayecto de San Francisco a General Sanjurjo, en el número tres del autobús que pasa por la Puerta del Sol.

Y como último, porque para el hombre también es lo último, están los camposantos. En los cuatro caminos cardinales de Espa-



Edificio del Ayuntamiento de Tirva, provincia de Lerida

Esta es, en síntesis, la labor diaria de los Municipios españoles. Quince años de trabajos, de desvelos y de preocupaciones materiales han ido venciendo los Alcaldes.

Bajo la personalidad específica de cada hombre está, por encima de todo, rezumando la esencia, su buena condición de español. Vencer a lo imposible, casi, es tal vez el lema de cada Alcalde nuevo, de cada concejal elegido. Lema de cuatro palabras pequeñas en la escritura, pero grandes y gigantescas en el espíritu. Demostrada ha quedado su magnitud en los hechos. Que así han de verse las cosas: a la luz del día, como las realidades verdaderas de los Ayuntamientos.

ña tiene cada uno su característica. Del cementerio sevillano, con sus mausoleos de toreros famosos, hasta el coruñés, cementerio contemplador de las olas del Océano, los Ayuntamientos españoles velan por la salud de los vivos y por el respetado descanso de los muertos.

Que todo, en definitiva, está encaminado a ser utilizado por los hombres.

UNA TECNICA PARA CADA HOMBRE

Unido al Alcalde y a los concejales, con un sentido ya de más permanencia por el carácter administrativo de los mismos, están los funcionarios que sirven a los Municipios. Desde el oficial encargado del Registro Civil hasta el mismo secretario municipal, pasando por el interventor y el depositario de Fondos, los Cuerpos de la Administración Local es un conjunto esforzado, noble y competente.

La figura sainetesca del viejo secretario, metido en un cuchitril, con manguitos negros para ejercer su misión, indócil al ciudadano, ha pasado, certeramente, a la historia. Hoy, el funcionario que va a servir a un Ayuntamiento desde un puesto de responsabilidad, con una oposición ganada, se documenta y estudia en el Instituto de Estudios de Administración Local. Y la última ciencia, unida al procedimiento moderno, le acompaña al finalizar los cursillos que allí se celebran. Un espíritu uniforme, una preparación garantizada, un magnífico y sólido cuerpo de doctrina, se vierte desde las aulas hacia todos los Ayuntamientos de España. Por eso, el Alcalde que llega, nombrado por el Ministro de la Gobernación, o los concejales que aparecen, elegidos por los cabezas de familia y los miembros de la Organización Sindical que les votaron, se penetran y se encariñan con los hombres que desde los puestos administrativos sirven a la Corporación.

Hay Alcaldes que no quieren, por nada del mundo, desprenderse de su secretario. Y de la recomendación para que le aprueben en los ejercicios, buscada por todos los medios, hasta el deseo interno de que le suspendan para que no le abandone, la anécdota es completa. Sin mala fe, en absoluto, por el municipio, que lo que quiere, en suma, es seguir unidos en el engrandecimiento, más que ninguno, de su Municipio.

Así, de esta manera, el Instituto de Estudios de Administración Local destila una labor municipal vertida luego, día a día, en las realizaciones. Y de rechazo, su director—Carlos Ruiz del Castillo y Catalán de Ocón—puede estar alegre, confiado y contento. Porque materia y hombres hay para el trabajo. Que ya se ven, por otra parte, los frutos cotidianos.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON EDUARDO GALLEGO RAMOS

MEZCLAR la política con el urbanismo es devolver a la política su origen semántico, en el que son casi semejantes la palabra latina «urbis» y la palabra helénica «palis», salvo la diferencia que hay entre Grecia y Roma. Aunque los jonsistas apeteíamos con una intuición hasta visceral un gran Madrid y una España grande, era lo más urgente unirnos con la Falange Española para oponer un frente compactísimo a los sicarios del extranjero e imponer nuestro estilo moral y doctrinal con nuestra vida máxima, que se vertía íntegramente. Encima de la librería Espasa Calpe y más arriba de la tertulia de Ortega y Gasset, ubicada en torno de la «Revista de Occidente», en el ático de esta casa en la antigua avenida de Don Francisco Pi y Margall, nos reunimos con sigilo y clandestinidad los jonsistas y los falangistas durante el Carnaval de 1934. Enfrente, la gente entraba en el teatro del marqués de Fontalba, cuyo teatro va a derribar el Banco Coca para construir sobre el solar su sucursal madrileña. La gente era gente, esto es, sin los cinco sentidos del hombre y sin los otros más que constituyen el objeto de la Parapsicología, ciencia nueva donde se disciplinan muchas atracciones de circo. ¿Cómo iba la gente a imaginarse que le instalarían Pasapoga o el Pingüino, las cafeterías, los cines mejores que los americanos, los autobuses, el edificio «España», los rutilantes escaparates que al mismo don Pepe Ortega, sospechando más que los demás su expansión futura, ponían los pelos de punta, porque de detrás de una vidriera gesticulante puede salir un energúmeno? ¿Cómo leer tantos letreros luminosos, cuyo abecedario aún estaba inédito; cómo figurarse este pedazo transplantado de Broadway? Acordamos el vínculo (F. E. de las J. O. N. S.), sin que la ciudad presintiese que sería saqueada, envilecida por la invasión suburbial y de las Brigadas Internacionales, puesta a prueba la resistencia de sus edificios y de sus almas; pero luego magnificada y embellecida, como la urbe metropolitana de un imperio espiritual. El porvenir de la Gran Vía fué decidido en aquel crepúsculo vespertino del Antrúejo, cuando firmaron juntos un documento José Antonio Primo de Rivera y Ramiro Ledesma Ramos. Para cumplir cuanto el papel contenía y cuanto demandaba nuestra tradición histórica, fué menester el 18 de Julio, el patriotismo del Ejército, el encuadramiento militar de la juventud, el sacrificio de la Cruzada, el Caudillaje de Franco, Gobernando Francisco Franco, España no es sólo una unidad de destino en lo universal, sino algo que ya nos gusta, que ha dejado de ser áspera e incómoda para volverse confortable; que ha perdido su invertebración orteguiana para coordinarse, a pesar de la orografía y del orgullo, entre sus tierras y sus egotismos; que ha sacado los pies de la mesa de camilla de las novelas de Galdós y los estiró desde Rusia hacia más allá del Sahara; que ha aumentado su población y ha crecido su nivel de vida en lo posible; que ha recobrado, al cabo de los siglos, una estrategia para el exterior, superando la táctica de hacerse la muerta o la vengida permanente por Inglaterra y Francia; que ha hermoñado y engañado sus pueblos y sus ciudades, cuya urbanización no entraría en la cabeza de cualquier exilado si regresara de pronto, porque es la metamorfosis paralela y sorprendente a la mutación interna del ánimo ciudadano. La España de los treinta millones de españoles y los treinta millones de españoles de la España de Franco son cosa aparte de la España y de los españoles de 1936, de 1934. Es la España que acabó de edificar e infundió pulso caliente a la Gran Vía, proyectándola a las amplias rutas viarias que conducen hacia algún sitio. Es la España de la avenida del Generalísimo y su estadio de Chamartín con capacidad para ciento diez mil espectadores, cifra en correlación con los treinta mi-

llones de habitantes, y que deja tan atrás a la cabida de las plazas monumentales de toros.

A través de esta superlativa y creadora subversión que realiza la Comisaría General para la Ordenación Urbana de Madrid y sus Alrededores, me pongo otra vez a sus órdenes, mi coronel, señor don Eduardo Gallego Ramos. La última vez que le comuniqué un «sin novedad» castrense fué en el fuerte jaqueño de Rapitán, hace veinticinco años, donde yo era un soldado del regimiento de Telégrafos encargado de las comunicaciones militares; como la primera vez que me cuadré ante Franco, enterándole de que tampoco había novedad en la emisora del fuerte de Coll de Ladrone, al lado de la frontera francesa, en el Pirineo oscense, fué en aquel mismo año de 1929, de las Exposiciones de Sevilla y Barcelona, de la clausura de las Universidades, del trigémino tocado por el doctor Asuero y del apogeo de la novela derrotista de Remarque «Sin novedad en el frente». ¡Cuántas novedades desde entonces, don Eduardo Gallego Ramos, las que cada cual ha vivido y las que usted nos cuenta periódicamente en los «Anales de la Villa de Madrid»! Yo sigo con creciente interés la biografía de la avenida del Generalísimo, como si se tratara de una novela de aventuras que llegase a nuestros ojos por entregas. Hubo durante el segundo Imperio napoleónico un prefecto en París, el barón Haussmann, al que se debe que París haya presumido de ombligo de Europa y del mundo. Todo el turismo que afluye sobre París en la postrer centuria es la renta producida por la inversión genial de aquel prefecto, anticipándose a este concepto de que la belleza en las ciudades cuesta dinero, pero que se recoge multiplicado siempre. En España hay un barón Haussmann, aunque con una vitola más austera, pero con idéntica conciencia de la eficacia y de la continuidad en la administración. Este supremo funcionario, que cumple como ninguno por conocer magistralmente los derechos civiles de la sociedad, tanto como las prerrogativas políticas (en gran parte, deberes) del Estado, no es un prefecto de París bajo Napoleón el Chico, sino el Ministro de la Gobernación del Caudillo, don Blas Pérez González, quien, mediante su Dirección General de Arquitectura y su Dirección General de Regiones Devastadas, ha reconstruido media España y ha desparramado el orden y las bellas artes sobre España entera, ya que todos los Municipios dependen de su Ministerio. Gobernar es prescindir de la maldad y de la fealdad o convertirlas en valores positivos.

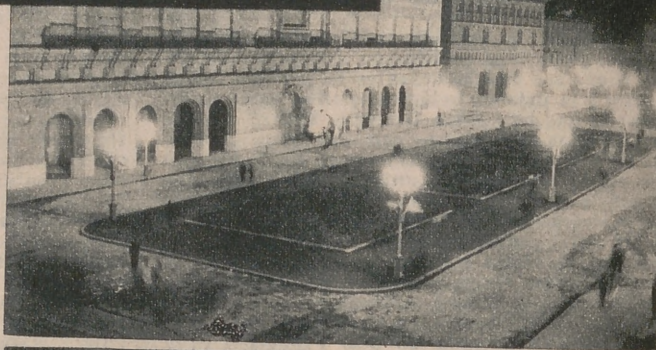
Pasado mucho tiempo, cuando quiera estudiarse cómo se formó y mantuvo la España de Franco, habrá que recorrer la avenida del Generalísimo a partir del edificio de ladrillo y columnas griegas que alberga la Escuela Superior del Ejército, como antes el Museo del Ejército y más antaño el Colegio de Ciegos o Sordomudos; de igual manera que hay un espécimen en el barrio de Salamanca de la España del marqués de Salamanca, o en el barrio de Pozas, de una España del quiero y no puedo. La avenida es cual la partitura de una enorme sonata, de una dilatada y armónica sinfonía que se esfuma en el horizonte. Más allá de los hoteles de lujo y de las residencias con automóviles aparcados de matrícula internacional; más allá del gigantesco estadio deportivo; más allá de las calles afluyentes y paralelas con sus rascacielos y su iluminación, donde, en empresas constructoras e inmobiliarias, han trabajado miles de obreros, más allá de los andenes y de las calzadas para los peatones; más allá de esta extraordinaria construcción urbanística sacada de los polígonos que se cuidan como jardines y que hay que mirar en su anchura desde lo alto (por cuanto felicito a mi paisano don Francisco Prieto Moreno); más allá permanece lo permanente de la Patria. Allí y allá hay postes con unos nombres que indican constantemente una dirección: Burgos, Castilla. Es decir, sobre la realidad que progresa y se perfecciona, el ideal.

UN ALARDE DE LAMPARAS PHILIPS

EL PILAR (Plaza de las Catedrales)

A vieja Plaza del Pilar, antesala y atrio del templo de más raigambre Mariana, sucumbió bajo la piqueta demolidora para convertirse en la magnífica Avenida de Las Catedrales: «Allí, La Seo, y allí, el Pilar...», centrados ambos templos por la maravilla gótica de La Lonja y el nuevo edificio del Ayuntamiento zaragozano, de típica arquitectura aragonesa. Detrás de ellos, el Ebro famoso.

Esta nueva avenida, de medio kilómetro de larga por más de 100 metros de anchura, ha sido el escenario de los más solemnes actos celebrados con motivo del Año Mariano. Este admirable marco por las noches ha tenido una iluminación que ha causado asombro por su alarde luminotécnico, en el que en una hábil combinación de lámparas Philips tipo H PL, de 400 W., entremezcladas con las ML de 250 W. han realizado de forma insuperable la grandiosidad de los actos acaecidos en esta nueva avenida, orgullo de la inmortal ciudad de Zaragoza.



LA AMISTAD DE LOS PUEBLOS MEDITERRANEOS

La presencia en España del mariscal Papagos y de los ministros de Negocios Extranjeros y de la Presidencia de Grecia ha vivificado la cordial amistad de dos pueblos que han tenido siempre las mismas riberas y las mismas aguas. Amistad que estaba servida en la historia por la tradición común del mar Mediterráneo, y en lo político actual, por las vicisitudes que los dos pueblos han tenido que pasar en los últimos años. La venida, pues, del mariscal Papagos a España es, antes que otra cosa, visita de afecto y de reconocimiento que cumplidamente ha sido devuelta por la acogida que el pueblo español le ha tributado. Y al hacerlo, al dejar entre sus manos el presente y el testimonio de su respeto, el pueblo español no hacia otra cosa que establecer y hacer sentir la intuición psicológica de recibir a un amigo de España.

Por otra parte, la perfecta identidad de puntos de vista entre los Gobiernos griego y español sobre el conjunto de los problemas del mundo arroja una luz clara sobre lo que pueda significar la visita. Por lo pronto, significa abrir las ventanas mediterráneas, tan nuestras y de ellos, para hacer notar que la comunidad de los sentimientos, de las ideas y de los afectos son también resultado de una lucha idéntica contra el comunismo.

Porque el mariscal Papagos ha tenido que luchar, hacer frente y vencer a las mismas Brigadas Internacionales que un día llegaron a Madrid, por la vía europea y americana de todas las centrales del comunismo. El mismo enemigo, y casi físicamente las mismas Brigadas intervinieron directamente en Grecia por los caminos de Split, en tierra yugoslava, para ter-

minar y rendir viaje en las montañas de Florina, en Grecia. Puestos oficiales de reclutamiento quedaron establecidos en el número 8 de la avenida Sernat, en Narbone, y en la avenida de Argentina, núm. 14, de Perpignan, adonde, al fin, terminaron por acudir los mismos que fueran barridos muchos años antes de nuestras fronteras.

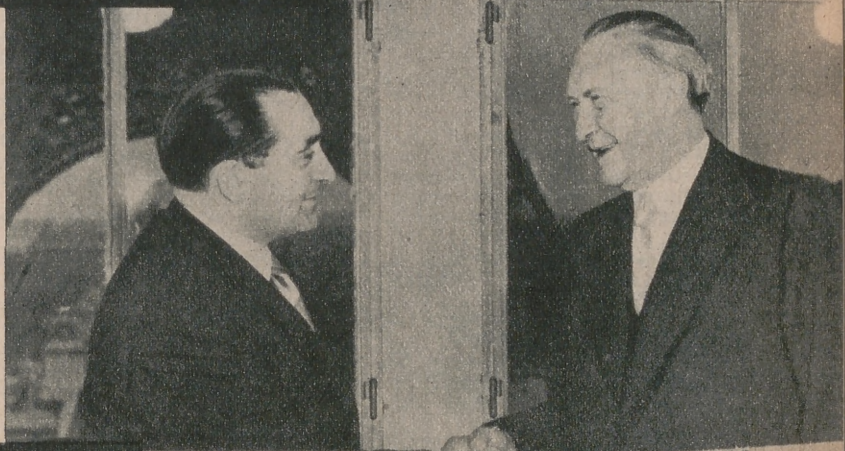
Si es verdad, por tanto, y así se dice, que las razones de la cabeza no son entendidas por el corazón, valga este caso de la entrevista del mariscal Papagos y del Generalísimo Franco como testimonio de carácter contrario. De ahí que las conversaciones encaminadas a desarrollar con más amplitud la colaboración entre las dos naciones, con el doble fin de servir a sus mutuos intereses y a la paz mundial, hayan tenido como fondo y vínculo invisible ese su ser partícipes de una misma herencia del espíritu y una misma guerra franca y desnuda contra el comunismo.

Por otra parte, España, una vez más, se ha ofrecido al mundo en su noble posición alerta. Ningún meridiano la es extraña. La paz mundial, objetivo siempre preferente y primordial en las manos y las cabezas españolas, no es contrario a su espíritu de nación anticipadora de peligros. Al revés, la paz española, la paz que ha recibido a la alta embajada de Grecia, es una paz donde, entre lo que más vale, cuenta precisamente saber lo que ha costado conseguirla. He ahí una de las claves de España. Y el porqué de ser hoy, sin más, el centro de un mundo sin Norte.

EL ESPAÑOL

EL SARRE, UN LUGAR DE EUROPA...

**ALEMANIA Y
FRANCIA
CONTRAEN
MATRIMONIO
DE CONVENIENCIA
EN PARIS**



**EL DUO ADENAUER-
MENDES FRANCE, DONDE
TODO FUERON DISONANCIAS**



EN lo que va de año hemos asistido a las siguientes Conferencias internacionales: Conferencia de Berlín, Conferencia de Ginebra, Conferencia de Bruselas, Conferencia de Manila, Conferencia de Londres y, finalmente, Conferencia de París.

Un día el fallecido titular laborista del Foreign Office, Ernest Bevin, dijo a sus colegas de Gabinete:

—Les avisaré a ustedes si estalla la paz en alguna parte.

La paz todavía no ha estallado. En su lugar, han estallado todas las Conferencias que acabamos de enumerar. ¿Cuáles han sido sus resultados?

Helos aquí, una vez más: En la Conferencia de Berlín se acordó celebrar la Conferencia de Ginebra; en la de Ginebra, la de Bruselas; en la de Bruselas, la de Londres, y en la de Londres, la de París. El resultado principal de una Conferencia internacional, a lo que se ve, es acordar la celebración de otra Conferencia internacional.

Como no es cosa de remontarse hasta los más lejanos antecedentes de la Conferencia de París, situemos al sufrido lector en el palacio de Lancaster House, en Londres. Acaba de finalizar la Conferencia de los Nueve. Los nueve son los cinco del tratado de Bruselas (Francia, Inglaterra, Benelux), más los Estados Unidos, Canadá, Alemania e Italia, estos dos últimos como candidatos a ingresar entre los cinco y Alemania como candidato a ingresar entre los catorce (la N. A. T. O.).

Bueno; estamos en Lancaster House. En este palacio, donde, como dijimos en una crónica anterior, Chopin interpretó polone-

sas para la Reina Victoria, se llegó, en principio, a una serie de acuerdos sobre:

- a) El rearme de Alemania.
- b) La soberanía de Alemania.
- c) La inclusión de Alemania en la N. A. T. O.

Todo ello artillado con un formidable aparato de garantías para que Francia aceptase los apartados a) y b). La principal garantía la suministró Inglaterra, comprometiéndose a mantener en el Continente, durante la friolera de cincuenta años, cuatro divisiones, más la fuerza aérea táctica correspondiente. A última hora, todo lo conseguido tras laboriosos dolores de cabeza, estuvo a punto de naufragar por la cuestión del control de los armamentos. Pero, finalmente, Mendes-France cedió, después de recibir un caldero de agua fría de Mr. Eden. Quedaba otra dificultad: el Sarre. Pero nadie le dió importancia a la cosa.

Error. En París la cuestión del consorcio de armamentos y de su control no dió apenas guerra. En cambio, el Sarre amenazó con volar todo el edificio. Unas horas antes de estampar la firma al pie de 500 folios y 30.000 palabras que sumaban los instrumentos diplomáticos acordados en Londres y elaborados en París, Men-

Mendes-France y Adenauer estrechan sus manos en un gesto de mutua cordialidad. Un acuerdo más a liquidar

des-France, el nuevo «wonderboy» (niño prodigio) o, si lo prefieren, «enfant terrible» de la política europea, declaró que si tres cuartos de hora antes de la solemne ceremonia el canciller Adenauer no se avenía a sus razones no firmaría. Fué el momento metadramático de la Conferencia. El estado de ánimo de los restantes signatarios (los 14 de la N. A. T. O.) era el de los padres de la novia cuando el órgano ataca, ya en la iglesia, la marcha nupcial y el novio todavía no ha aparecido. Finalmente el novio apareció.

Bien; la Conferencia de París ha sido un parto múltiple, algo así como las hermanas Dionne de la política internacional.

Examinemos, una a una, las criaturas venidas al mundo en



Mendes-France, Eden y Lord Ismay, secretario de la O. T. A. N., cambian impresiones antes de la firma del ingreso de Alemania en la O. T. A. N.

la «maternité» del Quai d'Orsay.

En primer lugar, tenemos la devolución de la soberanía plena a Alemania y el fin del régimen de ocupación. Protagonistas: los tres ocupantes occidentales: Estados Unidos, Inglaterra y Francia, más Alemania.

En segundo lugar, tenemos la inclusión de Alemania e Italia en el Pacto de Bruselas, sucedáneo o «ersatz» de la difunta C. E. D. Protagonistas: estos dos países, más Inglaterra, Francia y Benelux, Estados Unidos y Canadá.

En tercer lugar, tenemos la invitación a Alemania a ingresar en la familia atlántica: Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Portugal, Canadá, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda, Luxemburgo, Islandia, Turquía y Grecia.

En cuarto lugar, tenemos el dúo Adenauer-Mendes-France sobre el Sarre.

A todo esto hay que añadir reuniones de Adenauer con su Gabinete y de Mendes-France con el suyo. El diluvio universal, en una palabra, o, mejor dicho, en 30.000 palabras.

UN TERRITORIO QUE NO PUEDE DECIR SU NOMBRE

Si el lector no se ha mareado insistiremos un momento en esta peliaguda cuestión del Sarre.

El Sarre es alemán por los cuatro costados. Tan alemán como las salchichas y la cerveza. Los mismos franceses lo reconocerían así si no se diese la casualidad de que «debajo» del Sarre hay mucho carbón y «encima» del Sarre mucho acero. Estas dos razones han persuadido a los franceses de que el Sarre es tan francés como «La Marsellesa».

Los únicos, al parecer, que ignoran todo sobre el Sarre son los sarreses. Por lo menos, en esta ocasión nadie les ha preguntado si se sienten más franceses que alemanes o más alemanes que franceses.

Digo en esta ocasión porque cuando el 13 de enero de 1935 se celebró el famoso plebiscito, nada menos que el 90 por 100 de los sarreses se pronunció a favor de una vuelta a Alemania.

Al insinuar Adenauer en París que los habitantes del Sarre tal vez tendrían algo que opinar sobre su destino, Mendes-France replicó con viveza:

—Señor canciller, las elecciones de noviembre de 1953 fueron perfectamente libres y, a mayor abundamiento, perfectamente claras en su significación.

Perfectamente libres y perfectamente claras. Tanta claridad se debe, sin duda, al hecho de que entonces, en noviembre de 1953, no estaban autorizados los partidos políticos proalemanes y si solamente los partidos políticos profranceses. Si en las próximas elecciones generales que se celebren en Francia sólo estuviese autorizado el partido radical, que es el del señor Mendes-France, no hay duda de que el éxito de éste sería atronador. Como unas elecciones así concebidas pueden ser calificadas de perfectamente libres, es cosa que algún día tendrá que explicárnos el señor Mendes-France a fuerza de cañaspirinas.

Los alemanes habían transigido con la idea de hacer del Sarre un territorio europeo. Esto, antes de existir Europa como entidad política supranacional, no tenía sentido o lo tenía muy vago, pues la lógica nos impide creer en la posibilidad de que la parte exista antes que el todo. Pero se hablaba de un Sarre europeo y así estaban las cosas. Después falleció la dichosa C.E.D. y con ella el elemento supranacional. Mal podía pensarse en un Sarre europeo sin una Europa europea. Y con esta flagrante contradicción en la cabeza se llegó a la Conferencia de París y al dúo Adenauer-Mendes-France, donde todo fueron—claro está—disonancias.

¿Cómo se resolvió este enigma? Muy sencillo. Juzgue el lector.

El Sarre no será un Estado autónomo, tampoco será un territorio, y como sólo podía ser una de estas dos cosas, resulta que ahora el Sarre no es más que el Sarre, sin calificativos. En lo sucesivo, sólo será «un lugar de Europa», de cuyo nombre no quiero acordarme.

Menos mal que se hace una aclaración: «El Sarre tendrá un Estatuto jurídico europeo.» ¿Dónde? En el seno de la Unión Europea Occidental. Sobre este crucigrama mental tendrán que pronunciarse dentro de unos meses los sarreses. Quiere decirse que en lo sucesivo la principal ocupación de ellos será la de averiguar por todos los medios cuál es su situación en un lugar de Europa.

Hasta ahora, el sufragio universal permitía a un ciudadano libre votar por don Fulano de Tal o por este o aquel partido político. Los ciudadanos del Sarre se enfrentan con algo infinitamente más complicado: Nadie les preguntará si desean ser alemanes o franceses, si quieren ser un Estado independiente o un territorio relativamente autónomo, si son republicanos o monárquicos, demócratas o fascistas, azules o verdes. Nada de eso; tendrán que contestar a la pregunta: ¿Es usted europeo o no? En el fondo, es como si le preguntasen si quiere ser animal, vegetal o mineral. La cosa tiene el mismo sentido.

Yo he leído los textos del acuerdo germanofrancés sobre el Sarre y he visto que se da por descontado que los sarreses dirán que sí, que desean ser «europeos». No está previsto lo que ocurriría si los sarreses dijese que no. ¿Qué ocurriría? No es descabellado pensar en una rotunda negativa, pues en París se ha acordado que serían autorizados en lo sucesivo los partidos germanófilos y nadie sabe cómo puede actuar este factor nuevo en unos comicios tan enrevesados. En fin, ya veremos lo que sucede.

Pero entre tanto, los franceses no han renunciado al carbón ni al acero del Sarre. Este carbón y este acero ya no son europeos. Son franceses, por lo menos en un 50 por 100. La Unión Económica Francosarresa es algo intangible, y como tal aquí nada tienen que pintar las urnas. Los heroicos ciudadanos del Sarre

pueden optar por ser o no ser europeos, pero su acero y su carbón no tienen nada que ver con la supranacionalidad, pese a la existencia del «pool» de ambas materias primas.

PARTO MULTIPLE

En el Quai d'Orsay nació, como nuestros lectores saben, la Unión Europea Occidental. ¿Qué es esto?

No es una Federación ni una Confederación de Estados europeos; no es una «Zollverein», o Unión aduanera; no es, en una palabra, algo que recuerde a unos Estados Unidos de Europa, tal y como fueron pensados desde Podiebrad y Antoine Marini, en 1461, hasta el conde Coudenhove-Kalergi, en nuestros días. Tampoco es una reconstrucción del Sacro Imperio carolingio, ni una Santa Alianza, ni un Directorio europeo.

¿Qué es, entonces? El lector podrá sospechar que tenemos algo personal contra esa Unión Europea Occidental, pero esa sospecha sería injusta. Por muchas vueltas que se le dé, del derecho o del revés, la Unión Europea Occidental no es más que un Pacto suscrito por siete naciones europeas para impedir que Alemania vuelva a tener un Ejército nacional. Así Dios me salve como es esto y ninguna otra cosa.

El sufrido lector podrá argüir. ¿Y Rusia? No se ha montado ese tinglado para hacer frente a Rusia?

Pues, no. Si se tratase solamente de eso, con introducir a Alemania en la N. A. T. O. ya estaba todo arreglado. ¿O es que los soldados alemanes se negarían a batirse por su patria si no pudiesen hacerlo a la sombra de una bandera—la de la C. E. D.—que todavía no ha sido inventada?

Bueno, insistirá el lector; en ese caso, ¿qué significa la palabra Unión?

Significa que esas siete naciones se han unido para impedir que en el futuro los alemanes sientan la tentación de desfilarse de nuevo por las calles de París. Porque si se hubiesen unido pensando exclusivamente en hacer frente a una amenaza rusa, en vez de limitar rigurosamente el rearme alemán, estimularían a los alemanes a que en lugar de doce pusiesen en pie de guerra cincuenta o cien divisiones; cuantas más, mejor. ¿Cuándo ha visto usted a un boxeador, pongamos por caso, atarse una mano a la espalda para luchar con un solo puño? Pues eso es lo que ha hecho Francia con Alemania: atarle una mano a la espalda.

Convencionalmente, cuando se habla de una unión de Estados se alude a un nexo supranacional. La recién nacida Unión Europea Occidental carece de ese elemento, que era el que introducía en las fuerzas armadas europeas la fallecida Comunidad Europea de Defensa, y por eso fué rechazada por la Asamblea Nacional francesa.

La C. E. D., de haber prosperado, habría tenido un Parlamento europeo. Ese Parlamento esta-

ba destinado a serlo el de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero.

Por los acuerdos de París, la U. E. O. tendrá también una Asamblea Consultiva, que estará integrada por los representantes de los siete países en el académico Consejo de Europa, que funciona, como todo el mundo sabe, en Estrasburgo. Estos representantes tendrán así una doble representación: una, en el citado Consejo de Europa, y otra, en la Asamblea Consultiva de la U. E. O.

La voz ejecutiva la tendrá el Consejo de ministros de la U. E. O.—otros siete representantes de los países inscritos—, y sus decisiones se adoptarán, según los casos, por unanimidad, por una mayoría de dos tercios o por simple mayoría.

Inglaterra tendría que contar con una mayoría favorable del Consejo para poder retirar sus tropas del continente. Una atribución verdaderamente importante.

Como puede ver el lector, de la U. E. O. ha desaparecido el elemento supranacional. Este subsistiría solamente en el caso de que los representantes en el Consejo y en la Asamblea Consultiva no dependiesen de ningún Gobierno. Pero precisamente esos señores estarán en los citados organismos para representar a sus respectivos Gobiernos.

UNA CRIATURA DE FRANCIA

Tanto en Londres como en París han acabado por imponerse, en sustancia, las tesis de Mendes-France. La U. E. O. es una criatura inventada por Francia. Las concesiones que ha tenido que hacer el primer ministro francés han sido pequeñas y estaban previstas.

Mendes-France pretendía la creación de una especie de Consorcio de Armamentos, un organismo más de la U. E. O. que se encargaría de administrar directamente la distribución y administración de las armas facilitadas por los Estados Unidos; funcionaria como lo hizo la O. E. C. E. con respecto a los fondos del Plan Marshall. El francés alegaba que esto favorecería más la cooperación europea que la distribución bilateral de armas por los Estados Unidos a sus aliados europeos.

Poster Dulles se negó en redondo. Dijo que la guitarra era suya y que tenía derecho a elegir la música. En virtud de este Consorcio, Mendes-France quería asegurarse de que los americanos no diesen a los alemanes más armas de las precisas. Como siempre, tan confiado...

Otra de las pretensiones de Mendes-France era que el nivel de integración de las fuerzas de la U. E. O. fuese la división. O sea, que dentro de un Cuerpo de Ejército, cada división fuese de su madre. Los expertos militares dijeron que ese era el mejor camino para convertir cada Cuerpo de Ejército en una torre de Babel. En las maniobras que recientemente se efectuaron en Europa se descubrió que una de las principales dificultades era la diversidad de idiomas.



Alemania ha cedido a las presiones de Francia sobre el Sarre. Adenauer observa cómo Mendes-France estampa su firma en los acuerdos

En consecuencia, se adoptó en París el mismo nivel de integración previsto para la C. E. D.: el Cuerpo de Ejército.

AGENCIA DE ARMAMENTOS

El control de los armamentos de la U. E. O.—aquí todo son controles—lo ejercerá una agencia, que para mayor tranquilidad de Francia tendrá su sede en París. Cada nación miembro tendrá en ella un representante.

Esta agencia controlará unas diez firmas fabricantes de armas y vigilará constantemente el nivel de armamento que va alcanzando cada país. Si uno se pasase de los límites establecidos, el Consejo de ministros de la U. E. O. tomaría cartas en el asunto, pero en una forma que no está muy clara. Al parecer, el citado Consejo se limitaría a dar la máxima publicidad a la infracción, que es tanto como ejercer el derecho al pataleo, pues no está prevista una sanción concreta. Claro está que esa previsión resultaría muy difícil en la práctica. Tendría que consistir en desarmar, por las buenas o por las malas, a uno de los países miembros, exhibiendo argumentos que no dejarían de ser extraños.

Los alemanes—objetaría el francés, por ejemplo—tienen 3.000 fusiles más de lo acordado y, en consecuencia, deben entregarlos inmediatamente. No podemos permitir que, en caso de ataque del Ejército rojo, se opon-

gan 3.000 fusiles alemanes más que no han sido contabilizados.

Si el buen humor fuera posible ante estos hechos, cabría sugerir que la U. E. O. debiera encargarse de la fiscalización de su armamento a la ¡Unión Soviética! ¿Quién más interesada que ella en vigilar que nadie se pasase de la raya?

En cuanto al «pool» de armamentos, este asunto ha sido diferido para el 17 de enero. Los holandeses se alarmaron al escuchar esta fecha.

—He ahí una valla más en esta carrera de obstáculos—dijeron.

Pero Mendes-France les tranquilizó:

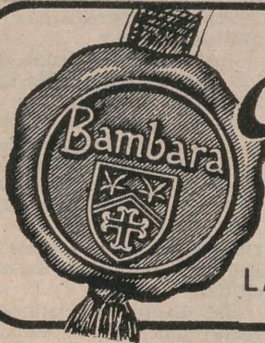
—Antes de esa fecha presentaré los papeles de la U. E. O. a la Asamblea Nacional.

La fecha en cuestión será el 3 de noviembre próximo, cuando los diputados vuelvan a ocupar sus escaños en el palacio Borbón. ¿Qué puede ocurrir aquí? Nadie sabe nunca por dónde se rompe la cuerda en ese ataud de Europa que es la Asamblea Nacional.

Ese mismo día conoceremos los resultados de las elecciones legislativas norteamericanas, de forma que será jornada densa de sucesos. No obstante, el señor Mendes-France espera que la ratificación se hará en diciembre, y de aquí a entonces es muy probable que se haya celebrado una conferencia de los «grandes», con resultados por ahora imprevisibles.

M. BLANCO TOBIO

*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

DEP. DE PUBL. FONTCUBERTA 134

TEATRO DE Matices LA OBRA DE RUIZ IRIARTE, ESPUMA DE LA GRACIA

EL AUTOR EN CUITA
CON SU DUENDE

"NO CREO EN LOS TEATROS DE ENSAYO"



SUENA un timbre. Dan una orden: «¡Fuera la luz de la sala! ¡Batería!» Se alza el telón y empieza el ensayo de estreno. En la sala, que quedó a oscuras, unas filas de butacas, las más cercanas al escenario, están ocupadas por un pequeño público de intimidad en el que hay críticos, fotógrafos de Prensa y otras personas interesadas en el éxito de la obra. Entre ese pequeño público está el director de escena y el autor de la obra que es Víctor Ruiz Iriarte. Estamos en el teatro Infanta Isabel, de Madrid, y la comedia que una criada ha empezado a representar mientras abre y cierra puertas, da un toque a su delantal y arregla un florero, es «Usted no es peligrosa».

Ese ensayar último tiene siempre un algo de tocador minucioso y un mucho de retoque final. Con gran facilidad puede haber un diálogo entre el autor, o bien el director de escena, y los actores; se puede interrumpir, en un momento dado, un equívoco para equivocarlo todavía más.

Hasta se les puede gritar, desde el patio de butacas, a los traspanques llamándolos por su nombre, pedir luz, más luz, para la batería o solicitar a voces que sea suprimida una arruga en un telón de fondo o una cortina. Hay todo un diálogo entre el público minoritario de técnicos y los actores de la escena.

Don Víctor Ruiz Iriarte tiene fama de ser uno de esos autores teatrales que gustan de asistir a los retoques escénicos de sus propias obras para comprobar la exacta interpretación escénica de esos diálogos suyos tan llenos de ingenio, de contrastes entre un ayer todavía próximo y las pre-

ocupaciones de nuestros días; esos diálogos tan abundantes en golpes de efecto seguros e inesperados.

«Un momento, por favor—suele gritar Víctor Ruiz Iriarte en los ensayos de estreno—; a ver si repetimos esta escena.» O «A ver ese gesto otra vez, si tienen la bondad.»

El público de los ensayos suele ser adicto, un benévolo público de amigos, al que sólo la amistad puede obligar a una observación crítica; pero a las pocas horas, se sentará allí mismo el terrible público de los estrenos, aquel que no es el de diario, que va al teatro a matar el tiempo, sino que, como ha dicho en frase ingeniosa una ilustre personalidad de las letras, el público de los estrenos, más que a matar el tiempo parece ir a matar al autor.

En los ensayos se permite hasta el que un fotógrafo entre en escena para tirar unas placas sin que nadie le haga partícipe de la obra en experimentación, ni le exija que diga algo para el «respetable», sino que, después de unos fogonazos, puede hacer un perfecto mutis por el foro.

Hasta un hombre de tramoya puede, a una llamada, ascender a la cabeza para decir que una cuerda no se puede tensar más o que un manojo de bombillas se acaban de declarar restrictas en palidez de filamentos o completamente oscurantistas.

«Adelante con los faroles», exclamará el director de escena. Mientras, el autor, en vilo a causa de esos riesgos imprevistos que pueden palidecer su producción escénica, se dispone a seguir espiando risas a un lado y otro, sonrisas y silencios; a recibir palmadas en la espalda después de un «golpe» afortunado y a que alguno de sus amigos le diga una frase así: «Yo, que he visto mucho teatro, te digo que...»

DOS ESTRENOS EN UNA SEMANA

En estas situaciones hemos visto a Víctor Ruiz Iriarte durante los últimos toques de «Usted no es peligrosa», al mismo tiempo que estaba pendiente de la afluencia de público en su otra obra, estrenada en otro teatro en la misma semana, «La cena de los tres reyes».

No es cosa muy corriente el que un autor teatral salga del nervosismo de un estreno para meterse en otro a los pocos días, como acaba de hacer Víctor Ruiz Iriarte, que recoge ahora aplausos simultáneamente en los teatros Alcázar e Infanta Isabel, de Madrid.

Desde que en 1943 el Teatro Español Universitario de Zaragoza estrenó la farsa en un acto de Víctor Ruiz Iriarte titulada «Un día en la Gloria», este autor ha puesto en escena, de éxito en éxito, dieciocho obras.

COMO HIJAS QUE SE VAN A CASAR

Nos sirve un descanso de esos en que se hace la luz en la sala para aprovechar el tiempo en unas preguntas:

—Don Víctor, entre sus obras de teatro, ¿cuáles gustaron más?

—Han obtenido buen éxito «El puente de los suicidas», «Juego de niños», «El aprendiz de amante», «El gran minué», «La soltera rebelde» y hasta «La cena de los tres reyes» tiene buen éxito de público y crítica.

—¿Cuál prefiere usted entre todas ellas?

—Esto es de difícil contestación. Es como preguntarle a un padre a cuál de sus hijos prefiere. ¡Qué sé yo! Pienso poco en mis comedias cuando han sido estrenadas. Me preocupan mucho más cuando están en estado de merecer, cuando van a casarse con el público y pueden ser repudiadas. En realidad el autor se desliga bastante de su obra cuando, en la noche del estreno, desciende el telón por última vez. Entonces se descansa, como después de la boda de una hija cuya colocación nos tenía preocupados.

—Sus obras teatrales son más bien optimistas; ¿ve usted con caracteres sombríos la llamada crisis del teatro?

—Sí; hay crisis. ¿Cómo vamos a dudarlo? Pero, paradójicamente, los éxitos son mayores de lo que antes eran. En el teatro ya no hay soluciones intermedias. Las comedias gustan o no gustan. Si gustan, el éxito es mayor; si no gustan, también el fracaso es más redondo. Pero la crisis está en otros aspectos. No podemos olvidar la enorme gestión que el cine ejerce sobre las muchedumbres. Pero, de todos modos, el teatro siempre ha vivido así: en plena crisis, superando la crisis... Y tiene más de dos mil años.

—Muchos creen que un solo actor puede salvar a todo un teatro; ¿es usted también de este parecer?

—No lo sé... No creo en tanto milagro. El teatro lo salvan, lo hacen y lo sostienen muchas vocaciones juntas, unidas alegremente para el mismo fin.

—¿Cree en el llamado teatro de ensayo?

—No creo en el teatro de ensayo. Este ensayo, en cuanto al autor se refiere, lo realiza el propio autor solo, aterroradoramente solo, rompiendo varias comedias, una tras otra, antes de estrenar la primera. Pero creo en la función de los Teatros de Cámara; no a título de ensayo, sino en vanguardia, para descubrir autores, actores o directores.

—Y los teatros nacionales ¿encuentra eficaz su labor?

—Me parece eficazísima la labor educadora de los teatros nacionales en su línea tradicional.

—¿Puede prevalecer en una manifestación de cultura—como es el teatro—un criterio exclusivamente industrial o taquillero?

—No puede considerarse el teatro como un negocio únicamente. Pero esto no debemos decirselo a los empresarios, sino al Estado. Es el Estado quien debería comprender que el teatro,

lejos de ser objeto de impuestos debe ser objeto de subvenciones. Porque, en efecto, el teatro es una manifestación de cultura, como usted dice. Y la cultura es de interés y cuidado nacionales.

LOS GOLPES DE EFECTO LOS SUFRE EL AUTOR

Riiiing. «¡Fuera la luz de la sala! ¡Preparados! ¡Batería!» Se alza el telón y aparece una alcoba con dos camas. La situación se complica poco a poco hasta meternos a los moralófilos el corazón en un puño. Pero quien conozca la pulcritud de don Víctor Ruiz Iriarte no tiene por qué temer un desliz hacia el vodevil. Todo se resolverá sin daño de la moral y las buenas costumbres; quedarán a salvo los principios, aunque sea en el final.

Nos han transportado a Valladolid, a un viejo palacio. Se juega a las siete y media entre muebles elegantes. Un viejo criado, Manolito, «el chico» entre la servidumbre de la casa, recibe a una pareja madrileña. El viejo criado cuenta que estuvo en Madrid a principios de 1936 y que entonces se hablaba de que se iba a armar una muy gorda. Y entonces pregunta a los visitantes: «¿Qué, ¿se armó o no se armó?»

Risas. Palmadas a la espalda del autor. Felicitaciones. Ha sido uno de esos «golpes» tan frecuentes en el diálogo de don Víctor, una de esas ocurrencias cuyo efecto hilarante corre el riesgo de ser cortado por el del contragolpe que le va a seguir.

Y mientras esto ocurre en el Infanta Isabel, en la sala del teatro Alcázar quizá estallen también risas a causa del ingenio que se derrocha en «La cena de los tres reyes», la farsa en tres actos y tres reyes en el exilio a los que protege un hipotético cambio de línea del partido comunista. «La cena» quizá sea algo más ambicioso de lo que es esa comedia de enredo, ligera y sin mucho peso de tesis; pero «Usted no es peligrosa» no tiene nada que envidiarle en gracia a la comedia que realizan los tres monarcas exilados por cuenta de los fondos de la Kominform.

LO TRASCENDENTAL ES LO INTELIGENTE

El segundo descanso nos permite continuar las preguntas a don Víctor Ruiz Iriarte.

—¿Puede ser ejemplar la falta de trascendentalismos en escena?

—El problema queda muy aclarado si antes nos ponemos en gracia a la comedia que realizan los tres monarcas exilados por cuenta de los fondos de la Kominform.

—¿Puede ser ejemplar la falta de trascendentalismos en escena? —El problema queda muy aclarado si antes nos ponemos en gracia a la comedia que realizan los tres monarcas exilados por cuenta de los fondos de la Kominform.

—¿Puede ser ejemplar la falta de trascendentalismos en escena? —El problema queda muy aclarado si antes nos ponemos en gracia a la comedia que realizan los tres monarcas exilados por cuenta de los fondos de la Kominform.

—¿Qué tiempo, por término

medio, suele tardar en la preparación de sus obras teatrales?

—Es variable. Depende de lo que uno tarde en ver la comedia. Después, tampoco se tarda lo mismo en escribir una u otra. He escrito comedia en un mes o un poco más y alguna me ha costado seis meses...

—¿Cuáles son, por orden de importancia, las cualidades que debe reunir un buen comediógrafo?

—Primero, y ante todo, sentido del teatro. Después, sentido de la síntesis. La novela, por ejemplo, es un problema de extensión; el teatro es un problema de concisión. En el teatro todo es mejor si se dice lo mismo con menos palabras. Quizá el elemento de mayor importancia que juega en una comedia sea el diálogo y su concisión al insinuar muchas cosas en pocas palabras.

NO HAY MIEDO A LA TELEVISION

—¿Ve en la televisión una amenaza nueva para el teatro?

—No... No creo. Por lo menos, en los países donde la televisión está muy desarrollada, no ha resultado perjudicial.

—Y la técnica cinematográfica, ¿puede llegar a influir en determinadas formas del teatro actual más moderno?

—No. Los americanos hacen algo de esto. Pero seguramente es porque viven alrededor de Hollywood. Por otra parte, esta técnica de cuadros múltiples y escenas que se suceden en ambientes distintos, no tiene nada de nueva. Es la técnica de los clásicos que como técnica está superada hace muchísimos años. Lo más difícil en teatro sigue siendo hacer tres actos con un decorado. Unos cuantos personajes encerrados en una habitación que desarrollen teatro de verdad.

TAMPOCO LA OBRA ES PELIGROSA

—Escribo teatro porque me gusta el teatro y porque me gusta escribir para el teatro. Soy sincero, literariamente, escribiendo para el teatro. Por esto creo en mi vocación.

—Cuando habla de teatro, de su teatro, Víctor Ruiz Iriarte se expresa rotundamente, sin vacilaciones.

—¿Tiene algún «violín de Ingres»?

—No, no me reconozco ningún «violín de Ingres». Sólo hay una cosa que me gusta más que el teatro: leer.

Empieza el tercer acto que parece, de momento, una repetición de los motivos del primero, pero que después vemos que lo que pudo parecer una vuelta de la comedia sobre sí misma, se transforma en un desenlace lleno de ingenio. Poco a poco, sin forzar la marcha, el espectador tiene la sensación de encontrar el secreto del enredo, y siempre gusta el encontrar de una manera natural y por el propio pie la salida de un laberinto, si es que se puede llamar así a la ingeniosa e inofensiva trama de «Usted no es peligrosa» que, como su

nombre indica, se trata de una comedia en tres actos que, pese a una forma algo atrevida, no esconde ningún contrabando que entrañe peligros insuperables para el espectador.

Cae el telón. Aplausos. El ensayo ha terminado. «¡Luz a la sala!» El pequeño público se pone en pie y rodea al autor para felicitarle; pero nadie dice «¡Es un Echegaray!», porque esta comparación no le gusta nada a don Víctor Ruiz Iriarte.

LEE Y ACEPTA TODAS LAS CRITICAS

Ahora sí que vamos a tener tiempo para conversar, aunque sea por la calle, ya que don Víctor es muy trasnochador. No suele ir a acostarse antes de las tres de la madrugada. Una costumbre muy de artista. Se acuesta muy tarde y se levanta muy tarde también, sólo con tiempo de trabajar un buen rato antes de comer. Es muy trabajador Víctor Ruiz Iriarte, y si no ahí está la prueba en su ya cuantiosa producción teatral, que hace compatible con las colaboraciones de artículos periodísticos y con las horas de lectura de libros y revistas; muchas revistas de todas las especialidades, pero muy en particular las que llevan una página de información o crítica teatral.

Le interesa mucho cuanto de sus obras escriben los críticos y habla de ellos con gran benevolencia, aun en el caso, poco frecuente, de que lo traten con severidad. Para tener todos los recortes de periódicos y revistas en que aparezcan críticas y comentarios de alguna de sus obras ha contratado a una agencia que le guarda y clasifica cuanto de él dicen por ahí los críticos teatrales.

Salimos a la calle. Es la una y media de la madrugada, pero don Víctor no tiene ninguna prisa y puede dedicarnos toda la conversación peripatética que precisemos por esas calles en las que cada día escasean más los trasnochadores bohemios.

Nos dice que nació en Madrid, en ese Madrid por el que ahora andamos a la luz de los faroles, el 24 de abril de 1912 y que aprendió de su padre la afición al teatro. De leer «Juanito» y la «Flora» fué ascendiendo poco a poco a las obras de Salgari y Julio Verne. Habla de sus cursos de bachillerato en el Colegio de los Hermanos Maristas del paseo del Cisne, alternados con lecturas de las colecciones de «La Novela Teatral», «La Novela Cómica» y «Los Contemporáneos».

ANTES QUE NADA, EN EL TEATRO, FUE ACTOR

—Debo hacer constar que mis primeros contactos con el teatro de verdad fueron en calidad de actor. Mi padre era un buen aficionado, de los buenos aficionados de entonces, que no perdían función en el Real, en Apolo, en la Princesa o en la Comedia. Creo que, en su juventud, el «paraíso» del Real debió de ser para él algo así como su segundo hogar. Con algunos amigos de sus mismos gustos, había formado un grupo artístico que actua-

ba donde podía y organizaba funciones a beneficio de la persona o entidad que se dejaba. Ya se comprenderá que lo del «beneficio» no pasaba de ser, en todos los casos, una optimista hipótesis. Siempre perdían dinero.

Tuvo ocasión de presenciar, siendo muy niño, algunas actuaciones de su progenitor.

—Jamás olvidaré—me dice—cierta velada a beneficio de los pobres del distrito. Asistimos las familias de los «actores», los amigos de la casa y una nutrida representación de los pobres beneficiados. Creo que éstos fueron los que más protestaron. Al acabar la representación de una obra en tres actos—en verso y de época, claro—, cuyo título no recuerdo, mi padre recitó un larguísimo monólogo baturro. Mi padre, que era de Zaragoza, se sentía a sus anchas vestido a la vieja usanza aragonesa y con el rostro maquillado como un cómico profesional. He de reconocer, con rubor, que durante su recitado usó de los más indignantes trucos: lágrimas, suspiros, carcajadas, latiguillos... Lo hizo todo. Cuando le faltaba letra—y le faltó muchísima—supo intercalar entre verso y verso unas «morcillas» espantosas, que, según nos explicó luego, le daban mucho carácter al monólogo.

(El ejemplo de su padre decidiría a Víctor a lanzarse a la aventura teatral.)

—Algún tiempo después llegó mi «oportunidad». Los amigos de mi padre, infatigables, organizaron un nuevo beneficio. Reconocámoslo, aquellos buenos señores tenían un sanc programa: acabar con todos los pobres del país. Lástima que no fueran secundados por la sociedad de su tiempo. Se decidió poner en escena «La sobrina del cura», de Arniches. Y al hacer el reparto de papeles surgió el primer inconveniente... Hacían falta niños, bastantes niños. Mi padre, sin dudarlo un instante, con generoso ardor, como un padre medieval, ofreció sus propios hijos. Fué en verdad un gesto heroico, muy apreciado por sus camaradas. Otros secundaron su ejemplo, y lo cierto es que jamás ha tenido tantos niños una representación de «La sobrina del cura». El día del estreno mi hermana Pilar y yo fuimos conducidos al teatro muy pulcramente vestidos; pero allí se necesitaban niños harapientos y el director de escena pretendió que nos quitásemos la vestimenta nueva. Mi madre entonces se negó en redondo declarando terminantemente que sus hijos o salían a escena bien vestidos o no salían; extraña teoría dramática, que ella defendió con la más vigorosa firmeza. Total, que tuvimos que hacer de niños ricos del pueblo en medio de una plebe infantil de desarrapados.

CUANDO SE LLORABA MUCHO AL LLEVAR A UNA PERSONA AL TREN

En la conversación, como en los diálogos de la escena, don Víctor Ruiz Iriarte hace gala de ese humorismo sutil y finísimo ingenio que le caracteriza. Es



Ruiz Iriarte recibe las felicitaciones por sus recientes éxitos teatrales



Don Víctor en la noche del estreno de «Usted no es peligrosa»

amigo de los contrastes, que sabe matizar con observaciones de gran agudeza.

El autor de «Juego de niños», cuando habla de su propia infancia, nos dice que los niños de hace unos años no eran como estos de ahora que discuten del radar, de aviones supersónicos, que juegan con bombas atómicas en miniatura y saben de reactores; esos niños para los que no parece tener secretos la velocidad.

—Entonces—nos dice—la vida arrastraba todavía los melancólicos prejuicios del «fin de siècle» y se carecía de este estupefacto sentido deportivo que existe hoy. Pero entonces las señoras tenían más niños. Aquella infancia de la clase media era más modosa y había oído hablar que en el Congreso había un señor muy de orden y de principios que se llamaba don Antonio Maura y, en Barcelona, un fogoso y demócrata revolucionario que se llamaba Lerroux. Nosotros, los niños de entonces, éramos unos niños muy distintos a estos desconcertantes niños de hoy. Eran los tiempos que había aún escenas desgarradoras para despedir a alguien que marchase de Madrid en un corto viaje hasta Zaragoza y muchas más lágrimas sobre el andén en la despedida de quien, sordo a todas las advertencias, se fuera hasta el pícaro París.

El primer artículo de periódico de Víctor Ruiz Iriarte se tituló «Las mujeres oradoras» y fué publicado en un semanario literario de 1932, de pequisimos lectores. Aquel trabajo fué el fruto de las observaciones hechas en un mitin popular de los tiempos de la República, en el que intervino una de aquellas oradoras femeninas que dió el momento. «En el escenario—nos cuenta

don Víctor—una señora, entusiasmadísima con su propia oración, hablaba incansablemente. De pronto, enhebró un larguísimo párrafo, al término del cual citó, ya afónica de fervor, a los Reyes Católicos. Pero entonces una voz potente rugió desde el anfiteatro:

—¡Abajo los Reyes Magos!

En toda la sala se produjo un escándalo espantoso. Unos por Doña Isabel y Don Fernando, otros por los Monarcas de Oriente y un tercer grupo que no se sabía qué bicho les había picado, promovieron un gran escándalo, mientras la oradora—pobre señora—se retiraba de la tribuna casi llorando. La miré con detenimiento y comprendí que su escasísima belleza podía haber influido en que las masas ouscasen por sí mismas un remedio a su aburrimiento.»

ARTICULOS CASI INDEFINIDOS

Entonces escribió el artículo sobre las mujeres oradoras y sus cualidades necesarias e impresionables.

Algún tiempo después comenzó a publicar notas de libros en la página literaria de «EL SCI» y a colaborar en la revista «Ciudad», dirigida por Víctor de la Serna.

Fué por aquellos tiempos cuando se le ocurrió escribir un artículo en el que daba serias advertencias a don Alejandro Lerroux y, pocos días después, otro en el que amonestaba seriamente a Adolfo Hitler, pero ni el

uno ni el otro hicieron el menor caso a las advertencias. «Bien pensó don Víctor, allá ellos.»

—Los noveles de entonces soñábamos en infinitas glorias literarias; pero no nos parecíamos en nada a estos intrépidos alumnos de la Escuela Oficial de Periodismo.

Como es rito en todos los pimpollos de literato, cuando aparecía impreso un artículo suyo, lo leía emocionadísimo siete u ocho veces antes de guardarlo con todas las garantías de seguridad para que las generaciones verdaderas no se vieran privadas de las importantísimas ideas que en aquel impreso se contenían entre ampulósidades y florituras. Luego aprendió a hacer una cosa muy útil. Con un lápiz en la mano cogía un artículo y se dedicaba a suprimir todas las palabras que pudiera sin que cambiase el significado de las frases. Caían como moscas adjetivos, incisos, redundancias, hasta dejar el artículo completamente pelado y sin la pegajosa retórica. Luego efectuó esto en los originales antes de llevarlos a la imprenta. Y esta saludable propensión al espurgo le hizo quemar todo un montoncito de comedias en tres actos completamente inéditas.

—Pero mi gran actividad periodística—nos sigue diciendo Ruiz Iriarte—se desarrolla a partir de 1939, en que mi firma aparece en muchos ensayos y artículos que ven la luz en EL ESPAÑOL (primera etapa), «HAZ», «Ju-

ventud», «Garcilaso», «Arte y Hogar» y «Fantasía». También, bajo la dirección de Juan Aparicio, tuvo el honor de llevar la página teatral de «La Estafeta Literaria».

OBRAS SON AMORES

Y luego, desde 1943, se fué intensificando la producción teatral de Víctor Ruiz Iriarte, hasta este momento de ahora con dieciocho obras estrenadas, de las cuales las dos últimas lo han sido en Madrid dentro de una misma semana.

Don Víctor, gran trabajador y gran noctámbulo, trabaja en su casa, en las proximidades de la glorieta de Quevedo. Allí tiene su estudio de escritor forrado de libros. Es como una gran estantería habitable, dentro de la cual, hay una mesa circular; sirve también de ordenada estantería. Don Víctor trabaja como dentro de un pozo de libros, como en el interior de un pozo de ciencia; él, que es tan poco pedante, es un fabuloso lector y un decidido bibliómano; un gran amante de los libros, pero sin que éstos manden sobre él, sin que la lectura le deshumanice, le aparte de la vida o le haga volverse demasiado serio. Un lector sin pedería ni avaricia. Sin que el mucho leer le haga olvidar que es, después de un decidido lector, un todavía más decidido escritor de la gracia, el optimismo y la alegría.

Y en su casa le dejamos con la esperanza de que las tres de la madrugada empiece a ser para él noche cerrada.

F. COSTA TORRO

29 DE OCTUBRE

ARIAS son las razones que pueden determinar la conmemoración de una fecha o de un acontecimiento: su ejemplaridad, su vigencia histórica, su capacidad, al ser recordada, para movilizar el sentimiento y la voluntad de un pueblo ante un compromiso de honor, ante un objetivo aun no conseguido. La del 29 de Octubre de 1933, día en que los españoles escucharon, claramente expresadas, una serie de verdades básicas, fundamentales, sobre la realidad nacional en que venían viviendo, sobre la única posición digna ante la misma y sobre el destino de España en función de nuestro tiempo, contiene en él más alto grado todas estas virtualidades.

Importa, sin embargo, destacar una sobre todas: su permanente y cada día más acentuada validez y actualidad. Hay un dato cuyo valor y significado no se suele justipreciar debidamente. Muchos de los criterios y conceptos que en 1933 constituyeron, por lo menos, novedad, son hoy patrimonio común de los españoles. La estructura de nuestra organización política responde a las líneas maestras ideales que José Antonio resumió esquemáticamente en el Discurso Fundamental de la Falange. Su pensamiento, pues, no sólo continúa siendo válido en el terreno dialéctico, sino en el orden de los hechos: al informar la vida y el desarrollo de nuestras instituciones más importantes.

En estas dos últimas décadas, precisamente, ha quedado patente para tirios y troyanos que mientras la mayor parte de los países se ven forzados a desarrollar una política exclusivamente circunstancial y, por lo tanto, oscilante, contradictoria, hecha a remolque de los acontecimientos, dictada en cada momento por razones de urgencia y apremio, España viene desarrollando la suya, de acuerdo, eso sí, con las posibilidades que se le ofrecían en cada hora, pero conforme siempre a una doctrina bien definida y a un planteamiento en el que los fines

permanecen estables, polarizando y orientando toda acción de gobierno. Los resultados están a la vista en una y otra parte.

Por lo que a los nuestros se refiere, no hay duda de que sin el Movimiento que crea en 1933 José Antonio Primo de Rivera y que Franco conduce, dirige y desenvuelve desde 1936, no arrojarían ese balance positivo, cuya profundidad, amplitud y trascendencia no puede menos de reconocer, o al menos respetar, ya el mundo.

Pero la eficacia de aquella fecha, de lo que ella representó como realidad y promesa, como enseñanza y como mensaje, ofrece un aspecto que a la hora del enjuiciamiento exigente no puede olvidarse.

La medida de su eficacia nos la da con exactitud el hecho, comprobado todos los días, de que es justamente el paso del tiempo el que nos va descubriendo su immanente fertilidad, su posibilidad de aplicación a las múltiples circunstancias y problemas que el suceso histórico va presentando. Cuando en esta sucesión de circunstancias distintas la viabilidad y la energía de unos principios se manifiestan siempre con pleno vigor y eficiencia, éstos alcanzan la categoría de canon y brújula. La historia, pues, habrá de hacerse con ellos en la mano. No es que ellos solos y taumatúrgicamente ya nos aseguren un proceso político, social y económico, garantizado contra todo riesgo. La garantía frente al riesgo, que implica toda acción y navegación política, vendrá dada por la adecuación de nuestra propia y personal conducta, como miembros de una comunidad, a las obligaciones que se deducen de tales principios y normas. De este doble juego de resortes—normas y conducta en armonía con las mismas—nace la fortaleza, el equilibrio y la férrea congruencia del sabio mandato del Caudillo, lección constante de buen gobierno para propios y extraños.

EL ESPAÑOL

UN ESPAÑOL UNIVERSAL

MANUEL GARCIA

INVENTOR DEL LARINGOSCOPIO

Manuel García en 1855

Manuel García a los cien años

HAY también un Cristóbal Colón de la laringe, respecto al cual no cabe la más pequeña duda sobre su nacimiento en España. Se trata de Manuel García, inventor del laringoscopio, ese espejito plano montado en un largo mango metálico. Este espejo que, dirigiéndole un rayo de luz, permite ver la laringe y cuerdas vocales en funcionamiento.

Desde la invención de este aparato, va a hacer ahora cien años, la laringe ha dejado de considerarse un órgano interno, y una nueva especialidad médica, la laringoscopia, nació a la luz de ese pequeño espejo.

Una cosa curiosa. El inventor del laringoscopio no fué un médico, sino un profesor de canto, muy aficionado a la investigación de los órganos por los que se emite la voz humana.

He aquí una estampa sobre la vida del madrileño Manuel García, comendador honorario de la Orden Real inglesa de Victoria, condecorado con la Real Orden de Don Alfonso XII, Gran Medalla de Oro alemana para la ciencia, doctor «honoris causa» por la Universidad de Königsberg... y considerado como el padre universal de la laringoscopia.

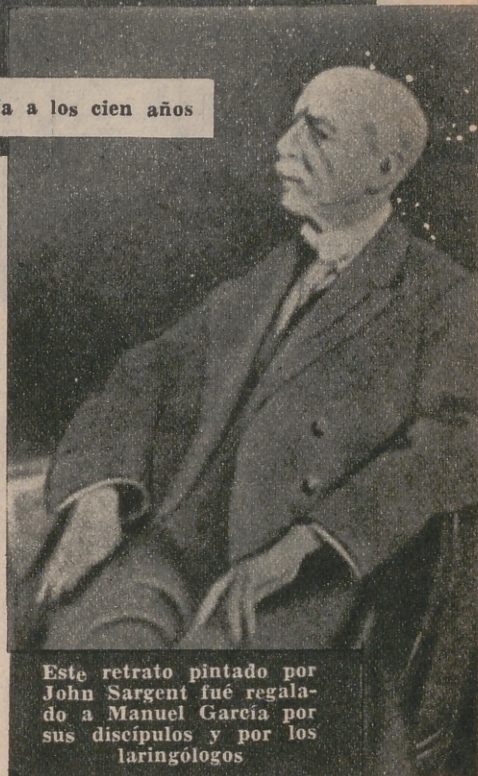
UNA ESTAMPA DE MANUEL GARCIA, MAESTRO DE CANTO Y HERMANO DE LAS CELEBRES ARTISTAS LA MALIBRAN Y LA VIARDOT

17 de marzo de 1805. Reina en España Carlos IV, pero gobierna Godoy, el antiguo guardia de Corps protegido por la Reina María Luisa. El tenor Manuel García, que fué cantante de Coro de la catedral de Sevilla, y su esposa, la bella Joaquina Siches, acababan de tener un hijo en Madrid. Los periódicos de la Corte dan la noticia, ya que el padre es el conocido tenor que en el teatro del Príncipe canta «Las bodas de Figaro», de Mozart, y para él Rosini ha compuesto «Otelo» y «El barbero de Sevilla». Además de cantante, García es compositor que ha colaborado en la partitu-

ra de «El barbero de Sevilla», y hasta hay quien afirma que ha sido el inspirador de la famosa «ouverture», que es quizá lo más bello de toda aquella ópera genial. Manuel García, padre, ha escrito ya tonadillas, canciones populares españolas, operetas y trabajaba entonces en su «Método de canto», en el que se iban a formar los cantantes más eximios de la época.

Europa se sobrecoge ante el genio guerrero de Napoleón, pero la Corte española, muy distraída en sus intrigas íntimas, no piensa siquiera en la posibilidad de una invasión napoleónica en España. Fiestas en Aranjuez y en La Granja. Chismes y chascarrillos del mentidero popular. Que si Godoy, que si la Reina, que si esto o lo otro. Calesas, majas y chisperos. Verbenas en la Pradera, mantear de peles y corrillos de la gallina ciega.

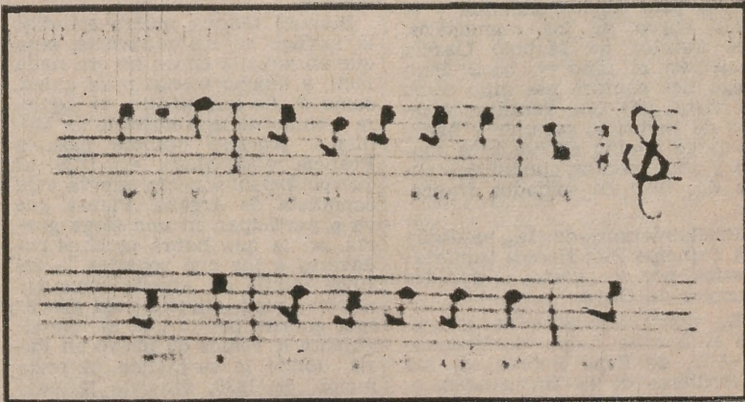
Manoletín García aprende a andar y sabrá de solfeo antes que de letra. Se acostumbra a la vocalización cotidiana de su padre, «Figaro, Figaro, Figaro... a, e, i, o, u», y a los trinos sostenidos de su madre. Asiste, entre bastidores, a alguna representación del teatro del Príncipe, donde enreda entre los encargados de la tramo-



Este retrato pintado por John Sargent fué regalado a Manuel García por sus discípulos y por los laringólogos

ya, los traspuntes y actores. Ve los secretos del teatro desde el otro lado de la línea llameante y móvil de las candilejas.

No ha cumplido aún los tres



Dice la letra «porque él es un alegre y buen compañero», y fue cantado en homenaje a García el año 1905



María Felisa García, la Malibrán (1808-1835), hermana de Manuel García

años de edad cuando su padre es solicitado para el puesto de primer tenor del teatro Italiano, de París, y a la capital francesa marchan los progenitores de nuestro pequeño personaje, que queda en Madrid al cuidado de los abuelos.

Meses después, una carta de Napoleón llevaba a Francia, con engaños, a Carlos IV, Godoy y María Luisa. Entraba una expedición militar francesa, con pretexto de invadir Portugal, y cuando intentaban llevarse a los infantes, que habían quedado en Madrid, se produce el primer movimiento popular de la lucha por la Independencia, a las mismas puertas de Palacio.

Madrid, 2 de mayo de 1808, en patriótica algarada popular contra el más poderoso Ejército de Europa. Trabajadores de la fragua y de la chispa, chisperos, bajo los pies de los caballos y el sable curvo de los mamelucos. Los abuelos de Manolo García encierran al niño en casa. Pero luego nos contará ese niño cómo ha visto, por una ventana, escenas de heroísmo popular y hasta un largo cordón de hombres, mozos y adolescentes, conducidos entre dos filas de soldados franceses.

Fusilamientos de la montaña del Príncipe Pio. Héroe inmortalizado por su gesta y por los pinceles de Goya.

En aquel ambiente de guerra, en el que se habla de Fernando VII, de Pepe Botella, de los guerrilleros de la Independencia, de Zaragoza, Gerona, San Marcial, de las picas de Bailén, de aristócratas afrancesados, de patriotas y gabachos... crece Manolo

lo García, que a los diez años de edad, en 1815, puede salir de España para reunirse con sus padres, que entonces estaban en Nápoles, donde el padre volvió a estudiar con Ansaní, y en aquella ciudad canora continúa Manolo los estudios de canto. Pero en Nápoles está poco más de un año, ya que se declara el cólera, y la familia marcha a París. **VA A ARGELIA A ROBAR LARINGES**

Diez años pasa Manolo García en París en el estudio de canto y música, hasta que, en 1825, la familia de artistas organiza una gira por América. En la compañía que forman, toda la familia tiene un papel principal. El padre es el tenor;

su hija María es la primera tiple o «prima donna» (ésta sería después la famosa Malibrán); el joven Manuel actúa de barítono y bajo, y la madre, de segunda soprano (la hija más pequeña, la que iba a ser famosa con el nombre artístico de Viardot, no puede cantar aún). Esta compañía tuvo un gran éxito en Nueva York, primero, de donde continuó un largo recorrido por las principales ciudades de los Estados Unidos, en las que supo apreciarse aquellas óperas de Mozart, que muchos oían por primera vez debidamente cantadas por artistas consagrados en Europa. Terminada la brillante «tourné» por los Estados Unidos, aquella compañía pasa a Méjico, donde continúa sus éxitos, en medio de los cuales el joven Manuel García, con una excesiva exigencia de sí mismo, comienza a decir que no ha nacido para actor, sino para maestro de canto. Interrumpe su carrera en el teatro y vuelve a Europa antes que su familia.

Manuel García quiere estudiar la laringe en los cadáveres, cosa que en aquella época no era nada fácil, y mucho menos para quien, como él, no era médico, ni siquiera estudiante universitario de Medicina. Nuestro hombre pasa a Francia y se alista en 1829, al cuerpo expedicionario que va a la conquista de Argelia. Piensa que va a participar en una larga guerra, en la que habrá muchos cadáveres a los que robarles la laringe. Actúa en Argelia como sanitario, pero aquello casi no es una guerra, por lo que al año siguiente le vemos de nuevo en París, donde le sorprende la revolución de 1830, durante la cual presta sus servicios en un hospital parisino. Un puesto que aprovecha para sus estudios en heridos y enfermos de la gargan-

ta. Esta es la gran etapa experimental de nuestro personaje. Por intuición y experiencia directa, más que por conocimientos de teoría académica, ve las estrechas relaciones que existen entre el buen tratamiento de los órganos que componen la garganta y la buena emisión de la voz y deduce que el estudio de la fisiología de esos órganos le es indispensable en sus tareas para la educación metódica y racional del canto.

Su familia está de vuelta a París, y asociado con su padre, Manuel García abre en la capital francesa una escuela de canto, para ingresar en la cual se exige un previo examen médico, que va seguido de un tratamiento adecuado si el alumno lo necesita. Sus nociones de Anatomía, el papel que juegan el velo del paladar, la lengua, los músculos faríngeos... en la modificación de los timbres de voz le sirven para encauzar a los alumnos en el ejercicio voluntario de cada una de estas partes para obtener el efecto deseado y a separar meta y voluntariamente los sonidos producidos con voz de pecho de los que se emiten con voz de falsete.

IMPLANTA LA RACIONALIZACIÓN DEL CANTO

Hasta entonces, ninguna escuela de canto había practicado esa racionalización fisiológica en su enseñanza. Se atendía a la parte musical y a las condiciones innatas o bien adquiridas por cada individuo sobre el que no se realizaban pruebas fisiológicas de ninguna clase. Esto estaba reservado a los médicos especialistas y no a los especialistas profanos que, como Manuel García, no habían estudiado Medicina en ninguna aula universitaria.

Su método entrañaba una verdadera revolución en la enseñanza del canto. Se había introducido un procedimiento científico y racionalizado hasta entonces completamente desconocido entre los profesores de este arte. Pronto la escuela de canto que los García tienen en París acredita su sistema de enseñanza y es reputada como la mejor del mundo.

Poco tiempo va a pasar para que Manuel García, hijo, por su método científico de enseñanza del canto, llame la atención del Conservatorio de París, en cuya entidad entra por la puerta grande para formar parte del claustro de profesores.

Estimulado por esta recompensa, que revelaba el gran aprecio con que habían sido acogidas sus investigaciones, continúa nuestro hombre sus trabajos sobre la fisiología de la voz, que reunidos en un documentado trabajo, que titula «Mémoire sur la voix humaine», lee en la Academia de Ciencias del Instituto de Francia, en memorable sesión de 16 de noviembre de 1840.

Los doctores Magendie, Savart y Dutrechet son comisionados por la Academia de Ciencias de París para emitir informe acerca de esta Memoria y la opinión de los tres sabios no puede ser más halagadora.

Y entonces nuestro Manuel García sale de la esfera un tanto eclipsada de los maestros prácticos de canto para ocupar un puesto en un palacio del saber bajo la cúpula de la Academia de Ciencias de París.

Siete años más tarde, en 1847, publica una ampliación y perfeccionamiento del método de canto de su padre con el título de «Traité complet de l'art du chant en deux parties», que es traducido a varios idiomas y distintas naciones se adoptan como método oficial para sus centros de enseñanzas de canto.

Mientras tanto, trabaja con entusiasmo en el estudio de la laringe en operaciones de vivisección y experiencias sobre cadáveres. También practica la disección del órgano vocal para conocer los secretos de su anatomía; pero una idea le obsesiona: la de llegar a ver la laringe en función.

La idea obsesiva de ver la laringe viva y en función no le deja descansar, hasta que consigue realizarla.

Manuel García mismo nos cuenta las incidencias finales por las que llegó a la invención del laringoscopio. Nos dice así:

«He pensado siempre que el hombre debe conocer bien y bajo todos sus aspectos los asuntos de que se ocupe; por eso yo, pobre maestro de canto, sentía la necesidad de una educación científica de mi arte.»

* * *

«Es natural que, produciéndose la voz en la laringe, tuviera deseos de conocer su anatomía, por lo que empecé a hacer disecciones en los perros, acompañado del doctor Segond (hijo). Después estudié la anatomía en el hombre, utilizando en París los cadáveres de los pobrecitos inválidos, a los que extirpaba la laringe, para seguir estudiando en mi casa los minuciosos detalles de su anatomía. De este modo pude ver la disposición particular del músculo tiro-aritenoideo interno, cuyos fascículos más internos son los más cortos y van alargándose a medida que se hacen más externos, lo cual puede explicar la formación de los sonidos bajos o altos, según se contraigan unos fascículos más que otros.»

UN ESPEJO EN EL GANOTE

«Para estudiar bien la fisiología de la laringe del hombre esta-

ba convencido de que ni las disecciones ni las vivisecciones resolverían nunca todos los problemas; el secreto de la formación de la voz quedaría oculto en tanto no se pudiera observar directamente la glotis en función. Y la idea de verme mi propia laringe me obsesionaba desde entonces.»

«Conociendo la profunda situación de la laringe y su sitio inaccesible a la luz, creí que mi idea era irrealizable. Mil veces la rechacé y mil veces acudí a mi mente con mayor fuerza. Por entonces leía yo a un filósofo, creo que era Bacon, que decía que todas las ideas, por estrambóticas que parezcan, deben intentar llevarse a la práctica, y esto me animaba a seguir buscando el medio de realizar mi intento.»

Por fin, un día de sol espléndido (septiembre de 1854), paseando, en París, por «Palais Royal», vi en mi imaginación, como en un relámpago, el mecanismo de la laringoscopia. Corrí inmediatamente a casa del instrumentista Charrière y le dije que quería un pequeño espejo montado en un jargo mango de alambre. Charrière me enseñó al instante un espejillo de dentista que había montado en 1851 para exponerlo en Londres. El tal espejillo respondía Real Academia de Música.

Impaciente por comenzar mi experiencia, llegué a casa. Templé el espejillo en agua caliente para que no se empañase y lo introduje en mi boca hasta apoyarlo en la campanilla. Yo tengo un gañote muy dócil (textual), que me permitió esta maniobra sin protestas.

Abierta completamente la boca, dirigí, con el espejo de mano, un rayo de sol al espejillo que tenía en el gañote. En el acto vi mi glotis abierta y debajo una gran porción de mi tráquea.

La sensación que experimenté es indescriptible. ¡Había conseguido dar vida real a la idea que durante tanto tiempo me obsesionó!

Calmado de mi primera impresión, observé con detenimiento el modo de abrirse y cerrarse la glotis y la forma y actitud que tomaban las cuerdas durante la emisión de la voz».



Micaela Paulina García, señora de Viardot (1821-1910), hermana de Manuel García

Así nace la laringoscopia, según la descripción que el propio Manuel García hace en 1905 a los delegados españoles doctores Tapia y Botella. Así nace toda una ciencia de la terquedad y el tesón de un maestro de canto metido a investigador fisiológico.

La inseguridad de la vida de París en una agitación política, muy poco propicia a las investigaciones científicas, hace que Manuel García se traslade a vivir a Londres en 1848, y en la capital inglesa entra a formar parte del claustro de profesores de la Real Academia de Música.

DE LA LUZ DEL DÍA, AL RAYO ARTIFICIAL

El día 13 de marzo de 1855 Manuel García presenta a la Real Academia de Londres un documentadísimo trabajo titulado «Physiological observations on the Human Voice», que se publica el día 22 del mismo mes en el cuaderno tercero del volumen II de los «Proceedings» de dicha entidad.

Pese a que aquel trabajo podía considerarse como la base científica sobre la que podía alzarse toda la ciencia de la laringoscopia, no fué acogido con clamor, y puede que aún durmiese el sueño de la indiferencia en los archivos de aquella sociedad londinense si un ejemplar de la tirada que hizo el autor no hubiera llegado a manos de un célebre especialista de garganta, el vienés Türck, que comprendió toda la importancia del invento. Türck dedica los meses de verano de 1857 al ensayo del nuevo método en las salas del Hospital General de Viena.

Pero la inconstancia del sol fué una dificultad para la puesta en práctica del nuevo método, hasta el punto de que el doctor Türck se desanima, hasta casi abandonar las experiencias del nuevo procedimiento. Pero, entonces, un ilustre profesor en Pesth, el doctor Czermak, conecedor de los trabajos de Türck, reanuda las

Señor Don A. G. Tapia

Los linceos planes miro a U. la
 indagacion de cosas = de memoria
 re sur la voz humana ^{primaria} que fué
 a l'Academia des sciences de Paris,
 7 anses 1840.

Londres, 1905, le 6 octobre.

Manuel Garcia

Carta dirigida a don Antonio García Tapia por don Manuel García después de cumplir éste los cien años

experiencias y, no resignándose a esperar para ellas días de fuerte sol, basándose en el reflector oftalmoscópico de Ruete, idea el reflector frontal que hoy se utiliza para la exploración visual de la garganta.

Nadie discute la gloria de Manuel García como fundador de la laringoscopia, pero una cuestión de prioridad surge entre los doctores Türk y Czermak, que se disputan la primera aplicación médica del laringoscopio a la clínica.

Türk y Czermak son los fundadores de la laringología o ciencia de la laringe, pero, antes que ellos, Manuel García lo ha sido de la laringología o técnica de la exploración visual de los órganos por los que se emite la voz.

Nuestro héroe sigue, después de su invento, como profesor de canto de la Real Academia de Música de Londres y tiene un permanente afán de lograr buenos discípulos. Los médicos, en general, lo olvidan, quizá doloridos de que un hombre profano a la Medicina titulada haya sido nada menos que fundador de una nueva técnica de especialistas. Se le olvida un poco, pero la Universidad de Königsberg, en 1862, le concede el título de doctor «honoris causa», y en 1875 los médicos y fisiólogos londinenses le dirigen un mensaje lleno de cordialidad.

Manuel García es viejo. Tiene casi cien años de edad. Llama casi más la atención por anciano, por casi centenario, que por inventor. Es un hombre que va a cumplir un siglo. Y el hecho de

que un hombre vaya a cumplir cien años de edad despierta, siempre, en quienes le conocen, una corriente de simpatía, que en este caso es aprovechada por sir Félix Semon para organizar un «Comité García», que se encargue de rendir un gran homenaje al fundador de la laringoscopia en el momento de cumplir sus cien años de edad.

LAS NACIONES CULTAS LE RINDEN HOMENAJE

Y así, el día 17 de marzo de 1905 el salón de sesiones de la Medical and Chirurgical Society, de Londres, aparece engalanado con banderas españolas, plantas y flores naturales. Claveles de España sobre la mesa presidencial. Hasta en los programas del homenaje había la franja de la bandera española. Entre las flores que adornan el salón de sesiones destaca una hermosísima «corbeille», regalo de madame Marchesi, con una cinta roja y gualda, en la que se lee: «Al Cristóbal Colón de la laringe».

Comienzan a llegar los invitados, que los ordenanzas acomodan en los lugares que tienen designados previamente. En primera línea están, en los asientos, unas cartulinas con los nombres de la familia García; el del pintor Sargent; el del embajador de España, marqués de Villalobar; el del profesor Fränkel, delegado del ministerio de Instrucción Pública alemán; los nombres de los discípulos antiguos de Manuel García; los de los delegados de la Real Sociedad de Londres; los de la Universidad de Manchester,

y los de la Real Academia de Música. Inmediatamente detrás se colocan los representantes de las sociedades y academias laringológicas; la Comisión organizadora del homenaje y los amigos y admiradores del centenario, entre los que se encuentran los ilustres doctores especialistas Broadven, Douglas Powel, Lander Brunton..., unidos a representantes de todas las naciones cultas, hasta el punto que había también una Delegación japonesa junto a otra rusa en momentos en que aquellos dos países estaban enzarzados en lo más virulento de la guerra ruso-japonesa.

Cuando el centenario Manuel García aparece en el estrado apoyándose en el brazo de su amigo Semon, todos contienen el aliento; pero pronto estallan las salvas de aplausos, de vivas y de hurras.

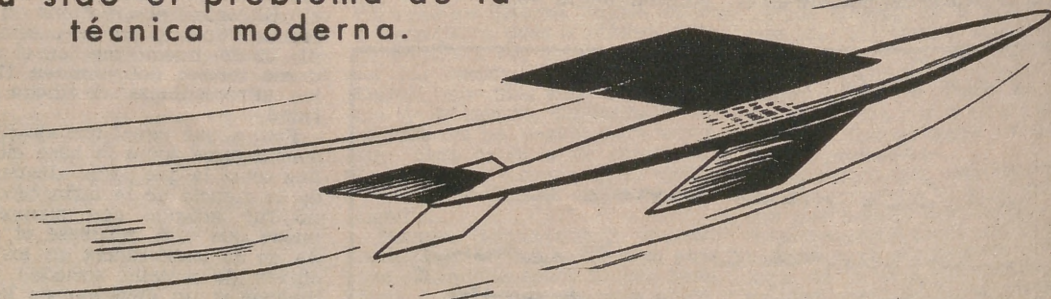
Hecho el silencio, comienza la lectura de mensajes, por el orden establecido en el programa. Se adelanta sir Félix Semon, iniciador del homenaje y presidente del Comité García, y habla de esta manera:

«La ceremonia que, con ocasión memorable, celebramos hoy, no ha podido tener comienzo más feliz. Su Majestad el Rey, con su afable benevolencia, ha querido recibir a Manuel García en el palacio de Buckingham para expresarle su agradecimiento por todo lo que ha hecho por la Medicina y por la Música. Además, le ha conferido la dignidad de comendador honorario de la Orden de Victoria (aplausos). S. M. le ha expresado también su deseo de

Cortar

CON MÁS RAPIDEZ y SUAVIDAD

Ha sido el problema de la técnica moderna.



EN EL AIRE EL AVION A REACCION,
EN EL AFEITADO LA HOJA "KRON-VEST"



KRON-VEST

PARTICIPE EN EL SENCILLO CONCURSO MENSUAL DE HOJAS DE AFEITAR KRON-VEST
Y FACILMENTE GANARA UN RELOJ DE ORO WALTER ROVER DE 8.500 PESETAS

estar representado en el banquete de esta noche, para lo cual ha designado a su lord chambelán, lord Suffield. Yo estoy seguro que con vuestros aplausos habéis reconocido, en este nuevo acto de Su Majestad, su invariable bondad y su entusiasmo por todo lo que es bello y elevado (grandes aplausos).

EL SALUDO DE LA PATRIA

En este momento se levanta el embajador de España, marqués de Villalobar, para leer el mensaje real de la Patria del homenajeado. Estallan los aplausos y el embajador español dice:

«Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII ha tenido a bien honrarme con su alta representación para felicitaros con motivo de vuestro centenario.

Cumplo, pues, el mandato soberano al que también se asocian el Gobierno y el pueblo español, y me complace en ceñir a vuestro pecho venerable, en nombre de la Patria, la insignia de la alta merced que S. M. os concede, la Real Orden de Alfonso XII, en premio a vuestros méritos y de los servicios prestados con vuestra ciencia y vuestro trabajo a la humanidad doliente.

A todos saludo en nombre de España, mientras que juntos honramos a don Manuel García, gloria de la ciencia moderna.»

En este momento el embajador español coloca en el pecho del homenajeado la Gran Cruz de Alfonso XII entre grandes aplausos.

Se levanta el doctor Fränkel para leer el mensaje del Emperador de Alemania, en el cual dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«El hombre que hoy cumple el primer centenario de su inmortalidad (grandes aplausos), y que ha consagrado lo mejor de su vida a la enseñanza del canto, ha abierto además el camino a una nueva ciencia. Por su genio, ha hecho la luz sobre los puntos oscuros del funcionamiento de la laringe, fuente de la voz humana. En reconocimiento de sus grandes méritos, el Emperador de Alemania le ha conferido la Gran Medalla de Oro para la Ciencia, distinción que sólo se ha concedido a sabios como Koch, Virchow, Ehrlich y Mommsen.» (Grandes aplausos accgen las últimas palabras del delegado alemán.)

A continuación se lee una larga lista de más de sesenta sociedades de investigación y especialistas de todo el mundo, que envían en esta jornada su «mensaje a García».

Finalmente, se levanta el homenajeado centenario y, con voz entrecortada por la emoción, comienza a leer su discurso de gracias.

LOS CIENTO PRIMEROS AÑOS DE INMORTALIDAD

Todos los reunidos se han puesto nuevamente en pie, y el venerable anciano Manuel García hace señales de que se sienten. Primeramente se dirige al embajador de España con estas palabras:

«Señor, ¿queréis decir, de mi parte, a nuestro Rey que le estoy profundamente agradecido de haberse acordado que tiene un súbdito leal y devoto de la Pa-

tria en este país que me ha accedido hace tanto tiempo? ¿Queréis explicarle, pues yo soy incapaz de decirlo en términos suficientemente expresivos, que estoy anonadado por el gran honor que me hace, y transmitirle mi agradecimiento respetuoso?

Y vos, señor (dirigiéndose al profesor Fränkel), ¿puedo hacer uso de vuestra gran complacencia para decir a S. M. el Emperador de Alemania lo profundamente que aprecio el gran honor que me ha concedido y para rogarle que acepte mi eterno reconocimiento? Y vos, señor (sir A. Geikie), que representáis a la ilustre Sociedad Real de Londres, la primera que me concedió una audición, y vos (profesor Stirling), que me traéis las felicitaciones del centro docente de la segunda capital de Inglaterra, Manchester (en este momento preciso entrega las cuartillas de su discurso a su amigo Semon para que continúe leyendo, ya que él se fatiga); vosotros, los que habéis venido de Königsberg a traerme el grato recuerdo de los que acordaron dar a un desconocido un puesto entre ellos; vosotros, los que representáis a la Academia de Ciencias de Berlín, cuyo renombre es universal, y en la que yo cuento con numerosos y queridos amigos, y vos, querido señor, que aportáis el agradecimiento de una ciudad de jóvenes, cuyos nombres semejan alegres sonidos de campanas, vos, señor de Heidelberg, ¿cómo podría agradeceros todo, si vuestra bondad no viene en socorro de mis palabras impotentes? Vosotros, doctores laringólogos, amigos queridos, a quienes el pequeño instrumento que tantas veces habéis nombrado ha permitido hacer tanto bien; vosotros, representantes de las grandes escuelas de música de Londres, en una de las cuales yo he permanecido tanto tiempo trabajando con fruto al lado de mis hermanos músicos. Vosotros también, mis discípulos, entre los cuales me regocijo de encontrar rostros perdidos de vista desde hace muchos años, al lado de otros que permanecieron cerca de mí. A todos os doy las gracias con todo mi corazón, que, si viejo ya, es todavía capaz de agrandarse para abrazaros a todos. Este retrato, nacido del pincel de un gran artista en horas que me parecieron muy cortas en su compañía (se refiere al lienzo de su retrato que ha pintado el americano John Sargent y que le regalan todos los asistentes), será mi orgullo y mi alegría en los días que me restan (al llegar aquí, el centenario Manuel García, en un arranque juvenil, pide a su amigo Semon las cuartillas del discurso y termina él mismo la lectura; este gesto ha sorprendido al auditorio; los aplausos y gritos de ¡bravo! se oyen durante unos minutos). Si me concediéseis un momento de atención, dirigiría una palabra de agradecimiento al que ha tomado la iniciativa de esta ceremonia, a mi amigo sir Félix Semon, cuyo nombre asocio al de una entidad que me es muy querida, la Sociedad Laringológica de Londres, y a sus representantes, los miembros del Comité García.»

Toda la sala, puesta en pie, accogió las palabras finales del discurs-



El doctor Antonio Garcia Tapia, que fué autorizado por el inventor del laringoscopia para copiar sus «Memorias de la voz humana»

so de Manuel García con una prolongada salva de aplausos.

UNA INICIATIVA EN EL JAPON

Ha sido un acto grandioso y una digna culminación de una vida que ha llegado a centeneria. Poco tiempo después, Manuel Vicente García muere en Londres, el 1 de julio de 1906, a los ciento tres años de edad.

Y en este año en que se cumple el centenario del laringoscopia, este pequeño aparato que tanto bien ha hecho a la Humanidad, los especialistas médicos de la laringología se acuerdan de aquel maestro de música español, hermano de las célebres cantantes la Malibrán y la Viardot, abuelo del barítono Alberto García, profesor de canto de la «Guldahl Scholl» y de la Real Academia de Música de Londres.

En la reciente celebración, en Barcelona, del III Congreso Internacional de Enfermedades del Tórax, los doctores japoneses que asistieron a aquella reunión han solicitado ver al secretario del Congreso, doctor Antonio Caralps, al que indicaron que deseaban hablarle en un salón reservado. El secretario del Congreso Internacional accedió a ello, y al invitar a los doctores japoneses a que expusieran sus deseos, éstos se pusieron en pie y le hicieron una profunda reverencia, a la que contestó nuestro compatriota. Entonces, el doctor Jo Ono, jefe de la Delegación japonesa, se adelantó para ofrecer una invitación oficial de su Gobierno a los actos que se van a celebrar en Tokio este 29 de octubre en honor de Manuel García, fundador de la laringoscopia.

Y mientras esto va a ocurrir en Extremo Oriente, nosotros hemos explicado cómo fué todo, y no nos queda más que terminar diciendo: Este es el hombre



EN el itinerario de las ciudades españolas, Burgos es, de siempre, cabeza de Castilla. Ciudad de la que brota, por la rutina y la retórica, un mismo rosario de palabras. ¿Y hay algo más? ¿Es sólo eso?

Yo sé, únicamente, que quien quiera tener una idea concreta y definitiva de lo que está ocurriendo en España tendrá que recorrer estas provincias. Tendrá que liarse la manta a la cabeza y dormir, como los soldados madrugadores a quienes sorprendió el fuego enemigo, en el gran campamento de los caminos. Andar a España, como la anduvieran los pícaros del siglo XVII, unas veces andando y otras a pie. Pero no como ellos, que, frescamente avisados de vivir una época de barullo, se echaron al camino para asaltar, en un quíerose o no, las pocas provisiones de boca y esperanza que quedaban en las que fueron anchas y guarnecidas alforjas españolas. Por eso, camino de Castilla, cuando sobre la tierra se pueden trazar a lo largo y a lo ancho las flechas siempre rectas de las carreteras, no deja uno de sorprenderse y de emocionarse cuando aparecen las torres de la catedral. Las torres que parecen sembradas a voleo, como un trigo cárdeno y oscuro, en la mitad misma de una llanura en la que parecen estar todavía, ascéticamente amargas y alegres, las palabras aquellas del Cid: «Albricias, Alvar Fáñez: nos han desterrado, pero volveremos con honra a Castilla.» Y sin quererlo, anticipando el hechizo, queremos los signos alentadores: a nuestra izquierda, buenos augurios, vuelan los pájaros que pican el trigo y duermen en las torres. Que Dios vela por todos. Y quizá por eso mismo, si bien es verdad que andamos para ver, vamos soñando también lo que nos falta.

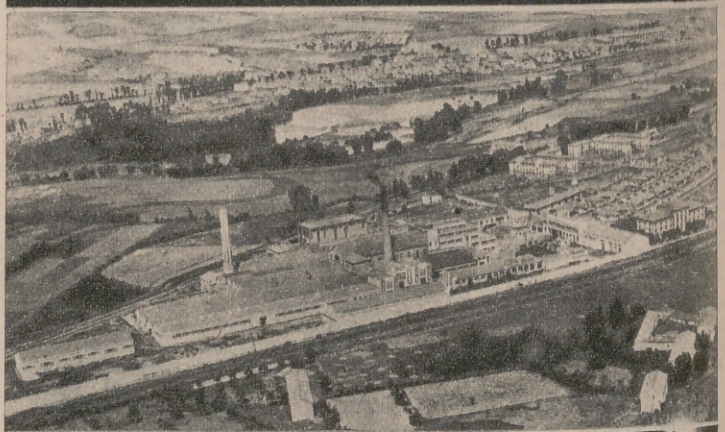
LAS PIEDRAS DE LAS MURALLAS Y EL HUMO DE LAS FABRICAS

Cuando llegué a Burgos, des-

BURGOS

LA CAPITAL Y LA PROVINCIA, AGITADAS POR EL ENORME ESTIRON INDUSTRIAL QUE ESTA TRANSFORMANDO CASTILLA

EL IMPERATIVO DE LO TRADICIONAL IMPRIME SUSTANCIA Y PROYECCION AL FUTURO



Una gran ciudad fabril está rodeando a la vieja ciudad de Burgos. En las dos fotografías de esta página ofrecemos el contraste que es actualmente la capital castellana

pués de una ancha correría por otras tierras, la verdad es que no tenía ningún deseo concreto de comenzar la tarea. Se me iban los pies, simplemente, a un rincón de mi casa, sillón rojo y almohadón daliniiano, donde se guardan los libros y la cabeza siente que todo está en su sitio. Pero la tarea es eso: andar para cansarse. Andar para soñar con los sillones rojos. Nada más que salir del hotel, nada más que adentrarme en la

peregrina presencia de Burgos, he sentido, sin embargo, que me ganaba la aventura. ¿No es, acaso, aventura ésta, de contar las piedras de las murallas y el humo de las fábricas?

Yo sé que cada ciudad, por mucho que se oculte, tiene una perspectiva en la que coinciden, campanudos y exactos, todos los «Ángelus» de la ciudad. Por eso, mi primera ocupación al llegar a una ciudad es buscar ese sitio, que

puede ser un monte, una roca o un árbol, desde el que la ciudad, como dormida, nos espera.

Burgos, que es cabeza de Castilla, tiene a sus espaldas un monte con los restos de un castillo. Desde él, que está pegado a las casas, y que, en el fondo, parece formar parte de sus muros, la ciudad se divisa y concreta perfectamente. Ve uno el río cruzado por los hermosos puentes, y se siente, como si el monte fuera costado, costillar o tronco, la palpitation y el pulso de la ciudad. El castillo fué volado el 15 de junio de 1813. Y a su explosión—dicen y recuerdan las letras de una iglesia—se conmovieron todos los tejados. Y aun añaden: «No fué herido paisano alguno en todo el pueblo, al paso que fueron muchos los franceses muertos en las calles y plazas, y para que en todo tiempo se reconozca este singular beneficio de la misericordia de nuestro Dios, se transmite a la posteridad.» He aquí, pues, que nosotros somos, en cierta manera, esa posteridad. Andamos la iglesia, cercana a la catedral, en los barrios más tristes y oscuros de lo que fuera la antigua «Puebla», entre la mirada impaciente de los niños. Las ventanas y los portales, oscuros como si acabaran de ser quemados, se abren en torno a las fuentes. El agua, que, como veremos más tarde, es como un surtidor en la ciudad. Que veremos las fuentes, las fuentecillas, las fuentes retóricas, las fuentes con ángeles y las fuentes de caño abierto y agua fría, en las que siempre hay un cántaro y un niño.

A un lado de la catedral, en la fresca noche sin estrellas, antes de comenzar a bajar por las escaleras de piedra, un hombre se empeña, inútilmente por cierto, en llamar con fuertes voces a su hijo, que juega, cara a la catedral, al viejo juego de la piedra y la honda. Yo hablo con él, con Juan Manso, que así se llama, para ir abriendo el misterio de la calle de Fernán González, con un hombre de la tierra. Hablamos él y yo como viejos amigos.

—Mire usted—me dice—; dei matadero para allá todo eran tierras.

—¿Y conoció usted tode el Burgos viejo?

—Del Burgos viejo queda muy poco; de la guerra «pa acá» ha dado un golpe tremendo. Yo trabajaba por aquellos tiempos en el campo. Sembrábamos para el amo, y ni él ni nosotros volvíamos a aparecer por allí hasta la hora de la cosecha. Eran tiempos muy raros.

Todavía le pregunto:

—Y ahora, ¿qué hace?

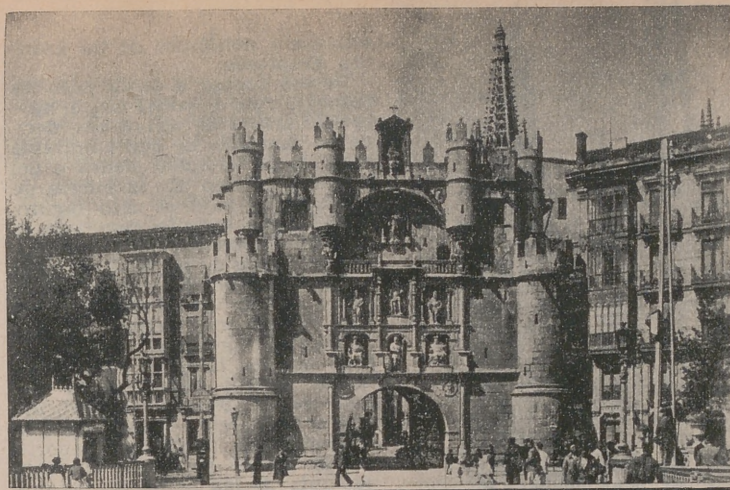
—Pues trabajo en una fábrica de harinas.

Y el hombre me cuenta, mientras el chico sube, al fin, las escalinatas, las multiplicaciones que tiene que hacer para vivir.

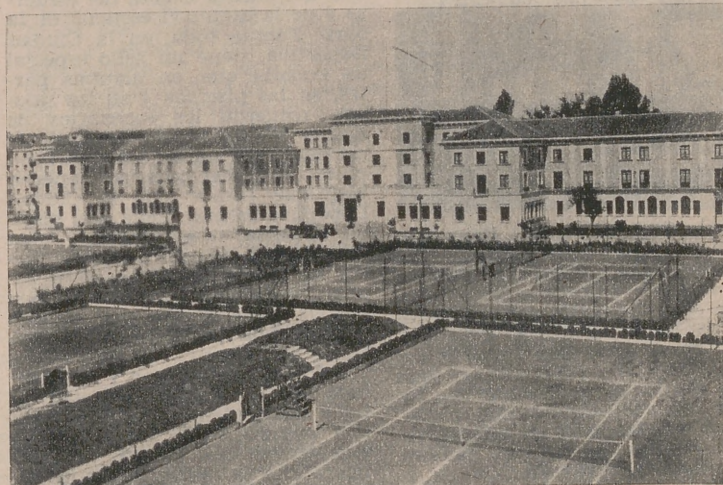
Pero eso es lo bueno, Juan Manso, multiplicar para vivir. Vivir para multiplicar. No otra cosa hace España. ¿Por qué hemos de hacer otra cosa los españoles?

DEL ESPOLÓN A LA CALLE DEL POZO SECO

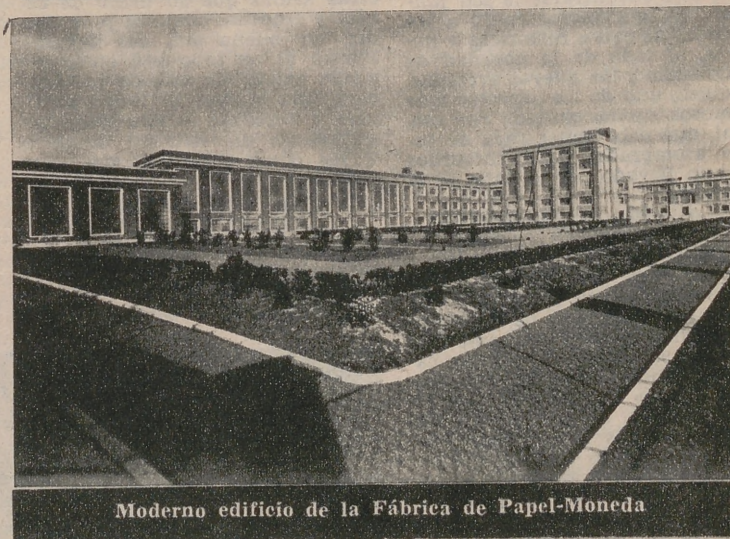
Quando amaneció y se hizo mañana y mediodía, el Burgos medieval de la catedral parecía más grave y sereno entre el sol. Por eso mismo, antes de entrar por los caminos trillados del Espolón,



El arco de Santa María, uno de los lugares más conocidos de la ciudad milenaria



Vista parcial de la Ciudad Deportiva «Juan Yagüe», de Burgos



Moderno edificio de la Fábrica de Papel-Moneda

recorro los viejos barrios. Me adentro por el Corralón de las Tahonas, plaza de cantos redondos y piedra pulida, en la que, nada más sonar los zapatos, se abrieron las ventanas. En muchos sitios, en pequeñas mesas negras, al aire de una atmósfera viva y picante, y siempre próximas a las fuentes, las mujeres echan su partida de cartas. Y antes de cantar «las cuarenta», las manos que cuentan y que miden, que cosen

y barren, se detienen un solo instante. Después, como mis pasos, continúan.

Así que, cuando llego al Espolón, a la ciudad-ciudad, al hermoso jardín que mira al río, ya está paseando todo el mundo su reciente conquista. Porque el Espolón, mirado desde lo alto del Arco de Santa María, es un lento ondular humano. Verdea en él, junto a los árboles, la mocedad militar, que parece poner su acen-



Las maravillosas torres de la catedral continúan presidiendo la vida de la ciudad

to peculiar a la calle. Porque el Espolón, que tiene cadenas que impiden otra circulación que los pasos del hombre y la mujer, parece estar hecho para que Burgos encuentre a la novia. Por eso, creo yo, se anda tan despacio, como midiendo y contando en cada leve pausa la predicación que los ojos van dedicando al caminante. A los cadetes, que, en hileras, recién puestos los dorados galones, terminan por «avecindar» en la ciudad.

Este contraste profundo, este ir del Espolón a la calle del Pozo Seco, este encontrarse la sed junto al río, la catedral junto a los puentes, las calles históricas y heroicas, al lado de la novedad de la industria y las nuevas avenidas, es, quizá, uno de los aspectos más hermosos de la ciudad. Por eso, a mí, que debo tener cara de turista asombrado, dos chiquillos me han llevado por la calle de la amargura:

—¿Le llevamos a la catedral?

—Yo sé ir solo.

—¡Quiá!

Menos mal que llegó el turismo auténtico, el turismo de la andadura gigantesca de los grandes coches, y salieron como flechas en su busca. Pero éstos sabían mucho. La mujer que conducía, ligera y rubia, se fué directamente a la Oficina de Turismo. Los dos mozos, sabedores que todo negocio tiene sus fallos, se pusieron a escribir sobre el polvo del coche estas palabras: «Mucho coche y poca ganancia.» Supongo que lo de la ganancia lo dirían por ellos.

UN ESCENARIO PARA ESTHER WILLIAM: LA CIUDAD DEPORTIVA

Antes de visitar a nadie he tenido la suerte de encontrarme con uno de mis mejores amigos de Santander: con Santiago Iñigo, médico e hijo de un médico ejemplar, que vive, casado, en Burgos. Los dos hemos celebrado andando, y en su coche, el encuentro. Con él he recorrido el Burgos re-

sonante y polifónico de las grandes Empresas.

Hemos subido a lento paso de coche, a trote de coche negro, hasta la Cartuja de Miraflores, donde no sabe uno de qué admirarse más: si de la noble piedra o del hermoso camino. En la puerta de la Cartuja, bajo el arco oscuro, una familia intenta convencer a uno de los monjes de la, supongo, necesidad de su visita. El caso es que las palabras van y vienen y, según dice Santi, siempre hay alguna posibilidad.

Iñigo me ha llevado después, al paso que me habla entusiasmado de su trabajo actual en la ciudad—que abandonó la Medicina por el Comercio—, hasta las instalaciones de la Ciudad Deportiva. Es sabido por todos que ésta fué una de las obras en las que más empeño puso el general Yagüe; pero hasta no verla, hasta no pasar por ella, no se puede uno dar cuenta exacta del esfuerzo y de la dignidad esencial de la obra. Porque todo, en la Ciudad Deportiva, tiene un sello especial de nobleza que, en algunas partes, en las piscinas y en los salones, recuerda los escenarios de Esther Williams. No se trata de un hacer por hacer, sino, para mi gusto, un hacer para permanecer. Hay que pensar que la Ciudad Deportiva Militar tiene una piscina cubierta, una infantil y otra descubierta. Cuenta con ocho pistas de tenis, un gimnasio asombroso y frontones. Unase a todo ello la pista hípica, los campos de tiro, boleras, pista de patinaje, de baloncesto y de balonvolea, y todo ello, enfrenteado y confrontado por la Residencia de Oficiales y los centenares de viviendas que cierran, como un marco, la perspectiva, nos pueden dar una ligera idea del esfuerzo que ha supuesto la empresa. Por las avenidas de la Ciudad Deportiva, los soldados, con buzo de faena, sin otras armas que su deseo de céniza y frontón, circulan para medir, en buena lid, sus fuerzas. Pienso, al ver todo esto, en lo que puede existir de mágica promesa para una ciudad el tener próximas y cercanas a ella tales posibilidades de esfuerzo olímpico. Y las cosas deben hacerse para gastarse.

CIENTO TREINTA MILLONES BIEN GASTADOS

Si bien es verdad que Burgos tiene, a sus espaldas catedralicias, un monte, también es cierto que tiene, corriendo por entre

sus calles, un río. Y que sobre los puentes de este río, sobre uno de ellos, están ya clavadas cara al cielo, piedra fuerte que no podrá navegar entre la espuma, la estatua del Cid y de los suyos. Es de suponer que no pueda faltar entre ellas, y yo no lo sé en el momento de escribir estas cuartillas, la de Martín Antolínez, «el burgalés conplido» del Poema. Sería como negar a la sal su sabor perfecto.

Pues bien; por esta ciudad que crece a un lado y al otro de los puentes, que los aprieta entre su doble torso, no hay momento para el descanso. La plenitud y la arrancada es tan seria y tan grave, que, como hemos visto en otros sitios, todo se ha quedado pequeño. Lo que hasta ayer era lo único posible, hoy es sólo un hito en el paisaje de los nuevos proyectos. Por eso, a la hora de barajar cifras, a la hora de ver en el mapa del Gobernador Civil, que tiene banderitas, como un mensaje bélico, qué es lo que espera, sueña y promete Burgos, me contestan con estas palabras: solamente la adaptación de los servicios municipales a la nueva población ha supuesto un presupuesto extraordinario de ciento treinta millones que se han dedicado, en su mayor parte, a las obras de saneamiento y abastecimiento de aguas.

—¿Sirve la cifra?

—Sirve. Y sirve, porque es directa. Porque habla a las dificultades esenciales de muchos paisajes españoles. A los que no tienen agua y hay que llevársela.

Según el censo de la capital, que tengo en las manos ahora mismo gracias a la gentileza de Francisco Escobedo, la población de Burgos ha tenido este gigantesco crecimiento: en el año 1900, 30.167 habitantes. En 1930 alcanzó los 40.061, y ahora, en los momentos actuales, Burgos se asoma a la plenitud de los 80.000. Y, si, ya sabemos que hay ciudades mayores; pero también es cierto que este crecimiento se produce al amparo de una actividad industrial poderosísima y, precisamente, en ese burgo de los burgos, en esa comarca castellana que pareciera no era otra cosa que catedral y Cid. Para los embriagados de papanatismo a la hora de ensalzar los meridianos forasteros, bueno sería que vieran cómo la Historia, cómo el Cid, ganador de batallas después de muerto, según la bella leyenda, no impide para nada el crecer y el dominar nuevas cotas y nuevos estados de existencia. Al



Uno de los campos deportivos que causan la admiración del visitante

revés, el imperativo de lo tradicional imprime sustancia y proyección al futuro. Lo que pasa es que hay que tener futuro, y antes sólo teníamos pasado.

Pues bien; este crecimiento de la vida está acompasado melódicamente por el crecimiento y la altura del humo. De la industria y de la máquina. Del tejido y las obras hidráulicas. Que todo lo vemos.

«A COMER A MADRID Y A CENAR A BURGOS»

Cuando se pregunta a las gentes de la ciudad cuál es lo que con más apremio esperan, todas las voces, coincidentes como las campanas del monte, vienen a decir lo mismo: la terminación del Santander-Mediterráneo. Esto es, pues, sin ambages, lo que el sueño burgalés arroja al caminante. Ellos se saben en un rumbo estratégico importantísimo, y les parece escuchar sobre sus cabezas, con el tumulto de los picos, los golpes que van abriendo el túnel de La Engraña, que, con sus siete kilómetros de longitud, viene a ser la parte más dura y costosa del proyecto. Pero también la que coronará de victoria los caminos. Todos son instancias y trazados de hierro para el Burgos de hoy, para el Burgos caballeresco, que no quiere perderse, tampoco, la pesca ancha de un Madrid-Burgos, de una línea directa.

—Un Talgo—me dice el delegado de Información y Turismo—nos pondría a tres horas de Madrid.

Y se ríe este hombre eminentemente popular y a quien todos conocen con su sonrisa pálida, un sí o no gozosa y anticipadora, como si ya viniera a «comer a Madrid y a cenar a Burgos». Mientras, porque pausa llevan las cosas, me lleva por las calles antiguas, por las del «aperitivo» antes de ir a casa, a buscar a uno de los capitanes industriales de Burgos. Porque por los hombres se saca el ovillo.

BURGOS, POTENCIA TEXTIL

El director técnico de la Sociedad Española de Seda Artificial (la S. E. S. A.) es un hombre maduro, moreno y delgado, que posee, de las fibras, su temblor nervioso, su paso rápido y estrecho. Es un hombre afable, que está dispuesto a llevarme a la fábrica, dispuesto a acompañarme a todos los sitios, pero no a salir en

los periódicos. Cuando algo de carácter personal y, sobre todo, con relación a su capacidad técnica aparece en la conversación, arria banderas y desaparece. Pero con él, con don José María Plaza, al filo de la tarde, recorro la industria. Me doy el gustazo de ver, de principio al fin, el mágico proceso químico que convierte la celulosa en hilo de seda. Pero hay que pensar que en torno a esta fábrica que tiene más de novecientos obreros y produce 4.500 kilogramos diarios de fibra artificial larga, se ha establecido una importante red de industrias que transforman y distribuyen en satenes, etc., etc., la materia prima que reciben de la S. E. S. A.

Un problema de aglomeración y de ordenación se ha ido creando inevitablemente con este veloz crecimiento industrial.

—Hay alguien—dice el señor Plaza—que cree que la mayor parte de esas realizaciones han nacido al calor de un movimiento especulativo. Y no es así. El crecimiento industrial de España es un hecho incontrovertible. Sólo que ha llegado el momento de presentarnos la papeleta de mejorar los productos y la técnica. De concurrir al extranjero. Pero lo que se ha hecho permanecerá.

Y habla el director, con un cierto empuje vital que amontona las palabras, mientras que el señor Maldonado, apoderado de la S. E. S. A., confirma, con una leve voz tranquila, sus palabras:

—Mire—dice—en 1936 teníamos 300 obreros y producíamos mil kilogramos.

Y uno, asombrado, estrena su colosal sorpresa al ver convertida a la cabeza de la Castilla de Fernán González, en potencia textil, porque creíamos que los telares estaban sólo en Barcelona, «la grandt y la bona», y resulta que aparecen en todas las partes. Que se teje en todos los caminos.

Todavía, y ya en los jardines de la fábrica, ando y ando de un lado para otro visitando las cierto cincuenta viviendas para obreros que en el mismo recinto fabril se han construido. Y me llevo hasta la capilla de este pequeño pueblo trabajador que se ha levantado en uno de los extremos de la fábrica, para volver a sentirme feliz de mi paseo. La capilla, alegre y ligera, hermosa y suave, está poblada de chiquillos.

—¿Qué haces aquí?—pregunto a uno de ellos.

—¡Pues rezar!

Y me mira un sí o no dispuesto a la polémica.

Mientras tanto, la fábrica sigue, ininterrumpidamente, y porque así lo exige el complicado proceso químico, su trabajo. Día y noche el hilo se tuerce en la máquina.

Unos 3.000 obreros están empleados en Burgos capital, de una forma u otra, en la industria textil. A Burgos vinieron, en sus primeras y madrugadoras jornadas industriales, trabajadores y técnicos catalanes para ayudar a poner en marcha la madeja.

—Muchos—me dicen los mismos obreros—se han marchado, pero otros permanecen, y aquí han echado ya sus raíces y sus tejados.

Le pregunto a don José María Plaza, curiosamente, por el resultado práctico que ofrece, después de esta experiencia, el obrero castellano.

—Mire—me dice—nuestro obrero textil no tiene hoy que envidiar a nadie. Fuera de duda está—añade—la mucha tradición textil y la gran capacidad de otros trabajadores españoles; pero los burgaleses están conquistando también esa cima.

Todavía antes de marcharme de este hermoso círculo de trabajo y de vida que componen el hombre y la máquina en esta Empresa, dialogo con los obreros que asisten a su pequeño Casino, sobre un montón de cosas. Hablo con Higinio Santamaría, de treinta y nueve años, y que lleva doce ya en la fábrica. Mientras lo hace, mira y cruza su palabra cordial con don José María. Es uno de los que tienen vivienda de la Empresa.

—Dígame, Higinio. ¿Cuánto paga por la casa?

—Una peseta diaria.

Y cuando yo le miro sorprendido, Santamaría se ríe alegremente. Después me dice:

—Pero hay fila para las que van a hacer.

—Claro. Yo me apuntaría también.

UN CINTURON INDUSTRIAL EXTRAORDINARIO

Pero la ciudad no acaba ni se compone de eso sólo. El cinturón industrial de Burgos va, día tras día, agrandándose. Bien cercana, con ese aire moderno y altivo de una industria que quiere parecerse al sanatorio, está la notable Cellophane Española, con 500 obreros, dedicada a la producción de película cellophane, casi recién estrenada, y la de la Moneda y el Timbre, erguida frente a un paisaje todavía desnudo, que vienen a cerrar, con una técnica y esfuerzo renovador, el ciclo de la industria papelera del Arlanzón, de antigua raíz y tradición. Y así, hay que pasar por el arco que comprenden las Azucareras de San Pascual, las industrias de galletas Laste, Pahiño, Arconada, que se unen a las de Renedo, Sociedad Anónima, del ramo textil, con 540 productores, para alcanzar los Tejidos Castellanos, la Textil Arlanza, la Fabril Sedera y tantas otras que funcionan y existen para transformar la vida española. Y así, nos vamos, de nuevo, otra vez a esa medula espinal del Espolón, donde resalta, quizá para estímulo, la Industria Pinedo, la obra, según me dicen en Burgos admirativamente, de un



La piscina infantil de la Ciudad Deportiva «Juan Yagüe» a la hora del baño

hombre de trabajo. Y quizá porque el día ha sido corto para ver tantas cosas. Santiago Inigo, que cree que el día ha estado bien de caminar, me lleva hasta el Parador del Cid.

EN EL PARADOR DEL CID, COPA DE COÑAC

El Parador del Cid está en plena carretera, próximo a Burgos, si la distancia se cuenta en coche, y situado en esas hermosas perspectivas con las que acostumbra a regalar al visitante la Dirección General de Turismo. Los Paradores, y a éste le ocurre lo mismo, tienen, frente a los hoteles, no sé bien qué misterioso aire tranquilo, cuya explicación aún no comprendo. Mientras nos sirven «algo», se acerca a la «barra», a la pequeña y grata «barra», un francés bajito y rubicundo. Preguntado al encargado del bar, señalando con la mano, por el precio de una copa de coñac de una botella que está en el estante. Consigue, al fin, pronunciar el «¿Cuánto?». El mozo, de chaqueta blanca, suelto el desparpajo de su francés para sabios y locos, le da una respuesta en cantarinas pesetas. Entonces, el francés toma una sola copa, y la lleva él mismo hasta los sillones de donde vino, y, una vez allí, amable y amorosamente, la comparte con una mujer. Cuando el dinero no da para dos, da para una, y eso es lo importante. A mí, personalmente, me sirvió de humilde lección, monsieur.

Cuando salimos del Parador, antes de irme a cenar y a dormir, me fui a pasear por la plaza del Rey San Fernando. Traspasado el gran arco, casi túnel, de la Puerta de Santa María, tenemos enfrente, como un hito gigantesco, como un bastión negro, la catedral de Burgos. Ustedes, como yo, saben que es una joya del gótico, pero eso, de verdad, apenas explica nada. Dice uno «gótico» y se queda con la cabeza vacía y la lengua áspera. Se trata de algo más. Ahora, en esta hora de la noche, en este silencio casi millagroso de Burgos, toda la ciudad parece girar, lenta y suavemente, en torno a las torres enhiestas, a las torres alero de palomas y peldaño y escala para el cielo.

Y además no soy yo el único mirón. Más de cinco coches extranjeros están alineados en la calzada. Los ocupantes, pie a tierra, miran afilando su asombro. Tres de ellas, pantalón y peinado a lo mozo, se peinan el poco pelo de viajeras en un diminuto y be-

llo espejo. Dos mujerucas al pasar enhebraron ante mí esta pequeña conversación transeúnte:

—¿Viste?

—Sí; parecen muchachos, ¿verdad?

Y mientras tanto, en el puente, cercano al agua, el Cid, el verdadero romero de esta peregrinación del mundo, tiene al viento frío su barba de piedra. Su inalterable barba.

CIENTO SETENTA MIL DOCENAS DE BOINAS SE FABRICAN EN PRADOLUENGO

Como Burgos tiene muchas caras, muchos perfiles, no puede uno quedarse, aunque quisiera, siempre en Burgos. Por ello, hoy, con el amigo Mena, me decidí a visitar Pradoluengo.

Mena, que es un hombre amable y atento, buen guía para establecer itinerarios, me dice en el camino algo sobre Pradoluengo. Y en esa carretera, como cogido en la trampa de las ruedas, matamos un perro. El chófer me miró un momento triste, y en cierta manera conmovido: «No pude hacer nada», me dice.

Pradoluengo es un pueblo de 2.385 habitantes, al que ha de irse por el camino de las sierras. Un pueblo hermoso y extraño metido y adentrado entre montes verdes y alegres que parecen esconder un poco su presa misteriosa.

Todo Pradoluengo, todo este pasmoso pueblecito artesano, está dedicado a fabricaciones que van de la boina al calcetín, pasando por las mantas.

—Es que aquí, ¿sabe?, competimos con Cataluña en géneros de batalla—me dicen en la casa de Baldomero Martínez.

El pueblo es limpio, bien portado y arreglado, como si supiera que es producto de un esfuerzo extraordinario. No menos de 60 fábricas existen aquí. Y bien que llamemos fábricas a pequeños talleres artesanos donde trabajan sólo la familia, pero las hay también de mayor importancia. Pero lo curioso es la atmósfera que se respira aquí, en Pradoluengo. De casa a casa transcende una plena vitalidad entusiasmada que se distrae hoy con nuestras preguntas. A Pradoluengo lo debieron fundar los vascos, ya que existen todavía muchos nombres de origen vizcaitarra.

Lo curioso es comprobar que en muchas casas, en decenas de por-

taladas, se trabaja aún como hacen años. Con los telares movidos a mano, con las máquinas circulares, que parecen haber trabajado durante siglos.

Me llevan a ver, una por una, las fábricas.

—¿Cuántas boinas hace Pradoluengo?

—Hacemos —me dicen— unas 170.000 docenas anuales. Más de 300 mantas diarias y, también diariamente, unas 470 docenas de calcetines.

EL «BATAN DEL QUIJOTE»

Yo miro al hombre que me contesta con cierto pasmo. El Alcalde, que también es artesano tradicional, que tiene una hermosa industria, llama por teléfono a otro industrial y me llevan, río arriba, a visitar un «batán», que es, según me cuentan, de la época del Quijote. Se trata de una rueda enorme que mueve el río y que ha girado durante más de un siglo golpeando, con unos martillos fabulosos, los tejidos grasientos que, bajo ellos, se someten a una enorme «paliza» para desengrasarlos.

A lo largo del río surgen ya nuevas industrias de carácter más moderno, pero la ilusión de asistir al trabajo de una colmena artesana de hace doscientos años no se retira.

Cuando volvemos, todos los rincones con sol están llenos de mujeres que terminan de rematar, porque la máquina no lo hace, los calcetines o las boinas.

Por otra parte, este pueblo, rico en empresa y aventura, tiene muchos de sus hijos en América.

—Es que somos muy expansionistas—me dicen mientras tomamos café—. Ahora mismo los Zaldío, mejicanos de Pradoluengo, están construyendo aquí una serie de fundaciones benéficas: una escuela y un hospital-asilo. Y los hay en Argentina y en otros meridianos americanos. Pero siempre de Pradoluengo—añade el Alcalde.

—¿Pero quién dirige todo esto? ¿Quién va a hacer frente a la responsabilidad de tener que cambiar y modificar todo este sistema de trabajo para no tener que desaparecer frente a la mecanización actual?

—No sé; no tenemos más que práctica; aquí no hay teoría—dice uno de ellos, el despejado Félix Pascual.

Se siente uno ante este hermoso panorama del trabajo armónico y familiar reviviendo una época medieval de los gremios. Pero siento que algo hay que hacer para que este hormoso pueblo no desaparezca como noble Empresa industrial. Habría, pienso, que llevar a los hijos de los fundadores a beber ese agua de la «teoría», que dice Pascual. Todo con tal que esta semilla de trabajo no se pierda.

Antes de marcharnos me paro ante una de las pequeñas maquinillas de una casa.

—¿Cuántos calcetines hace al día?

—Cada máquina, unas dos docenas en las ocho horas.

Miro entonces la habitación artesonada, de negras y casi embreadas maderas, mientras las dos hermanas, sentadas en los taburetes, van contestando, un



La gran piscina burgalesa, escenario de importantes competiciones

poco desconfiadas, a mis preguntas.

—¿Usted será periodista?

—Sí. ¿Por qué?

—Tanta pregunta...—dice con cierto retintín.

Pero yo, pasada la vergüenza, prosigo:

—¿Y cuántas trabajan aquí?

—Un día hubo más gente, ahora sólo nosotras, las tres hermanas.

—La mayor—dice una de ellas—es quien «lleva» todo. Ella vende y compra la lana para regenerar.

Y hablan con su habla a media voz, diciendo más cosas en silencio que hablando. Las palabras, verdaderamente, apenas tienen sentido. Estas mujeres, herederas de doscientos años de tarea, sienten a su alrededor crecer, en el mismo Pradoluengo, una maquinaria incesante. El pueblo, ahora, a media tarde, está estirado y alirado. Flota sobre él la sonrisa de muchas gentes alegres. El trabajo está, tejido a mano, en cada puerta.

Cuando el coche rueda lejos, en la búsqueda de otra diana burgalesa, parecen sentirse todavía los martillazos del «batán del Quijote».

INTERMEDIO EN LAS HUELGAS

Antes de salir para Aranda de Duero he querido pasar unas horas de cara al monasterio de las Huelgas.

Para ir al monasterio lo mejor que se puede hacer es cruzar los puentes, pasar el río y alcanzar a menos de un kilómetro, o el kilómetro, el casco antiguo de la ciudad. Supongo que antes, para ir a las Huelgas, habría que cruzar una paramera seca, un campo de polvo. Hoy no es así. El paseo que lleva hasta allí es, en cierto modo, un paseo residencial. Jardines y chalets. La ciudad de Burgos parece que descansa y veranea aquí: en la Castellana.

Como he ido andando he podido hacer tres veces la misma pregunta:

—¿Por dónde se va?

Dos niñas, ante la pregunta me contestaron, bueno, me contestó una de ellas, con esta respuesta polifaceta:

—Se lo preguntaré a mi padre —y desaparecieron tras la tapia de piedra.

Al otro lado, mozo y moza, se jugaba al tenis. Por estas mismas



Fachada del Seminario Español de Misiones Extranjeras, otro de los nuevos edificios levantados en Burgos

tierras, por este mismo Burgos, ciudad de recreo, cabalgaron los Reyes y Reinas de Castilla. Por eso el monasterio de las Huelgas, antes de que la antigua mansión para el descanso fuera reconstruida y ocupada por las cistercienses, fué en principio morada de calma para los Monarcas.

«YO ME QUEDARIA A VIVIR AQUÍ»

Después, desde bien temprano, aguardan allí los que vienen de visita. Un autobús está ya emplazado en la carretera polvorienta. Porque las Huelgas, y las casas de las Huelgas, son algo así como una visión retrospectiva, como un paso atrás en el tiempo. Todo parece que está detenido y quieto. Y sin embargo, a cien metros escasos, se enciende el verde de la ciudad-jardín que acabamos de pasar. Y más allá, los árboles prenden en las riberas verdes del Arlanzón.

Cuando entramos a los claustros, al frío frío del monasterio, mi compañero de excursión, un burgalés prudente y alegre, me dice:

—No se te ocurra hablar del frío de Burgos, ¿eh?

—Yo, no.

—¿Ni una palabra?

—Ni una.

Cuando después de atravesar los claustros, detenernos en la maravilla de las capillas mudéjares, llegamos a las Salas Capitulares, donde se conserva el «pendón de las Navas», la cabeza ar-

de un poco en el volcán de la emoción española. El guía va contando, en francés y español, las cosas.

Y cuando dice: «... y este pendón que se ganó a los moros...», dos hombres, el uno moreno y alto, y el otro, moreno, gordo y bajo, comenzaron una conversación a voz en grito:

—Ya lo oíste. Yo me quedaria aquí a vivir.

El guía, por entonces, contaba a los franceses, con un buen acento, «aquella de las Navas». Todo el mundo, sin saber por qué, se había callado. Los dos amigos, un poco ganados por el silencio, comenzaron de nuevo:

—Pues habla francés. ¿Dónde lo habrá aprendido?

En una de las naves, hundida en el muro, aparecía la plancha agujereada desde donde el sacerdote debe oír la confesión de las monjas. Es un rincón grave, sereno, donde las fórmulas de ascetismo y de renunciamento sobrecogen el paso.

Todo el monasterio es como una joya que la prisa no deja ver bien. Fuera esperan ya nuevos coches.

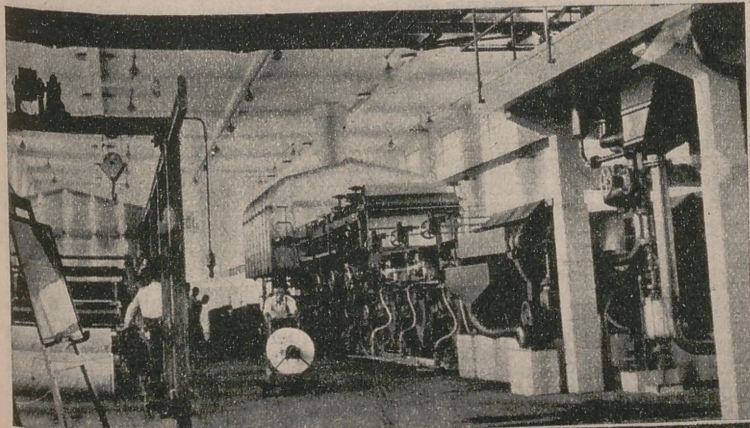
LA AZUCARERA DE ARANDA

Llegamos a Aranda de Duero a las nueve de la mañana. El río pasa amarillento y sucio bajo el puente. Las altas cañas que crecen en las orillas las quebranta el viento.

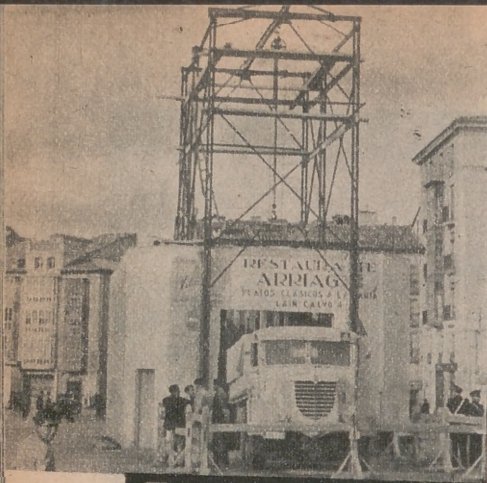
Por la carretera a Burgo de Osma, paseo entre los árboles los prados, los de Aranda han comenzado a levantar hermosos chalets, que son, ¿por qué no?, razones de prosperidad. A esa temprana hora en la plaza del Caudillo apenas hay nadie. Bajo los soportales las tiendas abren sus postigos. Es hora de tomar café con leche. A tomarlo, pues.

Cuando llamé a la Industrial Azucarera de Aranda, por si era posible visitar la fábrica, el mismo director, don Santiago Marraco Teresa, se puso al teléfono. —Pues, sí; cuando usted quiera.

Hemos hablado largo rato con don Santiago, y no sólo, naturalmente, por el deseo de conocer y tener detalles de la industria y de sus problemas, sino porque este hombre afanoso y trabajador está documentado plenamente de la vida de Aranda. Mi conversa-



Una de las navas de la nueva Fábrica de Papel-Moneda de Burgos



El camión que ha llevado a Burgos los trozos del monumento al Cid, llega al lugar donde será erigida la estatua

ción con él quiere recoger en un haz toda la vibración de esta zona hermosa que se encuentra de cara a un buen renacimiento.

—La remolacha—me dice— ha salvado en estos últimos tiempos al campo. Nosotros mismos hemos tenido contratadas 7.000 hectáreas de remolacha, de las que 6.500 eran de regadío. Y no hay por qué preocuparse del aumento de regadío. Donde no pueda plantarse remolacha, para que no existan excesos, se harán otras siembras. El nivel de vida ha aumentado fabulosamente con el regadío. Se ha pasado de la vida a la remolacha. Solamente en la vega del Riaza se han pagado más de quince millones de pesetas por la cosecha de remolacha.

La Azucarera tiene 572 obreros distribuidos en tres relevos ininterrumpidos, más otros 296 que están ocupados en las básculas y centros receptores.

En la campaña 1953-54 las cifras de la Empresa son las siguientes: Remolacha recogida, 76.559 toneladas, por las que se han pagado 48.374.305,93 pesetas.

Ello significa, exactamente, 10.578 toneladas de azúcar y 4.221 de pulpa seca.

«TODO EL MUNDO LLEVA GABARDINA»

Toda esta zona de Aranda está afectada, clínicamente, por las zonas y nuevas vegas de los regadíos. Cuando paseamos por la fábrica, don Santiago parece ir ordenando todo este inmenso barullo.

—Piense —me dice— que molemos 1.000 toneladas diarias.

—El año pasado—me advierten con orgullo—estuvo aquí el escritor Juan Antonio de Zuzunegui, que se quedó pasmado de la transformación de Castilla, de la transformación de la piel de Castilla, a la que, imprevistamente, la está creciendo hierba verde, prado de lluvia. Los pueblos de la Vega del Riaza, pueblos típicos del regadío, han visto cambiar completamente los valores dominantes en otras épocas.

—¿Sabe usted cuánto vale y a cómo se cotiza la hectárea...? Pues hay sitios en Berlangas y Hoyales en los que una hectárea se cotiza a 30.000 duros. Y cultivan tan bien como en los mejores sitios de Aragón.

Aranda de Duero, antes del 36, no llegaba a los 8.000 habitantes; hoy supera, simplemente, los 13.000. Y el crecimiento, como en

toda Castilla, está acompañado al ascenso del nivel humano. Se ve todo esto en simples y elementales detalles. En cómo anda la gente por la calle.

—Aquí—me dice don Santiago con buen humor y sin el menor asomo de malicia—todo el mundo lleva gabardina. Parece el uniforme de Aranda.

Y es verdad, todo eso que parece tan sencillo decirlo, «todo el mundo lleva gabardina», es como una lección que poco a poco vamos aprendiendo. Antes la gabardina era una prenda lujosa. Hoy es nada: la prenda corriente, la prenda amable y común a todos el día de la lluvia. Que bien está lo que Dios quiere.

Aranda, esta hermosa Aranda, está suspensa también con la impaciencia de las comunicaciones. El Madrid-Burgos apasiona las conversaciones. Se sienten con ganas de entrar en el juego de la geografía, y eso que, sin más, Aranda es el centro geográfico de una extensa y rica comarca que llega hasta las provincias próximas. Más de 14 coches de línea llegan a Aranda de un lado u otro. Y los miércoles y sábados son los mercados.

—Aquí, donde lo ve usted—me dicen—hay algún almacenista de coloniales que hace un volumen de ventas al año superior a los 18 millones... ¿Qué le parece?

TREINTA MILLONES DE KILOS DE HARINA

Toda la ciudad que, por otra parte, es ruta artística, zona de turismo, está agitada por ese enorme estirarse de Castilla. Aranda posee cinco fábricas harineras, cuya capacidad anual de producción alcanza los treinta millones de kilogramos anuales. Y su producción de trigo, en 1952, la gran cosecha, les dió, en banastas de oro, el millón de kilogramos.

Y para que todo no sea cosecha y árbol, remolacha y río, Aranda tiene también una fábrica de confección y otra importante de gabardinas.

Es, pues, como decía Zuzunegui, un cambio heroico y difícil en la piel de Castilla. Un ancho deseo de crecer y sembrar que no deja punto para el reposo ni para la crítica. El Gobernador de la provincia, don Jesús Posada, me lo decía con unas palabras ciertas:

—Lo que le puede dar idea más exacta de la que está sucediendo puede ser esto: la gente se ha acostumbrado a ir delante del Estado. Vienen a hablar de las obras necesarias, con todo el ímpetu y con toda nobleza. Vienen a nosotros a que les ayudemos y a compartir los riesgos. Antes creían en la influencia, ahora creen en otras cosas.

Y así, justamente ahora, cuando veo que los tractores duermen en las tierras de Aranda, veo que he llegado al final de las cuartillas solicitadas. Queda por contar, con la ayuda de Dios, el viaje que me llevó desde Salas de los Infantes, corazón de leyenda, hasta Villarcayo, en el Norte-Norte, y Miranda de Ebro, clave de una nueva industria de Burgos y de España. Todo eso que contar y todo eso que vivir todavía.

Enrique RUIZ GARCIA
(Enviado especial)

EL CID DE JUAN CRISTOBAL ES UN MONUMENTO A LA LITERATURA EPICA SOBRE EL CAMPEADOR



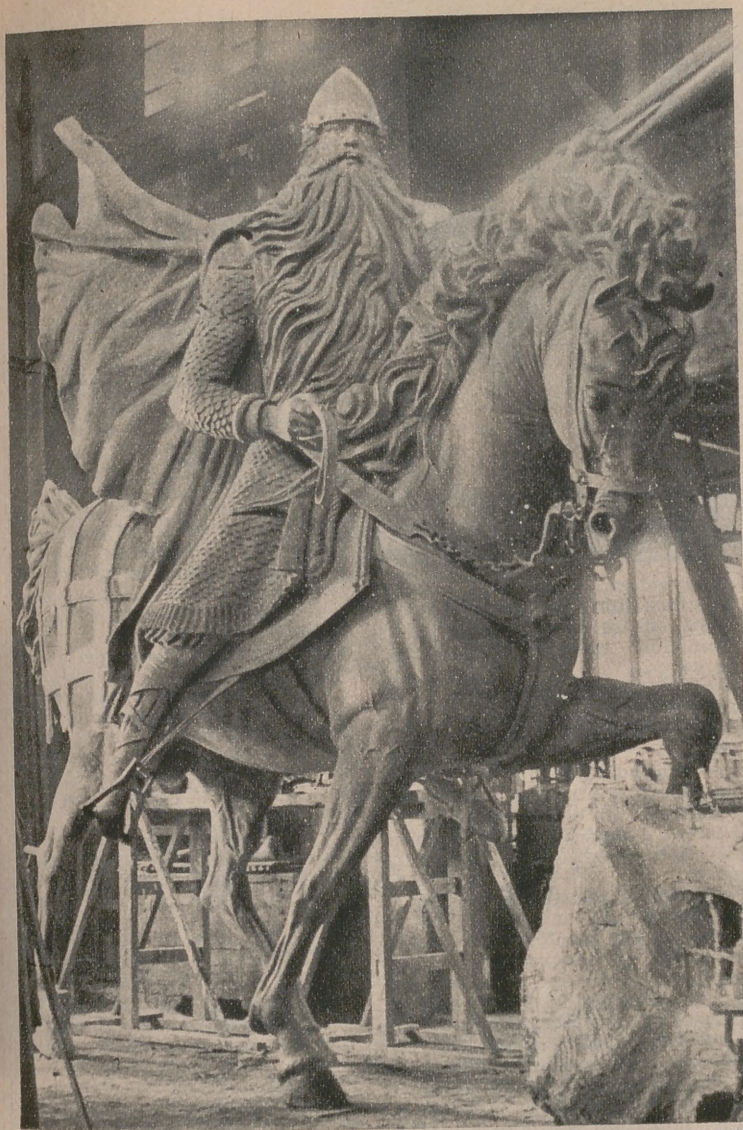
Un siglo llevan los burgaleses esperando la estatua que ya está siendo erigida

CALLE de Londres, número 42.

Una geometría de andamios y un trajinar de albañiles me hacen vacilar delante de la puerta de tablas. «¿Será aquí?» Empujo las tablas y empiezo el escalado de los montones de arena y cemento, el vadeado de pequeños lagos grisáceos... Algún obrero interrumpe un minuto su labor para seguir, interesado, mis torpes evoluciones, cuando ya salido de entre ellos un personaje se adelanta hacia mí. Es un hombre pequeño con pantalones vaqueros y una guayabera gris, prendas que han debido frecuentar el cemento sin escrúpulos de ninguna clase y aun se han hecho amigos del barro.

—Usted dirá...

—¿El escultor don Juan Cristóbal?



El monumento al Cid que Juan Cristóbal ha realizado para la ciudad de Burgos

—Yo soy.

—Venía...

Y le explico que desearía charlar con él un rato sobre esa estatua del Cid, de la que es autor y a cuya instalación se procede en estos momentos en la capital burgalesa.

—Aunque usted parece muy ocupado en estos momentos.

—¿Ocupado? Bueno, no dema-

siado. Estoy haciendo obra en lo que era el jardín de la casa. Voy a levantar un estudio nuevo. Me veo obligado a ello para poder trabajar en la estatua del general Trujillo que va a tener seis metros de altura y, por lo tanto, no me habría de caber en el otro taller.

Mirando hacia lo alto, una sabia trama de tablas recorta el



El escultor explica a nuestra redactora cómo realizó su obra

cielo en polígonos. El escultor sigue explicando:

—Voy a levantar una cúpula de cristales que me dé mucha luz... pero pase, pase aquí al estudio... Me decía usted que quería que hablásemos de la estatua del Cid... ¿La ha visto usted?

—En fotografía únicamente...

UN CID DE MAS DE CINCO METROS

Un boceto en barro del general Trujillo se recorta contra el sepia de la pared del estudio. Bustos, estatuas y esbozos conjugan su blancura con la luz fuerte que se cuele por todos los ventanales. El escultor no es parco en palabras. Cordial, posee una agilidad, una movilidad asombrosa. Me explica que el Cid está ya en la fundición, ¡después de tanto tiempo! Y que muy pronto llegará a su destino, Burgos.

—Lo he creado aquí en este mismo estudio. Cuatro años he tardado en concebirlo, en perfilarlo, en hacerlo. Hubiera podido ser más pequeño. Pero he querido que fuese épico y he sido embicioso. Le di exactamente cinco metros con veinte centímetros de altura.

—¿Y cabía aquí, en esta habitación?

—Cabía sin la espada—¡una espada de dos metros!—y sin colocar la cola al caballo.

«La cola daba contra esta pared», añade. Y el pensamiento se le va hacia los diversos pasajes del nacimiento de este Cid monumental. Idealmente me dibuja el primer Cid, la estatua primeramente concebida, y yo la veo entre sus brumas ayudada por el recuerdo que de ella guardan las paredes. Era un Cid más pequeño que el actual, de tan sólo cuatro metros. Un Cid nacido sin ayuda de bocetos, trabajado directamente. Su trazo era ya seguro, épico y grandioso, cuando una mañana el escultor fué ingratamente sorprendido, dolorosamente sorprendido al entrar en el estudio: la cabeza del caballo se había derrumbado.

—¿Lo restará usted?

—Empecé a restaurarlo, sí. Pero después reflexioné, y me pareció que sería mejor empezar de nuevo. Me daba la impresión de que al hacerlo así, la obra iba a ganar en espontaneidad.

—¿Y nació el Cid actual?

—Exactamente. Como la primera vez, lo empecé a trabajar directamente. Esta vez le di más altura, cinco metros veinte centímetros, como ya le he dicho a usted.

—¿Se ha inspirado usted directamente en el poema, para concebir al Cid?

—Sí. Sobre todo en el poema. Y desde luego en los estudios de don Ramón Menéndez Pidal. En realidad, he visto casi toda la literatura en torno a la figura del Cid. Porque, ¿no se ha dado usted cuenta de que todo en mi Cid es literario...?

Y me lleva hacia el otro lado del estudio, donde hay una fotografía de la estatua que el escultor guarda enmarcada.

UN MONUMENTO A LA LITERATURA SOBRE EL CAMPEADOR

—Fíjese, nada en él es real. Las barbas son unas barbas li-



«Siempre me ha atraído la figura serena, humana y épica del Cid», dice Juan Cristóbal

terarias. El caballo también lo es. A la capa le he dado una fantástica forma alada. Mi Cid es más que nada un monumento a la literatura sobre esta figura

Luego, entre las espirales de humo de un cigarrillo turco, me confiesa que él siempre ha sentido debilidad por el Cid, que siempre le ha atraído su figura serena, humana, épica.

—Y por concebirlo hombre también, y castellano, le he colocado esa cabeza llena de serenidad.

La mano, nerviosa, recorre en la fotografía los surcos por ella misma labrados, tratando de reforzarlos mientras habla. «Fíjese, fíjese en esta línea, en esta boca apenas adivinada bajo el enorme mostacho. Y luego el infinito marco de las barbas...» Entre los dos quedamos en que el Cid es un sueño.

—¿Leyó usted aquel chiste que se publicó sobre las barbas de este Cid?

—Sí. Lo tengo recortado porque me pareció estupendo.

Los grandes mechones lanudos de esta misma barba, la personalidad de la faz, el fantástico vuelo del extraño caballo nos invita a pedir.

—¿Y no podría verse al natural?

—¿La estatua? Está en la fundición, como le he dicho..., pero si usted lo desea vamos allá... Ahora mismo, porque mañana será tarde. Un camión de gran tonelaje la llevará troceada a Burgos, donde se procederá a su rápida instalación.

Con esa viveza de hombre pequeño y de artista que le caracteriza, Juan Cristóbal ha logra-

do solucionar la cuestión y antes de cinco minutos estamos instalados en un taxi, camino de la fundición «que está aquí cerca...».

La conversación se vuelve personal.

—¿Es usted granadino según creo?

—Granadino, sí. Y en Granada hice mis primeros estudios de escultura, en el taller de Pedro Nicolás. Luego frecuenté el taller de Benlliure. Pero poco, muy poco.

Afirma e insiste en que no es partidario de academias, ni de escuelas. «El escultor se forma en el taller, en contacto con el barro, con la piedra, con la escayola, aprendiendo a ser albañil, carpintero...» Recuerda Juan Cristóbal aquellos imagineros andaluces, casi siempre nacidos de bathojos, y por ellos da la razón de sí mismo. De esto me sigue hablando cuando atravesamos la puerta de la fundición, en los alrededores de la calle de Cartagena.

—¿Usted está satisfecho de ser autodidacto?

Y no me contesta a la pregunta porque estamos frente al Cid, frente al original que ya hemos discutido en fotografía. Su contemplación es casi una respuesta a la pregunta anterior. Es verdad que nos encontramos frente a un Cid «troceado», pero aun así, el caballo asusta y empujea a las demás esculturas de la nave decorada de humo. El horno nos presta una luz rojiza mejor que todas las instalaciones eléctricas para la contemplación de esta obra de pura fantasía. Y entre el humo y la luz de las llamas, a la sombra de

una pata del caballo, a Juan Cristóbal se le vuelve la memoria fácil para todo lo que sea Cid.

—Ahora me gusta contemplarle. Ahora que está casi coronado el esfuerzo. ¿Ve usted estos trazos que parecen ligeros y espontáneos? Pues los creó el esfuerzo y el trabajo. Y es que no hay obra de más espontaneidad que la que nace del estudio.

—Un siglo creo que han estado los burgaleses esperando por esta estatua.

—Eso creo. A mí me la encargó don Carlos Quintana. Pero ha habido muchas personalidades empeñadas en que la obra se realizase. Ahí tiene usted al señor Fernández Villa, secretario del Ayuntamiento de Madrid, una de las personas que más apoyo me han prestado. También recuerdo que cuando se cayó la cabeza al caballo del primer Cid, el señor Ibáñez Martín, entonces ministro de Educación Nacional, fué el primero en darme ánimos y en insistir que la obra se continuase.

Afortunadamente, tanto empeño ha tenido satisfactoria realidad, y cuando este reportaje llegue al público ya habrán iniciado los trabajos de colocación de la estatua en la plaza del General Primo de Rivera.

—¿A qué atribuye usted el hecho de que esta obra, fotografiada, no dé la impresión de tener el tamaño que tiene en la realidad?

—Probablemente, el fenómeno estriba en que el dibujo es gracioso y suelto, en que tiene agilidad de cosa menuda.

—¿Qué cree usted que caracteriza mejor a esta obra suya?

—La unidad. A pesar de todo lo fantástico que he puesto en ella, he pretendido darle, sobre todas las cosas, unidad.

UN NUDO EN LA BARBA

Juan Cristóbal va de una pieza a otra de su obra, las toca, las acaricia casi amorosamente. Un momento, se detiene frente al trozo de la cabeza y la contempla; otro, se detiene ante las barbas.

—¿Ve usted ese gran nudo que tiene la barba en el mechón central? Según el poema del Cid, el gran guerrero se solía hacer nudos en la barba cuando se enfadaba. Yo no he querido plasmar al Cid ni muy enfadado, ni muy contento. Por eso sólo le he colocado este gran nudo. Uno sólo.

De aquí allá, como si le persiguieran genios escondidos detrás de las estatuas, va el escultor de pieza en pieza. Y yo detrás. Las dos partes de la capa —como grandes aletas de pez— se apoyan contra una pared. Quiñientos y pico de kilos, nos dice el señor Cristóbal que pesa una de ellas. Porque, en total, resulta que se han invertido 5.000 kilos de bronce en la obra.

Ahora imaginamos lo que será esta estatua sobre un pedestal de otros cinco metros de altura, que quedará al ras de las casas, a la entrada de Burgos, alzándose sobre ellas, volando sobre el cielo de Castilla.

María-Jesús ECHEVARRIA
(Fotografías de Mora.)



Una de las grandes piezas del monumento al Cid comienza a ser instalada sobre el pedestal

¿SER O APARENTAR?



El hombre agotado es más bien una apariencia de hombre: como el espantapájaros.

EL AGOTAMIENTO

se inicia siempre por la disminución de facultades mentales. Para detenerlo, estimular el organismo y activar la inteligencia, se ha creado FOSGLUTEN, tónico completo del cerebro



APLICACIONES

- FATIGA CEREBRAL
- PERDIDA DE MEMORIA
- DEPRESION NERVIOSA
- AGOTAMIENTO INTELLECTUAL

ACIDO GLUTAMICO, FOSFORO Y VITAMINA B

FOSGLUTÉN

SUPRIME LA SENSACION DE AGOTAMIENTO

INSTITUTO TERAPÉUTICO, S. A. - MADRID

PAGE 31 - EL ESPAÑOL

C. S. 13.557

EN UNA COLINA VERDE QUE SE RECUESTA SOBRE EL MAR

EN EL CEMENTERIO DE ARENYS
SE CONSTRUYE UNA TUMBA
PARA SEPULTAR UN CLAVEL
LA ÚLTIMA HISTORIA ROMANTICA



Arenys de Mar, el monte Calvario y el puerto

ESTE cementerio, rodeado de almendros y de viñas, en una colina verde que se recuesta sobre el mar, despertó la admiración de un artista de sensibilidad tan exquisita como Santiago Rusiñol.

—¿Qué le parece, don Santiago? —le preguntaron a Rusiñol, que estaba visitando el cementerio.

—Que me gustaría estar enterrado aquí—contestó sin vacilar.

Y no es que el humorista de «La alegría que pasa» contestara con una de sus agudezas; sentía profundamente la belleza del lugar.

UN CEMENTERIO LITERARIO

Podemos trazar — con cuatro pinceladas—una evocación apresurada, rápida. Una evocación que se trueque en nuestras manos en viva carne de pintura. Como si un pintor moja sus pinceles en blanco, azul y verde y los deja caer de pronto en esta colina sobre el mar. Nacen tumbas de mármol con blancas esculturas, una senda verde de cipreses... Y todo como navegando en la amplitud marina.

Pero no acaba todo en este paisaje que emocionó al artista catalán. Hay algo más impalpable, más vagamente tembloroso. Es posible que alguno crea ha-

llarse ante una leyenda más del romanticismo—o de un posromanticismo muy reciente en nuestro caso—. Sin embargo, quizá sea éste el único cementerio del mundo en que se haya construido una tumba para sepultar un clavel.

LA TUMBA DE UN CLAVEL

No hace mucho, un sábado por la tarde, llegué a Arenys dispuesto a reconstruir los episodios de la historia. Hacia las ocho de la noche entré en el local del Ateneo arenyense, en el paseo del Mar. En un solo edificio, cine, café y biblioteca. Unos juegan al billar. Otros, a la baraja, sobre las mesas de mármol. La puerta de la biblioteca da al café. Es una puerta insignificante.

Se abre de pronto y hace aparición una figura conocida: el bibliotecario del Ateneo, el maestro don Jacinto Arxer. Un anciano bondadoso, ilusionado. Pequeño, flaco, nervioso. Sonríe de pura bondad. Arxer es portugués de nacimiento, pero arenyense de arraigo, de tradición, de vida. Es un buen conocedor de las tradiciones de Arenys.

—Señor Arxer, me han dicho que en el cementerio de Arenys alguien construyó una tumba para sepultar un clavel.

—No es exactamente así. La historia es un poco distinta. Cons-

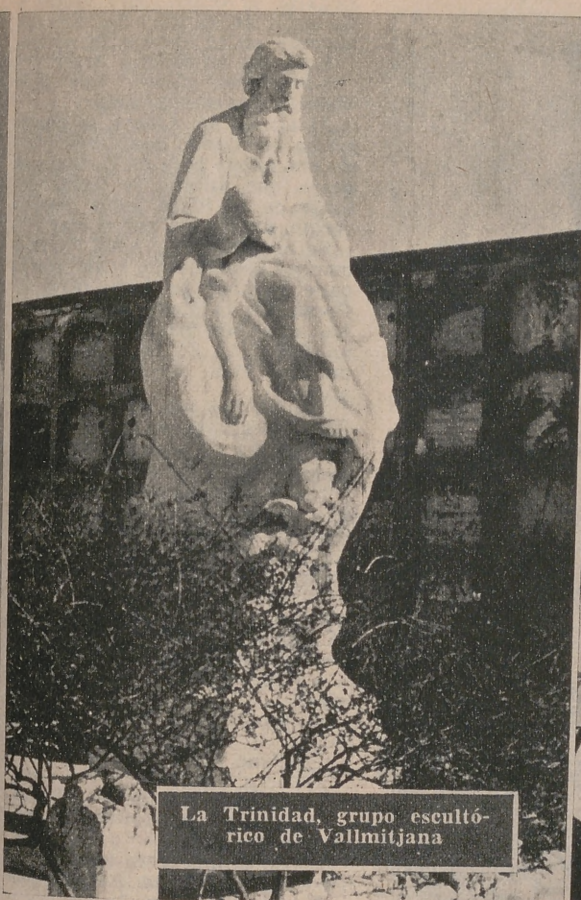


Una escultura de...
en el cementerio de...

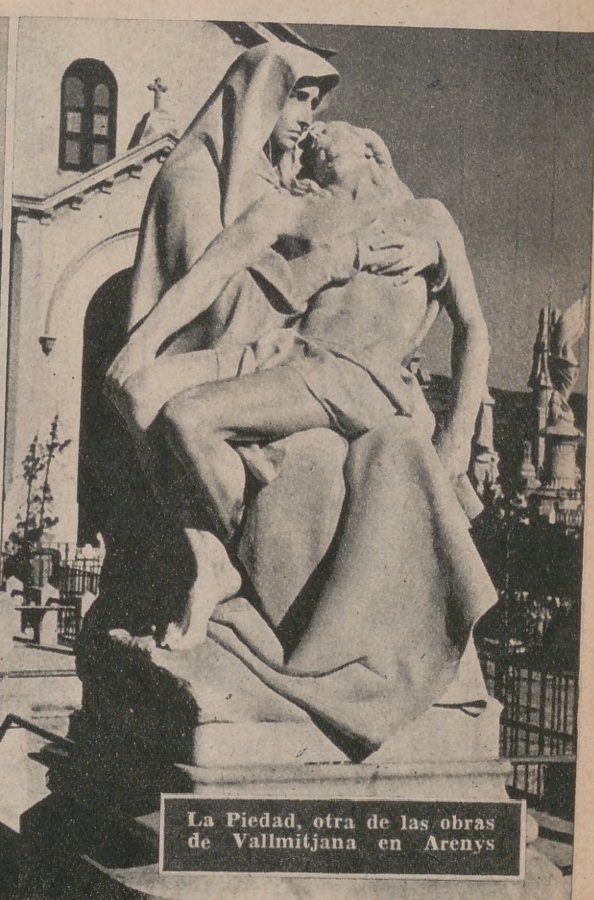
UN CAMPOSANTO LITURGICO RODEADO DE ALMENDROS QUE ES COMO UN MONTE EN EL ESPACIO



Una avenida de cipreses
conduce al cementerio



La Trinidad, grupo escultórico de Vallmitjana



La Piedad, otra de las obras de Vallmitjana en Arenys

truyeron la tumba para una joven. Pero sus restos no fueron trasladados a ella.

—¿Y el clavel?

—El clavel lo dejó caer el doctor Martínez Ortiz antes de que cerraran la tumba. La familia se había opuesto al traslado de la muchacha. Era un clavel desecado, un recuerdo lejano que ella le había dado en otro tiempo y él conservaba desde su juventud.

—Cuenta, cuente...

—Es una historia larga. Lo mejor será que mañana me acompañe a pasear hasta el camposanto. Se lo contaré con más detalle.

LA AVENIDA DE LOS CIPRESES

Al día siguiente, domingo, al salir de misa, me encaminé pueblo arriba, en dirección al cementerio.

Después de una calle empedrada que trepa y traza un arco perezoso, empieza un camino amplio, con una baranda de piedra sobre el mar. Una avenida entre dos hileras de cipreses. Alguien me llama:

—¡Salvá, Salvá!...

Don Jacinto Arxer corría hacia mí con su traje de los domingos.

Desde la avenida se contempla todo el pueblo, con sus tejados amarillentos, verdes y rojos, que se apretujan como si no tuvieran bastante espacio para estar junto al mar.

Más allá está el restaurante Monte Calvario, recién pintado, como para una fiesta pueblerina. Los dos brazos del puerto confluyen como si quisieran fundirse. Un tren menudo, de juguete, resopla y humea corriendo a lo largo de la playa.

Arxer tiene mucho que contar-me. Conoció personalmente — el

año 29 — al doctor don Rafael Martínez Ortiz. También había conocido a Emilia de Rovira y Presas.

EL HIJO DEL INDIANO

Emilia de Rovira y Presas nació el año 1859 y murió el 1892. Asegura Arxer que murió de tristeza, de congoja. «Una víctima del amor romántico.» Sin embargo, aquí, como por doquier, sobra la malicia, y hay quien me asegura, con una sonrisa irónica, que la joven murió de una vulgar tuberculosis.

Por aquellos años—1875, 1877—, la campiña de Arenys estaba colmada de naranjos.

—¿Ve usted?... — me dice—. Aquél es el «turó del Maltemp». Allá, a lo lejos, «Casa Gelpí» y «Can Catá de Dalt»... Imagínese usted toda esta campiña llena de naranjales...

Ahora hay almendros con flores blancas y rosadas en invierno y vides con grandes pámpanos, junto al mar. Las gaviotas resbalan, sin mojarse, sobre las ondas. Arrimada a la tapia de un huerto, crece una chumbera.

—Es una historia sencilla. Una familia que vive, a fines de siglo, en la calle de la Parera. La más joven, Emilia. Uno de sus hermanos fué, más tarde, secretario judicial de Arenys.

—¿Cuándo aparece Martínez Ortiz?

—Rafael Martínez Ortiz era hijo de un catalán que se había creado un bienestar en Cuba. Vino a España, desde La Habana, para estudiar Medicina. En Arenys tenía un pariente, el doctor don Francisco López Sedón, y durante sus estudios vivió con él...

PARTIR ES MORIR UN POCO

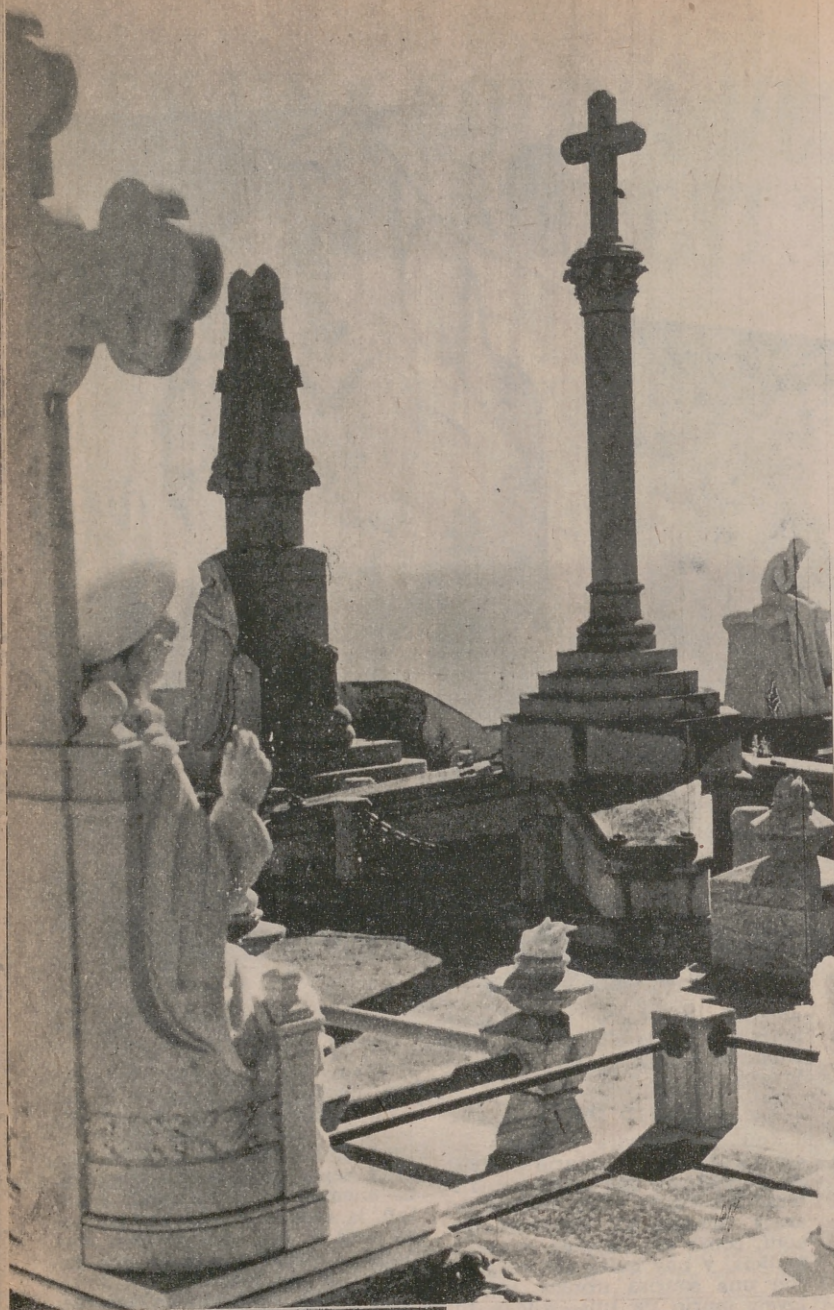
Y ya tienen ustedes aquí a los dos jóvenes protagonistas de un amor contrariado. Y no es que las dos familias, como los Montescos y los Capuletos, de Verona, estén separadas por una tradición de enemistad. Pero, según cuentan, la familia Rovira ambicionaba para su hija una posición más holgada que la que podía ofrecerle el hijo del indiano.

No había tradición de enemistad: había sólo un minúsculo y decrepito recelo económico, que tuvo la fuerza suficiente para originar una novelesca historia de amor.

En un mismo pueblo, los dos jóvenes vivían distanciados. De cuando en cuando, lograban burlar la vigilancia de los Rovira y se entrevistaban. Pero eran unas entrevistas rápidas, que se deshacían a la menor sospecha... Bastaba, para romperlas, el rumor de unos pasos.

Cuando no pueden hablarse, se cartean. Las cartas llegan a su destino por medio de Joaquina, una amiga de Emilia. Hasta que llega el día—inevitable en una historia como ésta—de la despedida. Porque Rafael, como no podía menos de suceder, ha terminado su carrera y ha de regresar a Cuba.

Ella le ha citado a las diez de la noche en la reja de su ventana de la calle de la Parera. Volvemos a pensar en Romeo y Julieta, aunque aquí no hay ruiseñor, sino un sereno que con sus pasos perezosos sobrecoge a los enamorados. La calle de la Parera es estrecha. Está sumida en tinieblas, rotas de vez en cuando por un impalpable y extraño res-



Un cementerio marino: mármoles, cielo y mar

plandor. Una claridad misteriosa se tiende y se despegaza sobre algunos lienzos de pared. Rafael avanza arrimándose a las paredes, como si quisiera meterse en ellas. Emilia le está aguardando impaciente en la reja.

Las promesas de aquel adiós se fueron desvaneciendo con el tiempo—o con la travesía—. La fantasía popular ha creado una explicación. Y ha surgido—no sabemos de dónde—un tercer personaje (quizá un funcionario de Correos empeñado en la maléfica tarea de interceptar las cartas de los enamorados). Emilia escribía repetidamente a su novio. El contestaba. Pero, en la sombra, la mano mercenaria rompía las cartas para que no llegaran a su destino.

No todos están de acuerdo con esta explicación. Me ha confesado un amigo después de tomar café:

—Yo creo que en La Habana conoció una chica rica y no volvió a pensar en la de aquí.

Gracias a una buena boda, o

gracias al esfuerzo personal, Rafael alcanzó una fortuna. Más tarde intervino en política y fue ministro del Gobierno cubano. El año 1929, cuando tenía ya setenta años, hizo un viaje a Europa por asuntos de Gobierno. Quiso

llegarse a Arenys para visitar a la novia de su mocedad. Llevaba siempre en la cartera su retrato.

Entonces le conoció Arxer.

—Pobrecita—dijo—, vine para verla y ya está muerta.

Al entrar en Arenys, se imaginó en un mundo desconocido. Todo era nuevo para él. La inmensa playa que antaño se tendía delante de la Riera había desaparecido, arrancada por el mar.

Se hospedó en el hotel Floris, y caminó desalentado, triste, por la calle que hoy se llama playa de Cassá. En la playa de Cassá había una taberna de pescadores: «A Cal Tit». En la acera, sentado, un viejo de unos ochenta años.

—Buen hombre—le preguntó—, ¿sois de Arenys de Mar?

—Sí, soy de Arenys. He vivido siempre aquí.

Los pescadores que beben y juegan dentro de la taberna tienen algo de qué maravillarse. El doctor le ha dado veinticinco pesetas (veinticinco pesetas, que entonces eran veinticinco pesetas). Se preguntan, a media voz: «¿Quién será este señor tan rico?» Y Rafael charla con el pescador.

—¿Conoce usted a la familia Rovira?

—Cada día les llevaba el pescado...

—¿Cómo están?

—Todos murieron.

—¿También Emilia?

—También murió Emilia. Era la más pequeña.

Murió Emilia, pero vive todavía su amiga Joaquina. Rafael habla con ésta, y Joaquina le dice: «Murió pronunciando tu nombre.» A Rafael le faltó tiempo para salir volando hacia el cementerio, besar la piedra del nicho, saludar a su enamorada y comprar un pedazo de tierra en el camposanto para dedicarle un panteón.

Por su encargo, el escultor Augusto Maillard, de París, esculpió un busto, inspirándose en el retrato de la joven. Del túmulo se encargó Thaoin. Dos hombres de su taller se trasladaron a Arenys, para colocar el panteón. Quince días más tarde llegó de Gerona la piedra que lo circunda.

—¿Entonces?—preguntó.

—Entonces—continúa Arxer—, cuando todo estaba a punto, los parientes de Emilia se opusieron al traslado. Rafael, que comprendió con dolor que iba a ser ce-



Desde la avenida se contempla esta vista del pueblo

rrada para siempre aquella tumba vacía, antes que la sellaran con la losa, se sacó un clavel desecado de la cartera y lo dejó caer en la tumba. Lo sepultó.

CIPRESES Y MARMOLES

Entretanto habíamos entrado en el cementerio. Dos hileras de cipreses se alinean a los lados del camino, como llamas verdes bajo un cielo azul. En el ala izquierda está el nicho de la familia Rovira. «Aquí—me dice Arxer, señalándome un nicho vecino, está enterrado un sepulturero. Desde su primera mocedad trabajó en este camposanto. Vivió siempre aquí. Murió a los noventa y cuatro años.»

Y continuamos nuestra incursión por este cementerio, que, como está rodeado de cielo y de mar, y es como un navío en el espacio, se nos antoja el cementerio marino, de Valéry. Sin embargo, es posible que sea más hermoso que el que inspiró al poeta francés, y su posición es más afortunada que la del mismo cementerio de Staglieno.

Este cementerio, en Génova, es un auténtico museo de escultura romántica. Pero el de Arenys es romanticismo vivo, y de pronto nos parece un navío, cuyos palos fueran cipreses navegando por el mar. Hay una intensa blancura de mármoles esculpidos. Como esta «Piedad», de Venancio Vallmitjana, en la tumba de los esposos Solá-Vinardell. El Cristo, cayendo muerto sobre las rodillas de María, es una carne morada y maleable, que parece ha de ceder a la presión de nuestros dedos. La Virgen tiene una mirada profunda, de interrogación, de tristeza... Como si estuviera contemplando la Humanidad y penetrara toda su enorme abdicación.

Esta Virgen, cuya triste mirada me recuerda la de las Madonas de la pintura umbra, está triste porque contempla una gran apostasía y una Redención rechazada; pero la mirada de esta mujer blanca, sentada, doblada—a la vez descarnada y viva—sobre la tumba de la familia Mundet, es la de quien pregunta angustiado por el misterio y halla por toda respuesta la desolación.

No he contemplado expresión más cabal que la de esta magnífica escultura de Llimona, de la angustia y el pavor del alma pagana ante el misterio de la muerte, que es para ella el misterio de la nada y de la desaparición. He visto gravitar esta mirada, inclinarse fuerte hacia mí, gravitando sobre este cargado cielo gris. Y es como si estos ojos de piedra tuvieran otra mirada detrás de sus pupilas, como dos ojos que pugnarán por salir e interrogar, empujados por un sinfín de miradas angustiadas, tristes, desoladoras...

Otras esculturas. Una figura de Llimona—semejante a la anterior, pero menos intensa—; otro grupo —«La Trinidad»— de Vallmitjana... Una muchacha fresca y airosa coge sobre la falda y acampanada, llena de viento, un ramo de flores y espigas con una medalla y una cinta enredadas. Cristo resucita sobre una tumba blanca, como una forma de



Con el sol del mediodía el campo santo se llena de claridad

piedra que se tiende en aspiración hacia el cielo.

Por fin, llegamos a la tumba del clavel. La tumba de Emilia. La lápida reza: «Emilia de Rovira y Presas—1859-1892—. A su memoria dedica este recuerdo su amigo de la infancia doctor Rafael Martínez Ortiz.»

En lo alto, el busto de la muchacha. Alrededor del cuello, ondeante de una blusa de encaje, una cadena con un medallón. La garganta esbelta, los pómulos llenos, la cara redonda, los labios dulces, la nariz grande y bella. Un perfil romano. En los ojos y en la frente se concentra un anhelo de irrealidad. Los ojos miran hacia lo lejos, a un punto imposible, y, como no se sacian con lo real, buscan siempre el infinito. Los cabellos abundantes caen en un moño sobre la nuca.

—Era muy buena— comenta, con tristeza, Arxer—. Hablaba poco. Siempre estaba triste.

Francisco SALVA MIQUEL
(Fotografías de Valls.)



La tumba donde no fue sepultada Emilia de Rovira y Presas. El busto de la joven fue realizado por el escultor Maillard



UNA LAGRIMA

NOVELA

Por Arturo BENET

A las cuatro de la tarde el padre Lorenzo salía de su casa y atravesaba la plazuela, cuyos verdes y altos tilos se esponjaban bajo el sol.

De una de las ventanas del convento de las Madres Escolapias, cubiertas por tupidas celosías, bajaba un resón de apagados acordes porque a aquella hora, en un gabinete del primer piso, la madre Patrocinio daba clase de música.

El padre Lorenzo escuchaba complacidamente aquella lejana armonía musical, contemplaba la plaza, casi siempre desierta, verdadero oasis de luz en el dédalo de umbrosas callejuelas, y sonreía al percibir el algarabía de los pájaros enjambrados entre el ramaje de los árboles. Luego, lentamente, penetraba en la pequeña iglesia conventual.

El padre Lorenzo era capellán de las monjas y regentaba aquella capilla, a cuyos oficios acudían los habitantes del barrio alto. Vivía con su madre en una casa fronterá al muro del convento, y sentía un cariño entrañable por aquel apacible lugar: la plazuela soleada, las calles serpeantes, los tilos, los pájaros, la iglesia chiquita y blanca de risueña traza neoclásica; un templo diminuto, grato para él, sobre todo en aquellas horas de la tarde, cuando sus propios pasos resonaban prolongadamente en la soledad del recinto.

Ninguna obligación demandaba entonces su presencia en la iglesia; pero la recorría lentamente, alineaba las hileras de sillas, enderezaba los cirios goteantes, revisaba la sacristía, postrábase, en fin, ante la talla atormentada del Crucificado, rezaba una oración a los pies de la imagen de la Virgen...

En aquel cerrado ámbito, escuchando el resón que cualquier ruido despertaba en lo alto, el chis-

porroteo monótono de los cirios, el bordoneo de una mosca en la luz; contemplando la suave policromía de las vestiduras de las santas imágenes y la cándida desnudez de los muros; recorriendo con la mirada las graciosas columnas jónicas y la cúpula latina, por cuyas lucernas penetraba la alegría del sol, el padre Lorenzo sentía en su ánima la presencia de Dios: un Dios benigno, un Dios de caridad que cotidianamente le atraía a su templo en aquella hora de soledad para apaciguar su espíritu.

Y era cierto que al salir, cuando cerraba la puerta con un largo chirrido de la llave en la cerradura, el capellán tenía su corazón en paz.

Volvía a su casa, dejaba la llave del templo en manos de su madre y, recorriendo una calleja de arrabal, salía a la gozosa anchura de los campos. ¡Qué alegría le procuraban los huertos y viñedos bajo el sol de las tardes!

El padre Lorenzo había nacido en nuestro pueblo, y siendo niño había pasado las más bellas horas de su existencia recorriendo en sus juegos infantiles aquellos campos feraces.

Subía por la ladera de la loma que defiende a la población del azote de los vientos norteños. Seguía caminitos en zigzag entre el oro de las viñas. Arriba coronaban el monte unos almendros. Y a su sombra descansaba el capellán.

Ahora tenía ante sus ojos la fértil curvatura de un valle. Huertos umbríos tendían, en lo más bajo, las estrias verdes de sus bancales. Los frutales de copa redondeada orillaban los caminos, envolvían con su fronda las alquerías, se agrupaban en torno a las albercas de faz espejeante. Brillaba el agua cantarina en los surcos del riego. Ondulaba un campo de mies. El humo de un casal se rizaba en el aire puro de la tarde. Y por la opuesta ladera, los viñedos, los algarrobos y almendrales trepaban hacia la cumbre, donde un pinar crecía agrestemente, oteando la lejanía azul del mar. Más abajo, en la vertiente, abriase un alfoz tapizado por el verdor oscuro de los nararjos. Y de allí surgían los blancos muros de la quinta de los Andrade.

Siempre que la veía desde lejos, al señor capellán se le humedecían los ojos y le temblaba angustiosamente el corazón. Y no llegaba nunca a su cercanía por no aumentar la pesadumbre de los recuerdos.

El padre Lorenzo caminaba lentamente por una senda a través de un rodal de almendros. Llegaba hasta la orilla de un ribazo, donde se iniciaba el viñar. Se detenía. Desde allí divisaba todo el paisaje suyo, todo el paisaje de su juventud.

Entre las huertas cercanas a la quinta se alzaba una alquería gris, donde él había nacido y donde transcurrió toda su venturosa infancia. Y más acá, en la vertiente opuesta del valle, estaba el viejo caserón de los Sama, desde cuyas ventanas tres niños felices y soñadores habían contemplado muchas veces la planicie anhelada del mar.

El padre Lorenzo recordaba con minuciosa delectación hasta los mínimos pormenores de aquel mundo de antaño. Dos caminitos mil veces recorridos unían su vieja alquería con la quinta de los Andrade y el casal de los Sama. Y todas las claras mañanas de su niñez, todas las tardes de oro, él había andado aquellas sendas para unirse con sus compañeros. Primero llegábase a la quinta en busca de María Eugenia. Luego, juntos los dos, se iban al caserón de los Sama para reunirse con Jenaro. Era en aquel viejo casal, en sus vastas estancias deshabitadas, en sus enormes desvanes,

en las dependencias anejas y en el agreste y mal cuidado parque que lo rodeaba donde ellos se hallaban más a gusto. Desde la larga galería enristalada del piso alto contemplaban el mar azul, los montes lejanos; y soñaban estupendas aventuras que un día se proponían emprender en países remotos o en las doradas islas desiertas de su imaginación.

Jenaro Sama era un muchacho erérgico, fuerte, de inmovible lealtad. María Eugenia fué una muchachita delicada, de grandes ojos zarcos y negra cabellera ondulada, que solía escuchar embelesada y nerviosa los proyectos fantásticos de Lorenzo. Porque él, el padre Lorenzo, había sido un muchachuelo soñador, de irrepresible fantasía, feliz en la compañía de los otros dos, pero siempre un poco inquieto en su alegría, intuitivamente consciente de la inferioridad de su situación social.

Se querían entrañablemente. No soportaban la separación ni toleraban intrusiones de otros muchachos de su edad. Los tres juntos se sentían felices y poderosos. Habían conjuntamente maravillosamente sus juegos, sus distracciones y su común anhelo de soñar. Y hasta en sus ensueños, proyectados hacia el devenir de los años, se veían juntos, arrojando aventuras y viniendo a la vida con el arma poderosa de su amistad.

Correteaban por el parque, ideaban juegos en los vastos aposentos del caserón, leían viejos novelones en la soledad del desván del edificio. Se alejaban a veces, dando largos paseos por los huertos colindantes y las lejanas colinas que el pinar revestía. Y en verano su delicia era el mar: los chapuzones en el agua tibia y mansa, sus recorridos por la costa en un pequeño bote que Jenaro y él conducían a remo sin gran esfuerzo, imaginando siempre que realizaban alguna descomunal hazaña como las descritas en los folletines que habían devorado en el desván.

Si varaban el bote en una playa más o menos desierta, Jenaro daba oportunamente las órdenes adecuadas:

—Que María Eugenia quede cuidando de la nave. Nosotros subiremos a esos montes para observar si hay habitantes en la isla.

—También hemos de procurarnos alimentos —apuntaba Lorenzo, previsor—. Con la galleta que traemos no nos basta. Algo hemos de cazar.

María Eugenia, con su débil voccecita, aseguraba que ella sabría mantener a raya a cuantos salvajes osaran acercarse al navío.

Y si algún inocente bañista aparecía en la playa con ánimo de zambullirse en las olas o de tenderse al sol mañanero, ellos lo miraban con no menos hostilidad que si se tratase de un auténtico y peligroso canibal.

En invierno, Jenaro Sama y Lorenzo asistían a las clases de un mismo colegio. Y por las tardes, a las seis, ambos acudían juntos a la plazoleta de las Escolapias para esperar la salida de las alumnas, unirse a María Eugenia y regresar los tres juntos a su valle. Y ella, la niña, desdeñaba la compañía de las demás muchachitas para reunirse gozosa con sus dos amigos.

Y entonces eran de ver los rodeos dados para demorar la llegada a sus casas, prolongando su común paseo. Escogían siempre el camino más largo y se detenían mil veces, ya encaramándose a la tapia del huerto del viejo Santapáu por ver si amarillean los frutos del mandarino, ya echándole un vistazo al establo de la granja Moragas para observar a las pacientes vacas, que a veces

volvían su pesada cabezota rizando en ellos sus dulces ojos, plenos de mansedumbre.

Y también muchas veces se acercaban al camino de la playa, afanosos de ver desde cerca el hosco mar de invierno, cuyo bullente oleaje, al romperse en los escollos del puerto, lanzaba a mucha altura blancos espumarajos, que a ellos les producían una impresión de escalofrío no demasiado desagradable.

—¿Os bañaríais ahora? —preguntaba Jenaro. Y esa isocente interrogación siempre provocaba la risa de Lorenzo, porque María Eugenia, al escucharla, se encogía estremecida y buscaba su amparo acercándose temerosa, como si tras la pregunta del otro se ocultase el cruel designio de echarla al agua.

Los días que regresaban por la playa traíanse enorme acopio de conchas para María Eugenia, y de corchos, maderos y toda suerte de heterogéneos objetos aportados por las olas. Y al llegar a la alquería, ante la mirada benévola de la madre de Lorenzo, dedicábanse a clasificar trabajosamente los elementos de su botín y a repartirlos con equidad, según las preferencias de cada cual.

Y así transcurrieron los años. Las estaciones iban desdoblándose sus grises y sus verdes sobre el paisaje eterno. Rodaban los días. Se alejaban para siempre las horas descuidadas y felices de la niñez. Y llegó un tiempo en que todo aquello hubo de terminarse.

A María Eugenia se la llevaron a un internado de la ciudad, donde había de completarse su educación. Y Jenaro Sama, que ansiaba ser marino, partió también para ingresar en la Escuela de Náutica.

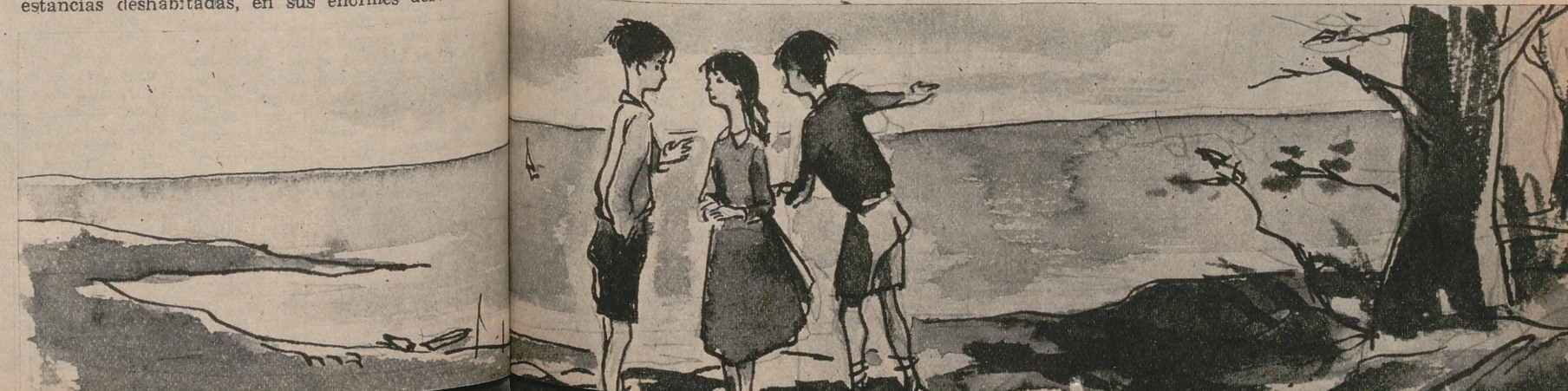
Un largo invierno, un duro e interminable invierno vivió Lorenzo sin la compañía de sus amigos. Lo recordaba siempre como una de las épocas más penosas de su existencia: su primer encuentro con la amarga soledad, que había de ser ya siempre su paradójica compañera.

Los otros regresaron en el verano; pero su nuevo encuentro fué una dolorosa decepción para Lorenzo. Algo se había roto definitivamente entre los tres con la primera separación. Se querían como antes. Buscaban la mutua compañía y repetían una vez más sus correrías de antaño, sus paseos en común, sus antiguas conversaciones. Pero de su amistad se había disipado lo más sutil: el tenue aroma. El íntimo cántico que antaño habían entonado al unísono sus tres corazones ya no podía resurgir. Lorenzo era un muchacho de sensibilidad extremada y percibía clara y sutilmente aquellas diferencias que no hubiera sabido explicar.

Jenaro Sama vivía ahora preocupado por sus estudios y los proyectos de una vida viajera en la que los otros ya no iban a tener participación. Y María Eugenia, en su nueva vida del colegio ciudadano, había entrevisto un mundo nuevo para ella, desconocido, pero fascinante; un mundo muy al alcance de su mano, pero al cual sus amiguitos del valle eran totalmente ajenos.

Aquel estío —¡tan corto!— vivieron aún algunos días felices, en los que el ambiente del campo y del mar los atrajo otra vez, haciéndoles olvidar sus nuevas ambiciones. Tornaron a vivir largas horas en la playa, navegaron en el viejo bote y recorrieron olvidados caminos de la huerta y el monte. Pero Lorenzo sabía que sus dos compañeros guardaban recuerdos que él no podía compartir. Ya no vibraban juntas sus tres almas de niños.

Y cuando llegó octubre, y María Eugenia y Je-



naro volvieron a la ciudad, Lorenzo comprendió que no sería capaz de resistir por segunda vez su soledad espantosa. Y decidió que también él quería marcharse a estudiar. Amaba apasionadamente aquel campo suyo, aquella pequeña patria que era su valle. Pero hasta el paisaje y su misma casa habían perdido belleza y gracia sin la presencia de María Eugenia y Jenaro.

Lorenzo no mostraba preferencia por ninguna clase de estudios. No obstante, era aplicado, inteligente y, como todos los niños muy sensibles, sentía una profunda religiosidad.

Su madre creyó que él no se opondría al proyecto de hacerle ingresar en un Seminario. Y así fué. Lorenzo se mostró conforme desde el primer momento.

Madre e hijo vivían solos en la vieja alquería, de cuya casa y dependencias cuidaba la pobre mujer mientras unos jornaleros realizaban el duro trabajo de la gleba. Ella había soñado siempre en liberar a su hijo de la servidumbre agraria, y de pronto se le presentaba una ocasión propicia.

De haber estado los padres de María Eugenia en la quinta, hubiera solicitado su consejo, pues los Andrade formaban un matrimonio muy benévolo, y la madre de Lorenzo consideraba a don Gustavo Andrade, antiguo procurador de los Tribunales, persona muy competente en toda clase de negocios humanos. Mas los Andrade se hallaban en la ciudad. La pobre mujer no quería tomar una decisión respecto a su hijo sin consultar con persona de más luces que ella; y en su apuro resolvió visitar al abuelo de Jenaro Sama.

Era un anciano caballero; su apariencia hosca y altanera encubría una auténtica bondad. Vivía como un señor feudal, en su antiguo y destartado caserón, sin otra compañía que la de su nieto y dos viejas sirvientas, que se veían impotentes para cuidar de la limpieza y conservación de la enorme casona. Un criado marrullero y socarrón atendía personalmente al viejo Sama, guardándole en el fondo de su alma, y a pesar de su bellaquería, una fidelidad que, como su señor decía, tenía más de canina que de humana.

Lucía, la madre de Lorenzo, sentía ilimitada confianza en el viejo Sama. Sabía que era poco áspero de condición, conocía su arrogancia y empaque, su aspecto imponente, la majestad de aquel semblante enmarcado por una melena blanca y unas largas y enmarañadas barbas, lo enfático y campanudo de su voz, Pero estaba segura de su buen criterio y de la intención bondadosa que ocultaban siempre sus pintorescas salidas de tono.

Acudió a él y no se sintió defraudada. La recibió en su biblioteca, un vasto aposento sin calor de hogar, en completo desorden y atestado de libros de toda índole. Estaba sentado tras el escritorio, en su butacón de cuero, pero al entrar ella se puso en pie. Nunca olvidaba, y menos ante los humildes, que era por naturaleza un caballero.

Respondió a la demanda de Lucía echando mano de sus habituales sarcasmos. Pero ella esperó pacientemente.

—¿Quieres que sea cura? ¿Y de qué le va a servir ser cura? ¿Qué hara por estos andurriales arrastrando los faldones de su sotana? ¿Cómo cavará la tierra que ahora tenéis? ¿Quieres decirme lo?

—Lo que yo deseo, precisamente, señor, es que no tenga que cavar la tierra —apuntó tímidamente la mujer—. Lorenzo no sirve para eso. No es fuerte. Y le gusta el estudio. Siempre anda leyendo libros. Por eso yo he pensado...

—Un buen granuja es tu chico —interrumpió el caballero mientras paseaba a grandes zancadas de un extremo a otro de la habitación—. Eso es: un buen granuja que no quiere trabajar como es debido porque... no sirve para el trabajo. Y prefiere estudiar latines. Es más cómodo.

Se detuvo repentinamente, como si considerase la justicia de la última afirmación que acababa de formular.

—... En fin —dijo titubeando— ...quiere estudiar latines.

—Señor, es muy aplicado. En el colegio...

—No me hables del colegio. Ya sé lo que va a hacer al colegio ese granuja: divertirse en la buena compañía del otro sinvergüenza de mi nieto. ¿Al colegio? Ni se acercan. Correr tras de las mozas es lo que hacen...

—¡Por Dios, señor! ¡Si son dos niños!

—Sí, dos niños que se pasan la vida arrimándose a esa maritonta de los Andrade. No creas que el viejo Sama está chocho o que no tiene ojos en la cara. Sé muy bien lo que ocurre. ¡Lo sé muy bien! Tres buenas piezas, eso es lo que son esos mequetrefes...

Y como la pobre Lucía pusiera un rostro compungido y mostrara su desazón, el viejo Sama cambió de tono:

—¡Bien, bien! No me llores, ¿eh? No hay que exagerar. Ya sabemos lo que son los chicos. A su edad yo era de la piel de Barrabás, lo confieso. Estos dos son listos, ¡no hay que negarlo! Y tampoco la chiquilla es tonta, ¡qué diantres! ¡Y hermosota! A mí me ha gustado que se críasen juntos. ¡Sí que me ha gustado! ¡Vaya una terna de arrapezpos! ¡Cuántas horas llevo perdidas contemplando sus juegos desde estas ventanas sin que ellos lo sospechasen! Y ahora...

Hizo una pausa.

—... ahora, si Jenaro quiere ser marino, y navegar, y ver mundo, y marcharse por ahí... ..añá dió con una rara inflexión de voz—, pues que lo sea y que se vaya. No voy a impedirle yo al chico que haga su gusto. Y si el tuyo quiere ser capellán, que lo sea también. Al fin, no es cosa mala. Y de todos modos, aunque nos opusiéramos, terminarían por hacer su voluntad. Que la vida sigue, y es fuerte y larga, y nosotros, Lucía, nosotros... ya somos viejos.

—¡Señor! ¡Señor!

—No te preocupes. No te preocupes de nada. Yo cuidaré de todo. Ingresará en el Seminario. Pero..., ¿y tú? ¿Qué harás?

—Yo, señor, ¡como hasta ahora!...

—No, no puede ser. Mi caso es distinto, porque soy fuerte y no me desarraiga un vendaval. ¡Y aunque me quede solo!... Pero tú te haces vieja; te haces vieja, Lucía, y estás cansada. No puedes seguir allá.

Hizo una pausa. Carraspeó:

—Mira. Yo le pago todos los gastos a tu chico, hasta que cante misa. ¿Entendido? Y, además, te compro la alquería. No la necesito para nada, pero me da igual. No puedes seguir allá sola. Te la compro. El dinero te lo guardas para el día de mañana. Y te vienes aquí, a cuidar de esto, con una buena paga. Esos dos viejestorios que tengo ahí no sirven ya para nada, absolutamente para nada... ¿Conforme?

La pena, la gratitud, la ternura, ahogaban a la pobre Lucía. Todo lo expresó con un hondo sollozo. Y el viejo Sama se le acercó, y le puso una mano, todavía fina y blanca, sobre el cabello gris.

—¡Pobre, pobre mujer! ¡Habías soñado que tu hijo no crecería nunca, ¿verdad? Que sería siempre el polluelo del que tú tendrías que cuidar. Pero el polluelo ha crecido, y la vida lo separa de ti. ¿Qué quieres, hija? Así son las cosas del mundo. Nosotros envejecemos, ellos crecen y al cabo hemos de renunciar a su compañía, cuando su compañía lo es todo para nosotros, ¡todo!

Carraspeó de nuevo:

—Pero no llores, pobre mujer, no llores —prosiguió mientras le acariciaba la cabeza—. El tuyo, al cabo, volverá. Estará unos años apartado de ti, pero volverá. Y ya no tendrás motivo para separaros nunca. El mío...

Lucía comprendió que el caballero no podía continuar hablando. El quiso alejarse, pero ella le tomó de una mano entre las suyas y, bañándola con sus propias lágrimas, se la besó con fervor...

Pasadas unas semanas, Lorenzo ingresó en el Seminario de una ciudad provinciana. Los primeros meses de encierro fueron una auténtica tortura para él. Sentía nostalgia de su madre, de la alquería, de su perdida libertad, de sus amigos. No conseguía fijar su atención en las áridas materias de estudio. Había abandonado un paisaje en el que todo era familiar para él, y se hallaba perdido en la frialdad de las aulas, en los pasillos penumbrosos de paredes desnudas, en el refectorio sin calor humano, en el dormitorio inhóspito. El trato ceremonioso de profesores y discípulos le causaba un penoso asombro, a él, acostumbrado a la camaradería casera del colegio pueblerino. Pero, sobre todo, la clausura se le hacía intolerable. Entre los muros lisos de una aula, sentado sobre un despintado escaño, teniendo ante sí la tarima polvorienta y el escritorio del profesor y una pizarra negra donde alguien había escrito la declinación de un pronombre la-

tino, sin alcanzar a ver por la única ventana otra cosa que el paredón de un patio angosto. Lorenzo evocaba, con lágrimas en los ojos, el risueño aspecto de su valle, la calma del mar que arrulló los ensueños de su infancia, los rubios caminos con sol de tarde, la algarabía de los pájaros en la fronda de los frutales...

Todo lo había perdido. Sus dos compañeros de niñez estaban lejos, en un ambiente distinto, que él ni siquiera conocía, pero que imaginaba bello y atractivo. María Eugenia y Jenaro estaban en la vida, poseían aún la alegría de existir, y cuando terminasen sus estudios tornarían a la vieja libertad, pero una libertad más amplia todavía por sus mayores posibilidades. María Eugenia sería una señorita rodeada de elegancias; toda una ciudad vibrante, luminosa, tumultuosa se rendiría a sus pies. Y en cuanto a Jenaro, el amplio mundo, los mares infinitos, los países exóticos habrían de desplegarse ante él para regalo de sus ojos. Por vez primera sintió la mordedura de la envidia. ¿Por qué no lo pensó mejor? ¿Por qué no se hizo marino como el otro, alcanzando así la posibilidad de conocer lo que ahora estaba destinado a no ver nunca? Y rememoró con remordimiento las circunstancias en que se avino a convertirse en religioso. En verdad, ¿qué otra cosa pudo hacer? Era pobre, y no podía abandonar a su madre. Jenaro, cuando su anciano abuelo desapareciera del mundo, no tendría a nadie de quien preocuparse; sería libre y dueño de su destino. Pero él se debía a la pobre mujer cuya vida no había sido más que una continua dedicación a su cuidado.

Con la alegría de las primeras vacaciones renació en su alma el ansia de volver a la vida antigua renunciando al sacerdocio. Le hizo a Jenaro alguna insinuación y Jenaro calló ensimismado, desvió la charla hacia otros temas y más tarde fué a contarle las dudas de Lorenzo a la señora Andrade.

Y ésta fué quien, delicadamente, convenció al seminarista de que un retroceso en el camino emprendido podía representar un grave contratiempo para su pobre madre y también para él, que al fin y al cabo carecía del dinero necesario para estudiar cualquier otra carrera y más aún para ejercerla después.

Lorenzo asintió. Volvió al Seminario y estudió apasionadamente, fervidamente, renunciando a sus vacaciones, dedicándose en cuerpo y alma durante todos los minutos de su existencia a formar su espíritu en la disciplina eclesiástica.

A los diez y nueve años fué ordenado y cantó su primera misa en la iglesia parroquial de su propio pueblo.

Fué una mañana dominguera bajo el risueño sol de abril. El templo estaba lleno de un público curioso y cordial integrado por todas las buenas gentes de la población. Allí estuvieron los Sama, abuelo y nieto, y los Andrade, y la pobre madre, que sollozaba de alegría y emoción.

Lorenzo, el padre Lorenzo, se volvió a sentir entre los suyos, liberado de penas y nostalgias, feliz por haber recobrado aquel hogar apacible que era su pueblo natal.

Ejerció un breve vicariato en una parroquia cercana, y a poco, por gestiones del viejo Sama y de don Gustavo Andrade, fué nombrado capellán del convento de las Madres Escolapias.

El y su madre se alojaron en una casita de la plazuela, frente a la iglesia conventual. Y todas las mañanas, al dirigirse al templo para celebrar la misa primera, y todas las tardes, cuando regresaba del rezo del santo rosario, el señor capellán pasaba bajo el follaje de los tilos por aquel andén central de la plaza donde tantas veces, antaño, Jenaro y él habían esperado que saliera de sus clases María Eugenia.

A veces, por las tardes, su paso coincidía con la salida de las colegialas, y si así acontecía, todas las viejas nostalgias renacían en su alma. Porque ahora, otra vez, volvía a encontrarse muy solo. Estaba seguro de su vocación; la consagración de su vida al Señor constituía la más íntima y segura de sus alegrías; pero al fin era un hombre, un hombre sentimental, dado al ensueño; y la nostalgia de su niñez venturosa persistía en su ánimo obsesivamente...

Una noche invernal, el viejo Sama, murió en su caserón mientras Jenaro realizaba su primera navegación de altura. No pudo gozar, en sus últimas



horas, de la presencia del nieto, cuyo cariño constituía la única razón de su permanencia en el mundo. Lo encontraron a la madrugada en su sillón de cuero, con el rostro caído sobre la carpeta del escritorio; había muerto a solas en la vasta biblioteca donde había dejado transcurrir los postreros años de su existencia.

El padre Lorenzo presidió su entierro con los ojos anegados en lágrimas, y ofició en su funeral, celebrado en ausencia del marino, quien por entonces se hallaba en un puerto del Pacífico. El capellán lloró por el viejo Sama como un verdadero hijo, y trató de sustituir a Jenaro en todos los tributos póstumos que se rindieron al caballero.

Poco antes, los Andrade se habían instalado definitivamente en la ciudad, y sus estancias en la quinta se reducían ahora a brevísimas temporadas veraniegas.

Sin embargo, María Eugenia continuaba siendo para él la misma de siempre. Se había convertido en una damita elegante. Pero a sus enormes ojos azules asomaba la misma hermosa ingenuidad de antaño, y sus modales seguían siendo los de una muchachita delicada, extremadamente femenina, que repelía todo convencionalismo ceremonioso y mostraba siempre el corazón abierto.

—Yo no quiero llamarte padre Lorenzo, ni tratarte de usted, ni hacer contigo ninguna de esas demostraciones de respeto que se le hacen a un capellán. Tú eres Lorenzo, mi viejo y querido amigo Lorenzo; y seguiré tuteándote, aunque te pese...

El padre Lorenzo asentía, mudo de emoción, y pensaba cuán cerca estaba él ahora de derramar unas lágrimas. Porque cuando ella hablaba, cuando se ocupaba de él y le dedicaba su atención o recordaba enternecidamente los días lejanos de la infancia, el señor capellán no podía sustraerse al pensamiento de que aquello iba a durar muy poco, que ella habría de alejarse otra vez, y que otra vez se quedaría solo, solo con su madre anciana, con la iglesia silenciosa, con la monotonía de su vida sedentaria y lugareña.

María Eugenia se comportaba ante él como una niña. Su charla, sus ocurrencias, sus entretenimientos eran los mismos de antes, cuando corrían juntos por los caminos de los huertos o navegaban hacia remotas islas de ensueño en el botecito de Jenaro. Ya era una muchacha en flor; pero su almita virgen conservaba incólumes su antiguo e inefable candor, su grácil alegría infantil. A los ojos del padre Lorenzo, María Eugenia era lo único que el paso de los años había conservado intacto. Y en ella concentró todo su puro amor al pasado.

A veces el padre Lorenzo sentía la punzada de un escrúpulo. ¿No estaría pecando al cobijar en su corazón aquel afecto humano al sentirse vinculado a los recuerdos del mundo y a un cariño personal? Nada impuro había en su cariño por María Eugenia. Pero, con todo, se trataba de un lazo sentimental que le unía a un ser humano, a una mujer. ¿Y era esto lícito?

El padre Lorenzo entraba a solas en la iglesia blanca y se postraba ante la imagen de Jesús crucificado. Miraba el rostro doliente del Dios mártir, su cuerpo malherido. Besaba los ensangrentados pies transidos por el clavo. Y una paz inñita sosegaba su alma.

«No estás lejos del Reino de Dios», le había dicho el Nazareno al escriba que ponderó la primacía del amor sobre todas las virtudes, sacrificios y holocaustos. Y a la pecadora que le ungiera los pies con lágrimas y aceites perdonó sus pecados «porque había amado mucho».

El padre Lorenzo comprendía, arrodillado allí, que su mucho amor por aquel mundo idílico de su infancia, del cual la compañía de María Eugenia era la única prenda conservada, no podía ofender al Señor. Se lo decían los dulces ojos de la imagen de la Virgen, que lo recibía con una triste y tierna sonrisa cuando se arrodillaba ante su altar. Y un gozo inefable, un contento infinito, el júbilo de los hombres que con la conciencia escogada esperan el sol de un nuevo día feliz, saturaba su corazón después de aquellas visitas confortadoras a la iglesia.

Aquel verano vinieron días de oro. Casi todas las mañanas, al celebrar su misa, cuando leído el evangelio del día volvía hacia sus fieles pronunciando lentamente el «Dominus vobiscum» del comienzo del ofertorio, en el primero de los bancos que ocupaban la nave descubría a María Eugenia,

que, tocada con una mantilla negra y fijos los ojos en la imagen de Nuestra Señora, oraba con expresión extática.

Después, algunas tardes, iba en visita familiar a la quinta de los Andrade, y en las horas del largo atardecer departía con el anciano procurador y con su hija mientras deambulaban sosegadamente por los senderos del valle, bajo los rubios y horizontales rayos del sol. Muchas veces ambos lo acompañaban hasta las cercanías del pueblo, y se despedía de ellos bajo el almendral cimero de la loma cuando ya la campanita de su capilla y la campana grande de la iglesia parroquial expandían sobre el pueblo, sobre los campos y el mar, la grave sonoridad de los tafidos del toque de «Angelus». Entonces el capellán volvía a la iglesia para el rezo del santo rosario.

Si la vida se hubiese desarrollado siempre así, el padre Lorenzo habría podido considerarse uno de los seres más felices de la creación; pero en lo más hondo de su espíritu anidaba el negro temor de que con el advenimiento de los días oficiales su ventura se extinguiría, y la partida de los Andrade tornaría a dejarlo en su amarga soledad invernal.

Sin embargo, en los primeros días de agosto se produjo un acontecimiento que había de aumentar su júbilo por manera extraordinaria.

Una mañana, cuando acababa de llegar a casa, ya celebrada la misa, y se disponía a sentarse a la mesa ante el humeante tazón de chocolate que su madre le había preparado, unos golpes apremiantes sonaron en la puerta de la calle, y, sin saber por qué, el padre Lorenzo se sobresaltó.

Lucía acudió a abrir, y una voz conocida, de alegre y rotunda entonación, llegó a oídos del capellán. La reconoció al punto. Se levantó presuroso y cayó en brazos de Jenaro Sama, que entraba en la estancia como un huracán.

Era un mocetón fuerte y curtido, con el mismo ceño de resolución que antaño.

Tras de abrazar al capellán, se reprimió confuso.

—Perdone, padre —dijo, retrocediendo un paso e inclinándose para besarle la mano.

Y el padre Lorenzo se echó a reír, y, ante la indecisión del otro, tornó a abrazarle como un camarada al que por demasiado tiempo no se ha visto.

—No seas bobo. Yo soy siempre Lorenzo para ti, como para María Eugenia, quien se niega lindamente a llamarme padre.

—Sin embargo, yo...

—Déjate de cosas. ¿Qué es de ti? Cuéntame. ¿Cuándo has llegado?

—Pues ayer tarde desembarqué. Y hoy, en el primer tren me he venido.

—Estás desconocido.

—En cambio, yo lo encuentro todo igual, como si el tiempo no hubiera transcurrido, como si ayer mismo hubiera estado entre vosotros...

—Y, sin embargo, es mucho tiempo el que has tardado.

—Casi tres años entre una cosa y otra. Soñaba en ese momento del regreso como en la suprema ambición de mi vida. ¿Qué ganas tenía ya de verlos!

Charlaban alocadamente de mil cosas, como dos chiquillos ansiosos de contar y de inquirir, como si quisieran borrar con sus palabras lo que los separaba: la ignorancia de lo acontecido al otro en los tres últimos años. Y sus pensamientos recayeron casi al unísono sobre María Eugenia:

—¿Cómo está ella, Lorenzo? ¿Es la misma de antes?

—La misma.

—¿Tan ingenua?

—Igual. Es una santita. Y alegre como unas castañuelas, y sensible como la niña que jugó con nosotros. Tendremos que ir allá en seguida. No te perdonaría que no te presentases ante ella esta misma mañana.

—Sí, vamos. ¿Tú estás libre?

El padre Lorenzo meditó un momento. Dudaba. El corazón lo empujaba tras de Jenaro; pero... ¿y el deber? ¿Cuál era el deber?

—Sí, sí; creo que voy contigo.

Se apercibieron rápidamente. El padre Lorenzo no quería perder tiempo en desayunar. Fue necesario que Jenaro se lo exigiera, puesto que no atendía a los ruegos de Lucía.

A las diez estaban ya en la quinta de los Andrade, alborotada por los gritos, exclamaciones y risas de María Eugenia, que se abrazó a Jenaro,

enajenada por la alegría, y hubiera también estrechado contra su corazón al señor cura si su madre no lo hubiera evitado...

Y a partir de entonces los soles de aquel verano fueron más brillantes, el paisaje cobró un colorido insólito, la espuma del mar florecía como un largo festón de rosas blancas. Y en las cálidas noches, iluminadas por una luna impávida, densos hálitos de aroma envolvían el valle, el pueblo, la plazoleta del convento, y llegaban al mismo altar donde Jesús agonizaba en la cruz ofreciendo su dolor por los hombres. Un milagro primaveral había trocado la faz del mundo, donde los tres vivían su recuperada felicidad.

Volvieron muchas veces a la playa de sus juegos infantiles. Se embarcaron de nuevo en una barca velera, que Jenaro conducía con admirable destreza. Y el señor capellán seguía siempre a sus compañeros, seguro de que no faltaba a su deber. Y si algún escrúpulo nacía en lo hondo de su alma, una consulta a la imagen del Señor, una mirada a los ojos de la Dolorosa bastábanle para sosegar su conciencia.

Al mismo tiempo centuplicaba sus caridades, sus sacrificios por los enfermos, sus oraciones nocturnas. Quería compensar con ello lo que le parecía un exceso de felicidad.

—No peco acompañando a esos muchachos ni queriéndoles tanto. No peco. Estoy seguro. Pero soy demasiado feliz. ¡Y existe tanto desgraciado! No sé si tengo derecho a ser venturoso mientras los demás sufren.

Llegó foscamente octubre para esfumar sus cuidados. Toda su dicha se trocó de la noche a la mañana en margura. No había ya razón para debatir consigo mismo el cartiz moral de sus actos. Porque sus paseos, sus charlas, sus navegaciones con los dos amigos de su infancia hubieron de terminar. Los Andrade regresaron a la ciudad, Jenaro Sama emprendió un nuevo viaje, que debía durar un año, en una embarcación propia que acababa de adquirir.

Y otra vez la soledad, la monotonía, el silencio. Otra vez su casita humilde, con la única presencia de la madre anciana; la plazoleta bajo el sol, la música de la madre Patrocinio y sus discípulas surgiendo por la entreabierta celosía de una ventana; la iglesia blanca, casi siempre desierta, donde sus pasos resonaban, y el Señor sufría sin gemido, y la Virgen lo contemplaba a él con su mirada de ternura infinita... Y otra vez sus paseos solitarios hasta la cumbre, desde donde podía contemplar el valle. Un rosario de días interminables, fríos, grises, idénticos. El dolor de la existencia, gustado ahora con la misma consciente lucidez con que había gozado una felicidad inefable.

Aquel invierno creyó desmayar. Ni el amor de su madre, ya achacosa y doliente, conseguía consolar y templar su espíritu. Temeroso de una claudicación, de escuchar complacido la llamada del mundo que oía resonar en sí mismo, se refugió en la oración y en el visito constante a menesterosos y enfermos. Todo el escaso dinero de que disponía se gastaba en limosnas. Comenzó a cobrar fama de santo, de verdadero amigo de los pobres.

Y él, a solas en su capilla, postrado a los pies del Nazareno, lloraba, diciéndose que toda su caridad, toda la bondad que la gente le atababa, no era más que miedo, miedo a no saber resistir a la llamada del diablo, miedo de renunciar a su misión sagrada por correr hacia aquel mundo que, en verdad, no le parecía apetecible por las pompas y delicias que pudiera ofrecerle, sino porque en él vivían María Eugenia y Jenaro.

Pensaba a veces en el marino, e intentaba consolar su propio dolor de soledad diciéndose que, al fin y al cabo, también Jenaro estaba lejos, apartado del mundo a su manera, recluso en la cárcel de su propio navío. Mas no lograba convencerse a sí mismo. Porque el barco de Jenaro navegaba, cruzaba los océanos, tocaba en este y en aquel puerto, conducía a su dueño hacia países desconocidos y ciudades tumultuosas, lo obligaba al trato de gentes exóticas y hacía desfilarse ante sus ojos la cinta magnífica de los más esplendurosos paisajes. No, no era lo mismo. Jenaro no había de rumiar a solas su nostalgia durante horas, días y meses, sin esperanza alguna de una definitiva redención. Ante Jenaro estaba siempre el porvenir, abierto como una puerta de oro. Él, en cambio, no poseía nada, nada más que la esperanza en una dicha efímera de unos días veraniegos. Y eso... ¿hasta cuándo?

Recriminábase luego, arrepentido de estos blas-



femos pensamientos, diciéndose que también poseía la fe; fe en un Dios que todo lo dió por la ventura de los hombres y cuya eterna misión era el consuelo. ¿No le bastaba con eso? ¿Qué valía el recuerdo de unos juegos de niño, la deleznable felicidad de unas horas de grata compañía en parangón con la dicha perdurable de adorar al Dios verdadero, al Dios sacrificado en aras de la salvación humana?

El padre Lorenzo se venció a sí mismo en la lucha denodada de aquellos meses. Y cuando llegó junio se enteró de que los Andrade habían vuelto, y con el ánimo tranquilo fué a visitarlos.

Era una tarde calurosa. El capellán atravesó el valle por las sendas de los huertos y penetró en el alfoz de los naranjos. Don Gustavo y su mujer se hallaban en la terraza delantera de la quinta, acomodados en sendos butacones de lona, a la sombra de una enredadera. Lo acogieron con efusiva cordialidad, interesándose por el estado de su madre y por su propia salud. Encontraban muy desmejorado al señor capellán, enflaquecido y pálido. El protestó, afirmando que se sentía fuerte como un roble. Y preguntó por María Eugenia. La respuesta fué inesperada:

—No, María Eugenia no está aquí. Se ha quedado en la ciudad.

Y mientras la señora Andrade adoptaba un aire de risueña reserva, su marido interrogó:

—¿Pero es que no sabe nada? ¿No le han dicho nada esos dos chiquillos?

El padre Lorenzo estaba perplejo.

Y la señora Andrade, rebosando satisfacción, soltó su secreto:

—Pues el caso es éste: que, como usted sabe, Jenaro se marchó en octubre a recorrer con su barco la costa americana del Pacífico; y desde todos los puertos donde la nave fondeaba le escribía languisimas cartas a María Eugenia. Yo creí en principio que aquello no era más que la continuación de su amistad de niños; pero noté bien pronto que María Eugenia estaba muy interesada en aquella correspondencia. La veía algo inquieta, y a ratos... ¿cómo le diría yo a usted?... embelesada; eso es: absorba en pensamientos íntimos que, a juzgar por la expresión de suprema dicha de su semblante, debían de ser muy gratos. Comencé a sospechar que algo se ocultaba tras aquel dulce ensimismamiento y traté de sondear



a la muchacha. No me había engañado. Jenaro en sus cartas le hacía la corte, y ella estaba profundamente enamorada. Todo debió de iniciarse el verano pasado, cuando estuvimos aquí. ¿No le parece a usted maravilloso, padre?

Claro que le parecía un prodigio al señor capellán; un prodigio divino. Su corazón latía con el alborozo de una campana en el toque pascual. ¡Dios santo! ¡Si nada más grato, más deseable y venturoso podía haberles ocurrido a todos! ¡Ahora los tendrá a los dos, para siempre, allá en el pueblo!

—¿Y cuándo se casan? —preguntó ingenuamente. —Pues en seguida, padre. María Eugenia se ha quedado en la ciudad preparando sus cosas. Jenaro llegará dentro de una semana, y se casarán inmediatamente. ¿Para qué van a prolongar el noviazgo? Se conocen desde niños. ¡Ah! Y quieren... —Pero, dígame, señora; vivirán siempre aquí, en la casona, ¿no es verdad?

—No, padre Lorenzo —explicó la señora Andrade, cambiando su gesto risueño por una expresión más grave—; ésa es la parte del asunto que menos va a agradarle a usted. Jenaro no quiere seguir navegando; desea fundar una empresa naviera, que establecerá en la ciudad. Tendrá que vivir allí para dirigir el negocio. Así que han tomado una casita muy cercana a la nuestra. Y venderá la casona. ¿Para qué la quiere conservar? También nosotros—añadió todavía más seriamente—pondremos esta quinta en venta. Venir aquí sin nuestra hija no sería agradable. ¿No es verdad, padre?

—Es natural —dijo el padre Lorenzo.

Y se despidió. Pasaba el tiempo. No tardaría en tañir el toque de «Angelus».

—Pero no le hemos dicho a usted lo principal —le advirtieron, mientras lo acompañaban hasta la verja que limitaba el naranjal—. Y es que quieren celebrar aquí su boda y..., claro está, que sea usted quien los case.

—Claro está —repitió el padre Lorenzo con una sonrisa que semejava una mueca de dolor—. Yo seré quien los case.

Era tarde. Pero regresó despacio.

Estaba ocultándose el sol por el filo de unas distantes colinas, y sus rayos horizontales tendían largamente en los bancales y caminos la sombra

del arbolado. Un polvillo de luz de oro se cernía sobre el paisaje.

En aquella hora el campo iba sumiéndose en una quietud irreal. Los pájaros piaban apenas, buscando el cobijo de las frondas. El golpear de una azada resonaba lejanamente. De un camino en la distancia venía el chirriar de una carreta. Comenzaba a escucharse el tecleo suave de los sapos. Un manantial iba destrenzando su canción en el silencio y la tibieza de la tarde...

El padre Lorenzo traspuso la loma del almen-dral. A sus pies vió el caserío del pueblo sumido en la paz.

Ya sonaba el primer tañido del toque de oración en el campanario de la parroquia.

Los casó una mañana tan dorada y armoniosa como aquella de su primera misa.

El pórtico de la blanca iglesia de las Madres Esclopías estaba revestido de rosas y claveles. Una alfombra de mirto y de retama cubría el pasillo central. Y bajo la imagen de Nuestra Señora, el altar refulgía constelado de trémulas llamitas de cirios y hachones; y en los esbeltos floreros de vidrio, en los orondos búcaros, languideaban los nardos purísimos, se mecían las dalias pomposas y las magnolias se abrían, ofreciéndose como flores de carne.

Todo el pueblo estaba allí, ocupando la nave, los pasillos, agolpándose en la breve escalinata del pórtico y aglomerándose bajo los tilos de la plazuela. Un rumor de colmenar resonaba en el templo.

El padre Lorenzo oficiaba como en un sueño, oyendo extrañas voces dentro de sí mismo, voces de lo alto, que musitaban palabras de consuelo a su dolor de hombre.

Nunca se había sentido ministro del Señor en un grado tan alto. En nombre de Dios unía para siempre a aquellos dos seres a los que tanto había amado su corazón. En el nombre de Dios los unía antes de que se apartasen para siempre de su vida.

Leyó la plática que la vispera compusiera, experimentando la impresión de que unos labios ajenos pronunciaban aquellas frases suyas con tanto esmero escogidas. Y al terminar, al bendecirlos trazando con sus dedos una cruz sobre las dos cabezas, se percató de que tenía el rostro arrasado por las lágrimas. Y ya no podía disimularlo.

Miró a María Eugenia y vió sus ojos anegados; se volvió a Jenaro, y notó que el marino hacía esfuerzos para no sollozar.

El capellán realizó un intento heroico para sobreponerse. Pronunció las palabras finales y se volvió hacia el altar. Allí estaban esperándole los dulces ojos de María Santísima...

El padre Lorenzo vivió el resto de la jornada en un estado de embotamiento mental. Acompañó a sus amigos, asistió al banquete, contestó preguntas, sostuvo conversaciones; pero obraba como un autómatas, hablando y gesticulando a semejanza de los demás, sin que su alma, su pobre espíritu dolorido, se percatase de cuanto lo readaba. Su alma estaba allá, en otra esfera, rumiando a scilas su propia desventura.

A media tarde vió partir a sus compañeros de infancia. Jenaro, tras besarle la mano, lo abrazó con la efusión de siempre. María Eugenia esta vez le besó las manos con unción, mas no sin dejarle en ellas una tibia humedad de lágrimas. Luego, ya en el coche que había de llevárselos, le sonrieron por última vez, felices ante su futuro, un poco olvidados de la tristeza de su amigo.

Y ya no vió, ni oyó, ni entendió nada más el padre Lorenzo. Quería marcharse, y rehusó el coche que le ofrecía don Gustavo. Deseaba andar, quizá por última vez, aquel camino tantas veces hollado que lo llevaba al pueblo.

Cuando llegó a la plazuela añoraba. Un silencio tristísimo pesaba sobre las callejuelas. El cielo ofrecía su turbio azul de los atardeceres. Y sobre la fronda inmóvil, sin pájaros, de los tilos, la luna asomaba su cuerna amarilla.

Chirrió la llave en la cerradura de la puerta, y el padre Lorenzo penetró despacio en la iglesia. Sus pasos resonaban largamente en las oquedades.

Se detuvo en mitad del pasillo y miró al altar. Ningún rastro quedaba de la ceremonia celebrada

allí. Las manos hábiles de las monjas habían despojado el altar, el pasillo y el pórtico de la superflua gala de las flores ajadas. Todo estaba como antes, como antes de «aquellos».

La luz del atardecer, que penetraba por las lucernas de la cúpula, era muy escasa, y todo el templo quedaba en fosca penumbra. Aun faltaba una hora para que las madres acudieran al rezo del santo rosario, mas el capellán atravesó el presbiterio y encendió dos cirios del altar.

El rostro de la Virgen lo miraba compasivamente desde lo alto; pero él dejó para después su oración ante la Madre eterna. Antes quería ofrendarle al Crucificado su dolor de hombre y demandarle consuelo para su desamparo. Porque el Señor ha dicho: «Si alguien está solo, yo estoy con él. Mueve la piedra y allí me encontrarás; hiende la madera, que allí estoy yo.»

El padre Lorenzo cruzó de nuevo la nave rescatante, cuyas sombras temblaban ahora con el titilar de las llamitas de los cirios, y en el altar lateral se postró a los pies de la imagen de Cristo. Cruzó las manos sobre las laceradas plantas del Mártir.

Quería llorar; pero un dolor sordo le oprimía el pecho, comunicaba un extraño temblor a su barbilla, secaba la fuente de sus lágrimas. Era tan intensa la conmoción de su alma, que sus primeras oraciones fueron un ininteligible balbuceo. No podía rezar. Sólo conseguía llamar al Señor, llamarlo desde lo más hondo de su espíritu, desde la amarga profundidad de su corazón. Y el nombre de Jesús provocó un sollozo incontenible, una convulsión dolorosa de todo su ser.

Las manos del padre Lorenzo se asieron exasperadamente a los pies de Cristo. Pronunció una llamada que era casi un grito. Después, en un susurro, suplicó con desesperación:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ten compasión de mí!
No afluyan las lágrimas. Su espíritu se acortezaba de sequedad, una sequedad de arenas que irritaba sus ojos y agrietaba sus trémulos labios. Sentía en la garganta esa punzada espasmódica y lancinante que provocan los hondos dolores del alma. Experimentaba un taponamiento de su respiración, la necesidad apremiante de aire fresco... Sollozó larga y convulsivamente.

El mejor consuelo de la propia pesadumbre es el brillo húmedo de unos ojos humanos que respana a nuestro llanto. Pero el dolor sin lágrimas del capellán nadie podía compartirlo. Estaba solo, desamparado en un mundo vacío.

—¡Señor! ¡Ten lástima de mí! ¡No me abandones en esta soledad!

Y cuando el padre Lorenzo quiso levantar su mirada hacia la faz dolorosa del Nazareno sintió en su frente la caricia tibia, el roce sutil, el tacto cosquilleante y líquido de una lágrima.

El padre Lorenzo dejó de sollozar. Experimentó un pasmo infinito, una suspensión total de su conciencia y de su mente. Nada sentía, nada podía ver, nada escuchaba. En un orbe desierto, oscuro y silencioso estaban solos Jesús crucificado y él. Y ahora sí que resbalaba el llanto por sus mejillas...

El padre Lorenzo no podía moverse. Sólo sus labios temblorosamente musitaban:

—¡Señor! ¡Señor!...

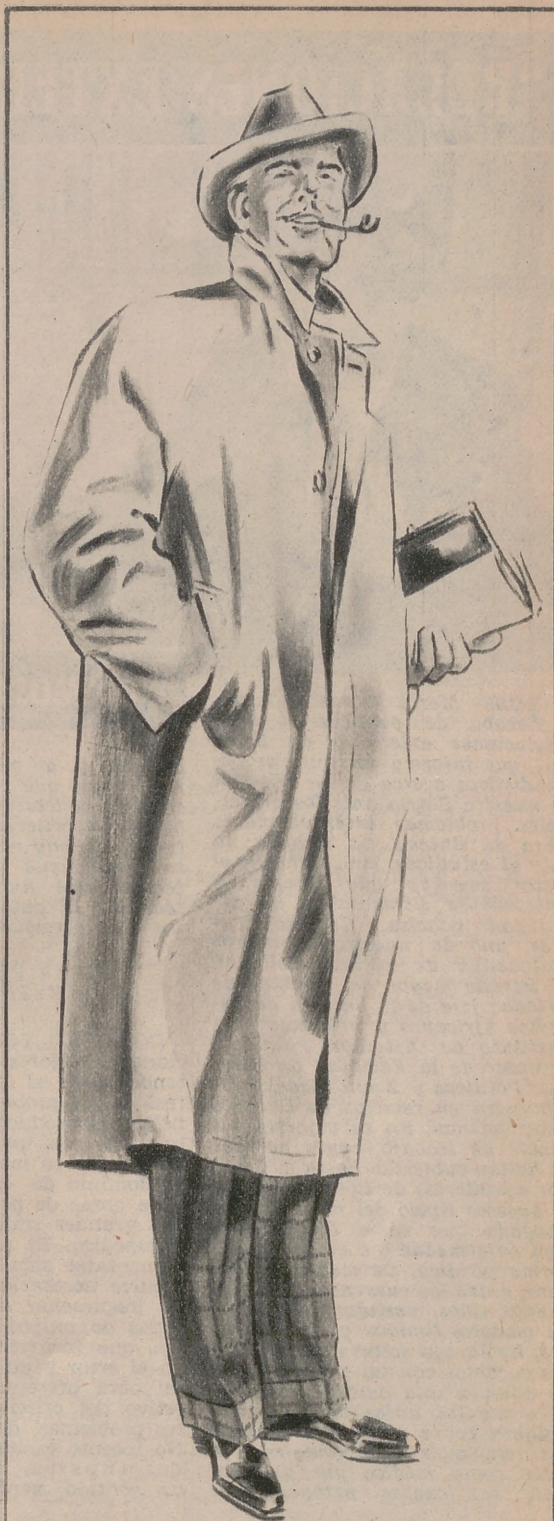
Debía de rodar el tiempo. Transcurrían segundos... o siglos.

El padre Lorenzo percibió el chisporroteo de un cirio, y se alzó. Le costó un esfuerzo agotador, doloroso, apartar su mirada de la faz de Jesús. Anduvo hacia la puerta. No veía nada. Sentía que su frente resplandecía. Un gozo inconmensurable, un júbilo sobrenatural rebosaba de su corazón, transfiguraba su cuerpo, se derramaba de su ser para inundar el mundo. La frente le resplandecía.

Su madre debió de advertirlo cuando él llegó a la casa y se arrodilló a su vera. Porque él no hablaba, y la pobre mujer le preguntó con asombro.

—¡Hijo! ¡Cómo me miras! ¡Qué luz hay en tu frente?

Y él susurró con una extraña vibración de voz:
—Es una lágrima, madre; la luz de una lágrima.
Se abrazó a ella. La estrujó contra su corazón. Sin que se lo contara, Lucía comprendió que el hijo suyo había entrevisto la claridad de una mañana eterna.



CABALLEROS

*Elegancia y distinción
de nuestras prendas
confeccionadas*

Galerías Preciados

"RELACIONES EXTERIORES DE ESPAÑA"



El último libro de José María CORDERO TORRES es un relato objetivo del criterio español ante los problemas de nuestra época

PODEMOS MIRAR EL PORVENIR CON ESPERANZA

JOSE María Cordero Torres acaba de publicar el libro «Relaciones exteriores de España», que informa sin fines propagandísticos acerca de los criterios de nuestra Patria ante los principales problemas internacionales. Obra de síntesis, va dirigida no sólo al estudioso, sino también al lector medio que busque el antecedente elemental y la exposición concisa. Cordero Torres, uno de nuestros primeros tratadistas de política colonial, es letrado mayor del Consejo de Estado; jefe de la Sección de Estudios Africanos y Orientales, del Instituto de Estudios Políticos; profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, y colaborador en revistas de Derecho Internacional. En su modesto gabinete de trabajo, cuyas paredes se hallan cubiertas hasta el techo por estanterías de libros, presenta el aspecto típico del médico o del abogado que va a diagnosticar una enfermedad o a emitir un informe jurídico. De mediana estatura, entre los cuarenta y los cincuenta años, vestido de negro, de modales tímidos y circunspectos, habla con soltura manejando los vocablos con tal precisión que se adivina una cuidada elaboración mental antes de que cada palabra cobre vida. Al tratar de las relaciones hispanoinglesas lo hace como médico que dictaminara las causas patógenas de

aquéllas y, al mismo tiempo, como letrado que presentara un escrito de conclusiones ante el Tribunal. Su criterio es fruto del estudio; no hay resquicio en él para que juegue la pasión. Es el técnico que habla de materias técnicas. El autor explica los fines que persigue el libro.

NUEVA VERSION DE LA «LEYENDA NEGRA»

CORDERO TORRES. — «Relaciones exteriores de España» pretende servir al lector un aspecto real de los problemas internacionales. La producción bibliográfica relativa a la presencia mundial de España es muy desigual, con predominio de ensayos parciales y de obras de polémica; no existen grandes tratados de tipo enciclopédico. El español para documentarse sobre estas materias recurre necesariamente a fuentes de inspiración extranjera, infectadas de propósitos propagandísticos, que incurren con facilidad en el error y en la calumnia. En mi obra presento un relato objetivo del criterio español ante los problemas de nuestra época. No intento excitar la sensibilidad de nuestros compatriotas en un sentido xenófobo, por muy

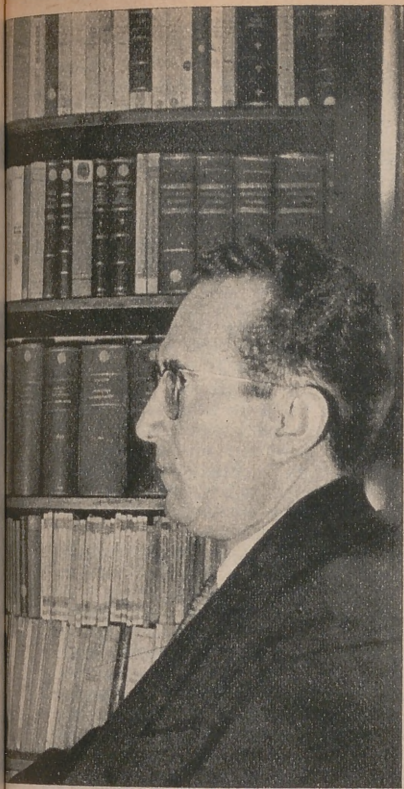
justificado que pudiera estarlo; ni tampoco despertar el amor a la concordia «dulcificando» la cruda realidad. He procurado ser veraz porque un pueblo viril como el nuestro está capacitado para conocer los hechos tal y como son, sin acusar por ello una impresión pesimista. El libro no es propagandístico desde ningún aspecto, pues la exposición y defensa de los criterios hispanos son algo más que «propaganda», en el concepto peyorativo que se da a esta palabra.

SALCEDO. — ¿Cree usted fundado el sentimiento de los españoles que se consideran víctimas de una conspiración hostil alentada por algunas potencias?

CORDERO TORRES. — Tal sentimiento obedece a causas reales. Los españoles tenemos que estar dolidos por la actitud bastante difundida que han adoptado algunas potencias en torno a nuestra Patria y a sus problemas. Esta campaña debida a la iniciativa de minorías vocingleras, dueñas de los medios de difusión más poderosos del mundo, tiende a presentar nuestros anhelos, gestos y actos como ilógicos, utópicos, injustos o nocivos. Calla y disminuye cuanto pueda presentarse como contribución hispana a la cultura. Es una nueva forma de la vieja «leyenda negra», nunca extinguida del todo, que ha aprovechado para su último brote un momento difícil: la guerra de 1936-39. La divulgación de esa leyenda se ha acompañado de presiones, asechanzas y dentelladas, durante la segunda guerra mundial y su interminable posguerra. Una de las insidias puestas en práctica ha sido divulgar que la defensa de la actitud internacional de España era puramente defensa de las personas que nos gobiernan. Con ello se pretendía deslizar la idea de



Nuestros redactores ahotan las declaraciones de don José María Cordero Torres, autor del libro «Relaciones exteriores de España», que acaba de aparecer



que nuestra Patria no tiene otros intereses que los subjetivos de sus conductores. O, por lo menos, que muchos de sus intereses, reivindicaciones y posturas, leídas de ser tradicionales y vitales eran la obra y el deseo de personajes que detentaban el poder momentáneamente. Es decir, que las premisas españolas ante el mundo actual son las de su «minoría gobernante», como si en todas partes no hubiera dirigidos y dirigentes, correspondiendo a estos últimos encaminar a los demás hacia las metas comunes. ¿No hemos leído en varios idiomas extranjeros que «Gibraltar es una reivindicación falangista»? Tenemos que confesar que si ello fuera exacto, constituiría un timbre de orgullo para los «culpables».

Cordero Torres al hablar acciona pausadamente; posee el gesto medido de profesor que explica una disciplina ante el auditorio de sus alumnos. Alguna vez se ajusta las gafas; otras, parece hacer ademán de buscar entre los libros que hay sobre su mesa cualquier código, para apoyar en el articulado de éste sus alegaciones. Pero la codificación del Derecho Internacional no se ha realizado; las opiniones de Cordero Torres podrían estar muy bien reguladas en un tratado de moral o de ética.

BARRA.—¿Puede admitirse que esa actitud tradicionalmente hostil hacia nuestra Patria se debe, en parte, a una desafortunada política internacional de España o a una diplomacia inoperante?

CORDERO TORRES.—España ha tenido en su trayectoria exterior, como todos los pueblos, aciertos, venturas, errores y tropiezos; buenos y malos gobernantes; empresas coronadas y otras fallidas. Pero, en conjunto, esa trayectoria ha sido clara y sostenida. Tal vez, la suma de reverses supera a la de venturas en

los últimos siglos; sin embargo, hay que decir con imparcialidad que las generaciones españolas han caído en el mal gusto de cargar en la cuenta de sus políticos, o de sus antepasados, la culpa de casi todos los males exteriores de España, debidos muchísimas veces a causas externas insuperables. Nuestra política ha presentado altibajos, pero con menos discontinuidad de lo que pudiera creerse; si ha habido males y vicios no todos estaban en los gobernantes. El español, por otro lado, se ha dado exclusivamente al pesimismo y, a veces, al conformismo. Hemos olvidado con frecuencia que una de las armas de las naciones que no son primeras potencias, es la constancia, y la esperanza nacional. Después de la guerra de Cuba cundió el desaliento; no había motivo, pues aquella derrota militar la habría encajado cualquier otra nación en pugna con Estados Unidos. Tendríamos que haber seguido el ejemplo de Francia, vencida de Sedán, y que no renunció por eso a constituir el segundo imperio de los tiempos modernos.

CARVAJAL.—¿En qué época se da nuestra mejor política internacional?

CORDERO TORRES.—Es difícil contestar la pregunta; la política de Felipe II dió muchas enemistades a España, algunas de las cuales perviven en la subconsciencia de ciertas naciones, y sin embargo, su diplomacia fué modelo de tacto y de prudencia. Un buen momento coincide con el reinado de Fernando VI. Si recordamos la historia, veremos cómo logró hacer de España la tercera potencia naval, arrancando de una situación lamentable. En tiempo de su antecesor Carlos II, nuestra Marina atravesaba tal crisis que hubo que solicitar a Holanda un barco para traer a España la que habría de ser la segunda esposa del Monarca. Más tarde, la política de Carlos III fué muy feliz con Estados Unidos.

EL PESIMISMO Y LAS LAGRIMAS, ANTIDOTO DE LO DIPLOMATICO

SALCEDO.—¿Cómo ve el siglo XIX?

CORDERO TORRES.—Aquellos años no tuvieron diplomacia a tono con las realidades, hay que recordar que el pesimismo y las lágrimas son el antídoto de lo diplomático. Ya en el siglo XX, de 1904 a 1912, nuestra política no es siempre tan mala como se cree; en este período iniciamos el acercamiento a los países occidentales.

CARVAJAL.—¿Hubo algún buen político en ese tiempo?

CORDERO TORRES.—A mi parecer, el conde de Romanones demostró ser un diplomático agudo y eficaz; a pesar de sus sentimientos francófilos, nunca sacrificó los intereses españoles. Ojeda y Pérez Caballero fueron también de clara visión política y hábiles negociadores.

(Sin darnos cuenta, hemos llegado con nuestras preguntas a los problemas exteriores actuales. Cordero Torres medita antes de

responder sobre las cuestiones que están en el primer plano de la actualidad; nos parece adivinar que desearía no emitir juicios acerca de ellas. La falta de perspectiva histórica hace difícil pronunciarse en favor o en contra de hechos que reclaman a diario toneladas de tinta de imprenta.)

BARRA.—¿Cómo enjuicia usted nuestra política exterior actual?

CORDERO TORRES.—A partir de 1939, se inicia una fase nueva en las relaciones internacionales de España. Uno de los títulos que con más ufania puede ostentar el Nuevo Estado es que tanto sus bases doctrinales como su orientación diplomática recogen la tradición internacional española, dirigiendo la política exterior hacia la adaptación a las nuevas situaciones mundiales de aquellos principios básicos. Dentro de sus actuales dimensiones como potencia, España fué objeto de excitaciones y estímulos muy sugestivos en el verano de 1940, y los resistió porque su criterio moral no le permitía seguir la senda fácil. Y demostró que al final acertó. Después de 1945, el camino emprendido es también ético; el tiempo confirmará seguramente que ha sido el mejor que podía escoger.

BARRA.—¿Cómo han reaccionado las potencias extranjeras ante la política del Nuevo Estado?

CORDERO TORRES.—Como también es tradicional, ciertos países han intentado condenar la autodeterminación española en material internacional. Han querido vedar a España lo que para sí, y para los demás países, se considera lícito: el patriotismo, activamente considerado. Es decir, el deseo de engrandecer y hacer progresar la Patria, ideal que tiene cabida dentro de la colaboración internacional. Puede decirse que el siglo XIX «concluye en 1936, y si España no puede aún presentar a las futuras generaciones grandes realizaciones materiales, porque dos tiempos no están para construir y mantener Imperios» —como ha dicho el Caudillo—, podemos ofrecer, sin embargo, una voluntad de «Imperio». Después de haber despejado el panorama interno de algunos problemas acuciantes, hemos hecho examen de conciencia para aclarar las dudas más que sobre nuestros objetivos internacionales, sobre la prelación y los caminos para alcanzarlos. Y hay un saldo modesto, pero antaño increíble: España ha podido vivir por sí contra las tarascadas de todo el mundo exterior, escogiendo caminos vetados por los llamados «grandes». Hace pocos años todavía, estas potencias provocaban crisis y marcaban el rumbo de nuestra orientación con sólo fruncir el entrecejo.

SALCEDO.—¿Cuál ha sido la victoria internacional de España más importante en estos años?

CORDERO TORRES.—Haber resistido el bloqueo a que fué sometida y conseguir mantener su postura, sin una sola claudicación. Esto nos ha abierto grandes posibilidades en el terreno exterior y nos ha dado un presti-

gio merecido que no se puede ocultar.

CORDERO TORRES hace una pausa. Curioseamos mientras tanto el lomo de los libros que se encuentran más cerca de nosotros; casi todos ostentan el ex libris de su propietario. En las estanterías hay orden y un minucioso sistema de colocación de los volúmenes. Vemos entre ellos muchos de los que es autor Cordero Torres: «El Consejo de Estado», «Política colonial», «La misión africana de España», «Aspecto de la misión universal de España»... Nos dice que está terminando una obra que llevará por título: «Las fronteras de España». Tiene un libro inédito concluido hace unos meses: «La acción de España en el norte de África».

GRAN BRETAÑA HA INFRINGIDO CONTINUAMENTE EL TRATADO DE UTRECH

BARRA. — Refiriéndonos a los problemas actuales, ¿cree usted posible un cambio en las relaciones hispanoinglesas?

CORDERO TORRES.—La amistad con el Reino Unido no es indeseable ni imposible. El obstáculo principal e irritante es Gibraltar; sin embargo, este problema se solucionaría fácilmente si las dos partes se lo propusieran. Mientras tanto, España ha de mantener sus intereses y responder adecuadamente a la actitud hostil de Gran Bretaña. El mero hecho de que esta potencia sea más fuerte que nosotros está

proclamando que no es España la menos interesada en transformarla a un adversario en amigo, pero dentro de límites razonables y nunca a cualquier precio.

CARVAJAL.—¿Las aspiraciones internacionales de España afectan a los intereses del Reino Unido?

CORDERO TORRES.—La larga lista de sucesos históricos que enturbiaron las relaciones entre los dos países que se basan en realidades que hoy están ya superadas. Para Inglaterra las aspiraciones españolas no pueden constituir un peligro o amenaza a la base de su grandeza. El resurgir español no se enfrenta con Gran Bretaña ni ésta no se propone nada contra nuestra Patria. Más aún: una España fuerte pudiera ser una útil colaboradora de una Inglaterra sinceramente amiga y comprensiva. Lo que no podemos hacer es sacrificar nuestros derechos vitales en aras de una aparentemente cómoda cordialidad.

SALCEDO.—¿No espera, pues, una rectificación de la política inglesa hacia España en breve plazo?

CORDERO TORRES.—La experiencia aconseja no esperar grandes ni súbitos cambios en la tradicional frialdad británica hacia España. Acaso por ello lo más realista sea esperar con activa preparación para no desaprovechar ocasiones. El tiempo trabaja si no siempre para España, si al menos en contra de los viejos imperialismos como el insular inglés.

las fortificaciones de La Línea que luego Inglaterra no dejaría reconstruir. En 1813, España permite la evacuación de enfermos ingleses al istmo, ocasión que aprovecharon para instalarse permanentemente en él. En 1819, Canning inventa como límite marítimo del Peñón a Punta Mala, y desde entonces se suceden incidentes a causa de esta imposición británica en el uso de las aguas españolas de Algeciras. Tras un cambio de notas con España, en 1899 se irroga una especie de protección de las vecindades de la plaza. Por último, en 1913 reanudarón su expansión territorial para remediar la falta de espacio, agravada al tener que improvisar un campo de aviación en el istmo. En esta etapa, la plaza es un foco de subversión, injerencias y contrabando; sus contornos son un vivero de incidentes.

BARRA.—¿Qué contramedidas podría adoptar España para defender sus intereses frente a los abusos de Inglaterra en Gibraltar?

CORDERO TORRES.—España tiene en su mano muchas medidas pacíficamente realizables. Ejemplo de ello es nuestra ocupación, en 1940, de lo que ellos llamaban «zona neutral», sin serlo. Hay derecho a delimitar y excluir del uso de las tierras y aguas españolas circundantes. Se puede someter el Peñón a un aislamiento fiscal, comercial, y también, privarles del suministro de vituallas, de mano de obra y alojamientos. Además de reforzar militarmente el Campo y el Estrecho, podemos mejorar los puertos de Tarifa, Ceuta, y Algeciras; construir una base aérea en esta última y los puertos de La Línea y Alcázar Seguer. Con estas medidas se lograría el colapso de la vida inglesa en Gibraltar; la plaza perdería con ellas toda importancia comercial y militar.

SALCEDO. — ¿Se ha mantenido la ocupación británica de Gibraltar conforme a lo establecido en el tratado de Utrecht?

CORDERO TORRES. — Prescindiendo de los argumentos jurídicos acerca de la presencia inglesa en el Peñón, son peores las infracciones que esta potencia ha cometido desde que se estableció en aquel territorio. Por ejemplo, en el artículo 10 del Tratado se dispone que no podrían tener trato ni permanecer en Gibraltar ni judíos, ni es bien, han hecho caso omiso de esta cláusula sin consulta previa con España. Desde 1726, los ingleses iniciaron su expansión a costa de la zona circundante; en este año ocuparon Torre del Diablo y vecindades. En 1809 España destruyó

(Cordero Torres habla sobre estas cuestiones con autoridad. Su opinión no responde a ideas más o menos vagas; ha dedicado largos años de estudios al examen de la acción de España en el norte de África y ha tenido que documentarse ampliamente sobre la presencia británica en las costas del Estrecho. Sus palabras van respaldadas con la garantía de su preparación en estos problemas.)

LA POLITICA FRANCESA FRENTE A LOS DERECHOS VITALES DE ESPAÑA

CARVAJAL.—¿A qué aspira la política francesa en Marruecos?

CORDERO TORRES.—Francia, al montar su grandeza sobre la base del declive de sus vecinos, «distinguió» a España como vecino a aplastar, incluso cuando ya no era peligroso. Jamás se comportó lealmente con nosotros; la cantidad de los Tratados, por la que los galos claman a partir de Clemenceau siempre que los alemanes daban señales de vida, no ha regido en las relaciones hispanofrancesas. España, útil en Orán en 1831, ya no lo era en 1832; los españoles buenos para colonizar «faut de mieux», son considerados como estorbo desde 1880. España requerida como



LA SIMPATIA...

aumenta con el cabello bien cuidado.

Una fricción diaria con

LOCION AZUFRE VERI

evitará que se le caiga, y lo conservará fuerte, abundante, y con frecuencia ondulado.

Es el mejor remedio para que no se forme caspa. Los cepillos, peines y lavados la quitan solo de momento.

Frascos de 5 tamaños. PRECIOS MODERADOS, posibles por su gran venta y exportación a Hispano-América. El tamaño corriente solo cuesta pts. 17,10; el tamaño pequeño pts. 11,.-. Impuestos incluidos.

CON GARANTIA FARMACEUTICA

Si desea un folleto escriba a INTEA, Apartado 82 - Santander

DESCONFIE DE IMITACIONES

LA CABEZA CLARA

comparsa en Méjico. Crimea y Cochinchina, estaba también en el Magreb y de ahí la tenaz y decidida política de arrinconamiento y, de ser posible, de expulsión. La postergación de nuestra Patria en el norte de Africa la lograron con imposiciones, amenazas y zancadillas, y no con «paciencia de notario rural» como alguien ha dicho. Logrado su propósito, Francia pretende defender sus intereses en el Magreb con buenos modales pero sin renunciar a cualquier otra política si la obligan las circunstancias. Ahora que los acontecimientos se vuelven contra ellos, se molestan hasta por las simpatías españolas del nacionalismo marroquí, mas no han querido ensayar seriamente una política de colaboración con nuestra Patria, cuyos frutos les hubiera sorprendido.

DE LA SOCIEDAD DE NACIONES A LA O. N. U.

BARRA.—¿Era la antigua Sociedad de Naciones un organismo más perfecto que la O. N. U.?

CORDERO TORRES.—La Sociedad de Naciones funcionaba con mayor respeto para cualquiera de los Estados miembros que la O. N. U. La actividad francesa e inglesa era más prudente y cauta en la antigua Sociedad de Ginebra; sus fines eran de índole jurídico y administrativo más que político. La O. N. U., por el contrario, goza de mayor autoridad, pero en lo técnico es más burda. Acuden a ella representantes de partidos políticos que llevan al seno de la Organización el calor de las pasiones y no la capacidad y la competencia de los antiguos diplomáticos de la Sociedad de Naciones.

SALCEDO.—¿Cuáles son los vicios o defectos de la O. N. U.?

CORDERO TORRES.—El mal principal es el veto. Además, el organismo se asienta en la Carta, documento redactado en unas circunstancias en que el mundo estaba en guerra, y que sigue hablando de vencidos y triunfadores, lo que en estos tiempos ya no está muy de acuerdo con las realidades. Sin embargo, la mayoría de los fallos de la O. N. U. hay que buscarlos en la obstrucción de la U. R. S. S. Creo, a pesar de todo, que sobrevivirá si es flexible para consentir las transformaciones que necesita.

SALCEDO.—¿Cree usted que España ingresará en la O. N. U.?

CORDERO TORRES.—No se puede predecir; lo que no hay que descartar tampoco es que tal hecho se produzca muy pronto.

Cordero Torres insiste de palabra y en su libro que no sabe hablar de decadencia española. Nuestra Patria sufrió derrotas militares que la arrebataron el primer puesto que ocupaba entre las naciones. Pero incluso cuando nuestro poderío militar y naval era más débil, ninguna potencia se atrevió a atacar directamente nuestro Imperio; sólo pudieron hacer pequeñas presas en la periferia de las posesiones americanas. Como dice Cordero Torres podemos mirar el porvenir exterior de España con esperanzas, si sabemos ser constantes. ¿Y quién no lo sería sabiendo que en esa virtud radica una de las bases de nuestra grandeza?

LOS hombres más representativos de la periferia española, así aquellos que denominaríamos líderes como los que constituyen el exponente y el símbolo del hombre medio, se caracterizan por lo que podríamos llamar «cabeza clara». La nota específica del español mediterráneo, además, no es la originalidad tremenda, ni la paradoja iluminante, sino la transparencia. ¿En qué consiste esa claridad transparente? ¿Cómo se puede identificar?

Se habla frecuentemente de la influencia que ha ejercido en el pensamiento público de Barcelona la denominada escuela escocesa. Nosotros pensamos en la transparencia mental y expositiva, a parte sus distintos valores literarios, de un Balmes o un Maragall. La claridad barcelonesa parece surgida del diálogo entre lo eterno y lo temporal, entre lo universal y lo más inmediato. Nuestros hombres gobiernan la nave de su pensamiento con la preocupación de que las leyes y los principios generales no sean jamás puestos en contradicción por los hechos. La cabeza clara, pues, supone una capacidad de elegir entre las diversas ideas y puntos de vista subjetivos, aquellos que son más conformes a la observación y a la lógica. Es tener únicamente por cierto no lo que debería ser, sino todo aquello que sucede habitualmente y aun, en ciertos casos, con rigor ineludible, de forma inevitable.

El ideal de vida que posee la sociedad barcelonesa está determinado por las limitaciones que supone ese pensar con la cabeza clara. Algo, fundamentalmente, interesa aquí: asegurar el mañana. El amor a la gloria, la pasión del poder y de los honores, el coraje, el desprecio del peligro, que caracterizan a las aristocracias históricas, principalmente en los tiempos de su plenitud, no han constituido nunca los exponentes representativos de la sociedad barcelonesa. La aristocratización de la vida en Barcelona no se realiza por el riesgo ni por la ambición de carreras meteóricas. La aristocratización no es un producto de la audacia, sino del buen tono, exigido por las cabezas que piensan con claridad. El hogar, el mobiliario, el vestido —en Barcelona es donde se viste mejor del mundo, en la oficina, en la calle, en todas las actividades de la vida cotidiana—, todos los bienes que pueden conservarse, tienen para nosotros una extraordinaria importancia. Y esto ocurre aun entre los obreros.

En todas las latitudes, la mentalidad obrera se caracteriza por la incapacidad de gozar de los ingresos económicos si no es por la inversión total de los mismos en bienes de consumo. En el presupuesto obrero figuran, generalmente, dos principales partidas: comida y diversiones. Este hábito de vivir al día, que supone la

ausencia de cálculo y de previsión, favorece en cambio la capacidad de comprensión y de solidaridad, que hace que el alma de los obreros, en orden general, sea más accesible a la piedad, sea más capaz de la emoción generosa y espontánea. No obstante, los obreros de Cataluña, prácticamente, se han incorporado siempre a la concepción clase media o burguesa de la vida, que define a nuestra ciudad: necesidad de un cierto confort y previsión para el futuro. O sea: ahorro, mantel y servilleta.

Muchas veces hemos escrito sobre la necesidad de que nuestra burguesía —la española, en general, y la de nuestra región, en particular— se convirtiese en una auténtica clase dirigente. Junto a sus virtudes características reclamamos las que distinguen a todo grupo capacitado para ejercer el mando social y político. Quisiéramos ver entre nosotros una aptitud más decidida para el sacrificio por el bien público, el deseo de tener las ideas generales precisas para rendir oportunos servicios al Estado y a la Iglesia, la preocupación constante por los problemas comunes y, principalmente, por aquellos que afectan a las clases menesterosas, el talento de juzgar las cosas con imparcialidad y de considerar los propios problemas desde un punto más alto que el estrictamente personal, la ausencia de intereses de región y de clase incompatibles con el interés general, etc., etc. Recientemente un hombre conocedor y amante de Barcelona y de Cataluña, como don Felipe Acedo Colunga, nos hablaba, con evidente dolor, de la escasa agilidad mental, de la débil visión de conjunto que existe en algunos sectores de la burguesía barcelonesa, entretenidos en los problemas más inmediatos de su economía doméstica. Es evidente. El mismo fenómeno ocurrirá, sin duda alguna, en otras regiones españolas, pero nosotros, catalanes de cien generaciones catalanas, lamentamos lo que nos atañe más directamente. Es preciso y urgente que la indiscutible cabeza clara de los barceloneses sirva, sin excepción, para pensar en función de la totalidad: clases, economías, regiones, etc. Esto,afortunadamente, poco a poco se está realizando. Recientemente, una serie de nombres ilustres se han incorporado al Sindicato Nacional Textil con ilusión y voluntad de servicio. Pensamos en los Bertrand Mata, Valls y Taberner, de Caralt, Roger Gallés, etc. El reloj de nuestra tierra mediterránea y española no está detenido en la hora del parlamentarismo y del liberalismo, sino que anda cada vez más sincronizado con las inquietudes y las exigencias de nuestro tiempo. ¡Con el Estado de la segunda mitad del siglo XX!

Claudio COLOMER MARQUES

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

EL PUEBLO DE LA SIERRA

Por J. A. PITT-RIVERS



ALCALÁ de la Sierra se alza en las montañas, entre Ronda y Jerez. Su nombre es de origen moro y significa fortaleza; pero esta localidad es más antigua que la dominación musulmana en España. Con los árabes, la ciudad fué reedificada sobre los cimientos de un pueblo romano que se llamó Lacidula. La importancia de Alcalá de la Sierra arranca de los últimos años de la Reconquista.

Durante las guerras entre cristianos e infieles, la ciudad fué saqueada en muchas ocasiones. Tiempo después desempeñó un papel importante con ocasión de la rebelión de los moriscos, y sufrió grandes daños materiales que se repararon posteriormente. Más tarde vió su población incrementada por familias que procedían de las tierras bajas de la región. Desde entonces, vivió sin que su nombre vuelva a aparecer en los anales de la Historia de España, sin figurar ni siquiera en los mapas.

Algunos viajeros han dejado constancia de la ciudad en sus escritos. Hace un siglo, Richard Ford la visitó, y todo parece indicar que no se llevó muy buena impresión de ella. «Colgada como un nido de lo alto de una colina rocosa—escribió Ford—, solamente se dispone de un estrecho sendero para subir a la ciudad. Sus habitantes son todos contrabandistas y bandoleros. Sus salvajes mujeres, cuando lavan las ropas de alegres colores en las aguas turbulentas del torrente, espían al viajero como si se tratara éste de un objeto que irá a engrosar el alijo de sus maridos.» Pues bien: con más mayores respetos a ese viajero, tengo que reconocer que yo fui recibido a mi llegada a Alcalá con cariñosas atenciones. Me invitaron en seguida al Casino, al Club, donde me hicieron beber unas copitas. Este obsequio se debía más que a la generosidad de los habitantes, al hecho de que mi llegada en pleno invierno constituía un acontecimiento de primer orden para la vida apacible de sus habitantes.

La riqueza de la zona donde se halla Alcalá de la Sierra ha disminuído desde hace bastantes años. La independencia de las provincias españolas de América perjudicó directamente a la supremacía comercial del puerto de Cádiz, y la pérdi-

EL libro «The People of the Sierra» ha sido escrito después de permanecer su autor varios años en Alcalá de la Sierra, pequeño pueblo andaluz. Cuando llegó a esa localidad, el escritor inglés encontró dificultades para descubrir el alma de sus habitantes, pues éstos la ocultaban celosamente tras sus modales afables y corteses. El tiempo hizo que J. A. Pitt-Rivers llegara a calar hasta el fondo de la estructura humana y social del pueblo. Con un punto de vista inglés, el autor da una visión del apasionado patriotismo de los alcalareños, con pintorescas observaciones acerca de la rivalidad entre los vecinos de los distintos pueblecitos. Habla humorísticamente de las tradiciones populares, de las creencias, del noviazgo, del matrimonio, de las fiestas y de las sabias y drujas. El estudio quiere ser objetivo, y está hecho con amor y simpatía hacia las gentes con las que convivió. No hay censuras ni alabanzas; todo aparece en el libro como el autor lo vió, sin reservarse para él la tarea de juzgar. El lector español encuentra en «The People of the Sierra» una buena oportunidad para estudiar qué costumbres populares de nuestra Patria llaman más la atención de los forasteros. Y, sobre todo, qué imágenes forman nuestras tradiciones en la retina de un extranjero, que en esta ocasión ha visto con cordialidad.

«The people of the sierras».—J. A. Pitt-Rivers.
Weidenfeld and Nicolson.—London, W. 1, 1954.

da de Cuba, más tarde, la arruinó. Hay pocas fábricas modernas en la zona. El desarrollo de los medios de transporte, de la industria y de la agricultura en las tierras bajas, junto con los daños causados por la filoxera, han contribuído a la decadencia de los pueblos de la Sierra. La localidad de Jacinas, con su floreciente manufactura de cuero, es una excepción. Alcalá, sin embargo, no ha podido continuar sus tradicionales exportaciones de vinos ni de lienzos, que fueron orgullo de la provincia. Estos productos llegaban a los más apartados rincones de Sudamérica. Por tales motivos su población hace noventa años era el doble de la actual; hoy en día el número de alcalareños es de 2.045 más 604 residentes.

En el centro de la ciudad se conservan casas suntuosas, edificadas en el siglo XVIII, que pertenecieron a acaudalados fabricantes de lienzos. No obstante, ninguna de ellas ni de las que se alzan en Alcalá ostentan signos nobiliarios en sus fachadas. El señorío de la localidad perteneció a los duques de Arcos, pero no queda prueba alguna de que construyeran en ella sus residencias. El único edificio moderno es una fábrica de lienzo y un hotelito inspirado en el estilo arquitectónico de Gaudí, el cual, a pesar de ser poco adecuado a aquel ambiente, es muy admirado por todos los alcalareños. En conjunto, la ciudad conserva todo el sabor típico de Andalucía.

El clima es cálido durante medio año, por lo que las gentes pasan el tiempo fuera de sus casas. Las mujeres viejas acostumbran a sentarse al quicio de los portales, donde permanecen el día entero. La juventud hace la corte a las chicas en las calles, que pueden considerarse el centro de la vida social de la colectividad.

LA HOSPITALIDAD DE LOS ESPAÑOLES

Frente a mí, que soy extranjero, los alcalareños me alababan la región entera, sin demostrarme las rivalidades que existen entre los vecinos de los distintos pueblos. Un día que estaba recorriendo el valle del río en compañía de un labriego, me asombré de las alabanzas que aquel hombre dedicaba a cada pueblo que divisábamos. Cuando llegamos al más pobre de todos ellos, le pregunté

si no estábamos por casualidad en un lugar inhabitable.

—¡Quiá, es un pueblo precioso y riquísimo!—me respondió—. Produce bastantes bellotas...

Es corriente que los mozos del pueblo se opongan a las visitas de forasteros si éstos llevan el propósito de cortejar a alguna moza de Alcalá. Y no tiene nada de extraño que chapucen en la fuente a los pretendientes, aunque luego les dejen marchar sin ningún daño. En correspondencia de esta actitud, yo sé el caso de dos alcalañeos que tuvieron que romper sus compromisos matrimoniales en vista del trato que recibían en los pueblos de sus novias. Estas costumbres se aplican solamente si las mozas residen dentro de la ciudad; de lo contrario, si habitan en el término, en el campo, no se oponen obstáculos a sus amores, aunque los novios sean forasteros.

A pesar de esas costumbres, el extranjero disfruta de un trato de excepción. Se considera una obligación asistirle y portarse con él cortésmente y con simpatía. La gente investiga en seguida los fines que le llevan a Alcalá y se ponen a disposición del extranjero. La hospitalidad de los españoles es uno de sus rasgos más nobles. Pero si se examina ésta detenidamente, se observa que obedece en parte a que se emplea como arma para defender la comunidad de influencias exóticas. Un invitado es una persona que depende solamente de la benevolencia del anfitrión; el huésped no tiene ningún derecho a exigir nada ni a hacer ninguna petición. Queda así dependiente de la caballerosidad de los españoles y vigilado por éstos. Por otro lado, los andaluces son conocidos en todas partes por la finura de sus modales y por su sugestiva simpatía.

SOLIDARIDAD ENTRE PERSONAS DEL MISMO SEXO

Los niños de Alcalá, tan pronto como pueden hablar, adquieren ya conciencia del sexo a que pertenecen; la conducta de ellos será aplaudida o condenada haciendo referencia a las reglas que deben regir el comportamiento de los chicos o de las chicas. Los niños han de ser valientes, se les dice. O bien, las niñas tienen que ser habilidosas. A los pequeños se les anima desde la más tierna edad a imitar a los adultos de su mismo sexo. Por eso, las niñas imitan a sus madres o a sus hermanas mayores en todo lo referente a las tareas caseras, y es normal verlas con unas escobitas seguir a aquéllas por todas las habitaciones, intentando una labor que aún no pueden realizar con sus pocos años.

Los niños, desde muy jóvenes, son útiles a los padres; es frecuente verles con cuatro años llevando a pastar a un cerdito sujeto con una cuerda. Y si tienen nueve años, se van con el zurriago y las alforjas a pasar el día en el monte, acompañando al ganado. Si juegan en las calles es siempre con niños de su mismo sexo. Cuando acuden a la escuela lo hacen a un colegio de niños o de niñas, en los que hay un maestro o una maestra, respectivamente. La educación, las conversaciones y las normas de conducta varían según los sexos; la única ocupación común es el cuidado del ganado.

La misión de la mujer se centra en torno al hogar. Todas las labores domésticas, el cuidado de los niños y de la ropa corresponde a ellas. De los animales, se encargan solamente de las gallinas y de los conejos, salvo que, por tratarse de una familia pobre, tengan también que llevar el ganado a pastar. La matanza constituye un claro ejemplo de la distinción entre las tareas masculinas y femeninas; conserva el rango de un verdadero acontecimiento familiar. A veces se suele requerir el auxilio de un especialista, que puede ser algún yerno o algún tío. Para realizarla, se prepara todo lo necesario en el patio; se enciende una hoguera para calentar agua, se lleva cerca de ella al cerdo y se le coloca sobre una mesa, bien atezado, y entonces el matarife le clava un puñal en la garganta. La sangre se recoge en una vasija, y es privilegio de la dueña de la casa agitar y remover el líquido. En cuanto muere el animal, los hombres limpian la piel con raspadores, mientras que las mujeres les ayudan a acercar el agua. Después se desuella al cerdo y se le descuartiza, colgándolo de las patas. La misión de los varones termina cuando entran dentro de la casa los trozos del animal. Ya en la cocina, son las mujeres las que preparan solas las salchichas y embutidos.

El hombre ejecuta todavía otra labor: el preparado de los jamones. No está bien especificado,

sin embargo, si este trabajo ha de ser realizado por los varones o no; pero, de cualquier forma, es supervisado por el matarife. Los jamones son las piezas de más valor, y se suelen vender, no sin reservarse alguno para el consumo de la casa. El dinero obtenido por ellos se utiliza para comprar un cochinito. La división del trabajo en la matanza no está prevista en ninguna ley, mas no hay ninguna familia que intente ir en contra de la costumbre.

La diferenciación de sexos impera también cuando llega el momento de distraerse. La mujer no va al café y permanece en casa; no fuma tampoco. Para ella el Club está en las tiendas, en la fuente y, sobre todo, en el lavadero. En las ceremonias religiosas se cuida asimismo la separación de sexos. En las procesiones, hombres y mujeres van por separado; dentro de la iglesia ocupan los puestos destinados a unos y a otras.

Hay que hacer notar el gran espíritu de solidaridad que existe entre personas del mismo sexo frente a las del contrario, lo que puede observarse en seguida que se encuentran dos mujeres y empiezan a hablar de sus respectivos maridos. Y viceversa, cuando éstos se reúnen y empiezan a comentar humorísticamente rasgos de sus esposas. La actitud de la gente soltera en el paseo de por las tardes es otra prueba de la solidaridad que hay entre unos frente a otras. Grupos de cinco o seis chicas pasean juntas cogidas del brazo. Los mozos las miran al cruzarse con ellas y caminan en grupos detrás de las chicas. Alguna vez algún mozo es cogido del brazo por una de las jóvenes que pasea en el extremo de la línea que forman las cinco o seis amigas; pero se trata de un hermano. Generalmente, las parejas de novios pasean por la carretera, a la entrada del pueblo.

LOS CABALLEROS, VALIENTES. Y LAS MUJERES, HERMOSAS

Damos ahora algunas de las cualidades ideales del hombre y de la mujer, tal y como son apreciadas por los alcalañeos. Todas ellas pueden resumirse en el siguiente dicho: los caballeros han de ser valientes, y las mujeres, hermosas. Valor y fuerza son muy apreciadas en el varón, y belleza y dulzura, en la hembra. La quintaesencia de los atributos masculinos es voluntad y decisión para defender su honor y el de su familia. También

INGLES BASICO

DOS OPINIONES

"...El **INGLES BASICO** es un plan muy cuidadosamente forjado para lograr un idioma internacional capaz de muy amplias transacciones de asuntos prácticos y de intercambio de ideas."

(Winston Churchill, Universidad de Harvard, U. S. A., 6-II-1943.)

"Aunque el esperanto muestre interesantes argumentos es ya más problemático que pueda mostrar conversos. En los últimos años el interés ha sido absorbido por el **INGLES BASICO**, ese ingenioso esquema que permite a los extranjeros expresarse con un vocabulario total de 850 palabras inglesas."

("The New York Times", 5 julio 1935.)

Usted aprenderá el **INGLES BASICO** en muy corto espacio de tiempo con sólo media hora de estudio.

CURSO BREVE POR CORRESPONDENCIA
ALADINO INSTITUTE
Apartado 12011 - MADRID

Solicite informes sin compromiso

soberbia, orgullo y amor propio para hacer valer sus derechos.

El tener éxito con las mujeres es de lo que más halaga la propia estimación del andaluz. El aprecio de la belleza femenina es también una cualidad muy valorada por los hombres, que se exterioriza con el piropo. Esta palabra significa cumplido, que hacen los varones a las mujeres que causan una satisfacción por su sola presencia. Es un tributo rendido desinteresadamente y sin más motivo que exteriorizar el agradecimiento. El piropo puede decirse a una desconocida, y ésta no está obligada a contestarlo.

En Alcalá de la Sierra es costumbre que las mozas se comprometan con un hombre a la edad de quince a dieciocho años. Y entonces la pareja son novios. Novios son el muchacho y la muchacha que más tarde serán marido y mujer. El noviazgo es el preludio de la fundación de una familia. Es, generalmente, largo entre los alcala- reños, y dura siempre varios años, según la edad y las condiciones económicas de la pareja. Comienza oficialmente cuando los jóvenes abandonan a sus amigos y amigas para pasear juntos; es éste el periodo en el que las relaciones aún no se han formalizado. Entonces se dice que Fulanito «habla» con Menganita. Lo más serio comienza cuando él pide la mano de la novia.

La justificación del noviazgo es conocerse mutuamente. La facilidad con que se inicia contrasta con el cuidado y la meditación del hombre antes de decidirse a casarse. El noviazgo exige una técnica complicada y hábil, que se resume en la palabra «camelar». Se asegura que la clave del éxito con las mujeres depende del arte para «camelar». Cada cual sabe que el mismo no es necesariamente la persona, más maravillosa del mundo; pero a través de los camelos uno puede llegar a sentir que el otro se lo cree. El cariño que nace de este mutuo sentimiento son los cimientos sobre los cuales se edificará la familia.

La corte se hace tradicionalmente a través de la reja, aunque esta costumbre se esté perdiendo. Lo habitual es que los novios se vayan de paseo solos por las afueras de la ciudad. El irse demasiado lejos o regresar mucho después de anoche- cer excita las sospechas de las gentes. Cuando la novia no sale de su casa, él entonces va a verla allí, y la entrevista se desarrolla en el portal. Si el padre de ella aparece, hace como que no ve al novio. Antiguamente se consideraba una afrenta el cortejar a la hija delante del padre; el novio tenía que salir corriendo y perderse de vista hasta que surgiera otra ocasión de encontrarse con ella. Hoy el novio, al ver al futuro suegro, se limita a separarse con presteza de la novia, soltarle la mano y a hacerse el indiferente; pero todo ello sin irse de su lado.

Cuando la pareja lo tiene todo arreglado para casarse, el novio pide la mano. La ceremonia tiene su protocolo. La madre de él habla con la madre de ella. El padre de la novia niega en un principio la mano de su hija, pero luego hace como que accede a las súplicas de su esposa y consiente la boda.

A partir de la petición, el noviazgo entra en su fase final, y aunque teóricamente es repudiable, es muy difícil en la práctica que el novio «se escape». Si esto llega a ocurrir, los perjuicios son para la novia, ya que después de unas relaciones largas es raro que encuentre otro pretendiente. Sin embargo, si ella es guapa y tiene posibilidad de heredar un capital fuerte, entonces existen bastantes seguridades de que encuentre otro novio. La muchacha que tiene novio y siente que éste la menosprecia por otra mujer, acude a visitar a la sabia o bruja para recibir consejo. La sabia tiene poder para descubrir las causas del desvío del pretendiente y emplea magia amorosa para lograr la constancia del varón.

LA CENCERRADA Y EL VITO

Si uno de los contrayentes es viudo, la ceremonia de la boda va precedida de la cencerrada. En la noche de bodas, los mozos del pueblo ballan en la calle, frente a los balcones de la habitación donde se encuentran los recién casados, con campanillas o cencerros sujetos a la cintura y arrastran por los suelos botes atados a unas cuerdas. Se arma tal ruido, que puede asegurarse que la pareja no puede dormir en toda la noche. Esta costumbre va siendo desterrada por las autoridades, y la Guardia Civil se encarga de evitarla. El Código Penal la sanciona como atentado contra el orden público.

Otra costumbre típica es el baile de vito, que

tiene lugar cuando un casado abandona su familia y su hogar para irse a vivir con otra mujer. Parte esencial de tal baile son las canciones con que se acompaña, que hacen referencia al adúltero. El vito más famoso de Alcalá fué el del año 1930. Un individuo llamado Jacinto «el Conde» dejó su casa para vivir en un molino viejo con una tal Mariquilla, hija soltera de un labrador del valle. Doscientos hombres del pueblo empezaron a ir todas las noches a las inmediaciones del molino. Jacinto pidió ayuda a la Guardia Civil y ésta detuvo a bastantes alborotadores. Pero a la noche siguiente, otros individuos cubrieron los puestos de los detenidos. La Benemérita tuvo que confiscar una gran campana que los mozos habían llevado hasta las inmediaciones del molino para hacerla sonar durante las noches. En vista de la conducta de todos los alcala- reños, la Guardia Civil dejó de proteger a Jacinto, y el vito se hizo más ruidoso cada vez. Jacinto y Mariquilla no tuvieron más remedio que marcharse del molino e irse a vivir lejos de Alcalá, en el valle. Pero una vez allí, tuvieron que habérselas con los mozos de Guadalme. Se dice que el vito se prolongó durante tres meses, hasta que Jacinto murió. En el vito no se da la violencia; si la víctima, enfurecida, sale de la casa, los mozos se alejan corriendo, sin dejar de hacer ruido con los cencerros. Cuando comprenden que ya se ha cansado de vigilar en la oscuridad, vuelven a acercarse, y el vito comienza de nuevo. La víctima no es nunca agraviada, sino humillada.

Personajes característicos de Alcalá son las sabias. En ese pueblo hay dos: Juana de la Pileta y Redención. Juana es una mujer de unos cincuenta y cinco años, que está ciega desde la niñez. Redención tiene unos diez años más. Las dos están casadas y tienen hijos. Las sabias gozan de poderes sobrenaturales, que derivan de la posesión de «gracia». La «gracia» es un privilegio, un don que no tiene justificación real. La sabia ha de tener «gracia» en las manos para curar lo que toquen. Los signos de ese don suelen ser: tener mellizos, haber nacido en viernes Santo, llevar el nombre de María, tener dos líneas transversales, que se entrecruzan, en la palma de la mano. Sin embargo, el mero hecho de reunir algunos de esos requisitos no significa que la persona tiene «gracia». Además, este don requiere conocimientos especiales y dominar toda una ciencia. Los poderes de la sabia pueden servir para descubrir objetos perdidos o encontrar ganado extraviado; para conocer los nombres de las personas que han hurtado algo; para saber si algún ausente disfruta de buena salud. Desde luego, tienen también poder para que una persona se enamore de otra o para recobrar el amor perdido, y aptitudes para curar enfermedades. Esta lista no es completa; Juana, por ejemplo, puede recomendar el número de la Lotería que saldrá premiado. Las sabias no prescinden de la religión; los poderes que ellas pretenden invocar suelen ser los de los santos, y rechazan toda influencia «que no venga de Dios». Si es el demonio quien les da el poder, son entonces brujas.

Las prácticas de las sabias están condenadas por la Iglesia, y la autoridad civil también las persigue. Hay otros individuos, de uno y otro sexo, que se llaman curanderos. Estos no poseen «gracia», y se limitan a poner en práctica una serie de sistemas para sanar a los enfermos, tanto sean seres racionales como irracionales. La especialidad de los curanderos es quitar los dolores y hacer desaparecer los tumores. La juventud de nuestros días no cree apenas en sabias, brujas ni curanderos. Entre las personas de edad tienen aun cierto ascendiente; las viejas son menos escépticas que los viejos.

El patriotismo de los alcala- reños es grande. Aunque se trate de modestos labradores, piensan siempre como andaluces y como españoles. Sus sentimientos patrióticos son emocionales sobre todo. Son muy sensibles a las opiniones de los extranjeros sobre España. Su patriotismo se revela en cuanto oyen a algún paisano cualquier crítica de las cosas o de las costumbres de la Patria, y le reprenden llamándole antiespañol.

En nuestros días, la enseñanza pública, la radio, el cine, la facilidad de las comunicaciones y el servicio militar dejan sentir su influencia y llevan a la sociedad de Alcalá la cultura moderna. Todo ello no es obstáculo para que sobrevivan los valores específicos del pueblo andaluz, gracias a los cuales Andalucía conserva los rasgos fundamentales de su temperamento y de su carácter.

CANARIAS

LA GUERRA DE LOS INSECTOS HUMO, RUIDO, FUEGO Y VENENO CONTRA LA PLAGA



UN ARCHIPIELAGO INVADIDO POR LA LANGOSTA

HAY sobre la mesa del ingeniero de la Jefatura Agronómica un cenicero: como en todas las mesas de despacho. Hay sobre este cenicero una langosta muerta. He aquí la noticia. Porque este ejemplar de «Schistocerca peregrina» murió envenenado. A la hora del desayuno se encontró airecho con arsenito; comió, y aquí, sobre el cenicero, está de cuerpo presente, permitiéndonos, en su inmovilidad, una detenida contemplación.

De la cabeza al borde posterior de las alas mide cerca de ocho centímetros. No le falta belleza. Sus ojos son pardos y están surcados con varias líneas verticales más oscuras; sus antenas, cortas, lamentosas; su tórax aparece rayado con surcos moteados de color pardo oscuro, y sus alas rectas —élites— están cortadas en sentido transversal por anchas líneas. Y basta con estos simples datos para que el lector conozca la calidad de los visitantes que han invadido las islas Canarias, provocando la alarma entre los agricultores, primero; la desolación en muchos campos, después.

LA INVASION EN TENERIFE

En la mañana del día 15, una nube de insólito aspecto cubría en parte el cielo sobre la capital de la provincia, de Santa Cruz de Tenerife. Nutridas formaciones de insectos voladores de amarillento color habían llegado por el mar. Algunos, cansados del largo viaje, cayeron a tierra y fueron recogidos por madrugadores y curiosos vecinos, que inmediatamente hicieron correr la noticia: una plaga de langosta amenazaba la

isla. Tenerife recuerda aún las desgraciadas consecuencias de aquella otra plaga que en noviembre de 1932 asolara sus campos. Por ello, la alarma es más que justificada ante la nueva invasión, que continúa en oleadas sucesivas. En la mañana del mismo día 15 comunicaron de algunos pueblos del interior que el funesto visitante había llegado a aquellos términos municipales en alarmante cantidad. Y los agricultores solicitaban del Gobierno Civil y Jefatura Agronómica instrucciones y medios para defender sus cosechas.

La plaga se concentró, en un principio, sobre el sur de la isla, principalmente en las zonas costeras de Granadilla, San Miguel, Arona, Adeje, Arico, Güfimar, Arafo y Candelaria. Del Norte, sólo en Buenavista había sido observada su presencia. La consternación en las zonas costeras afectadas era muy grande, porque los insectos llegaron dispuestos a confirmar su fama de voraces. A las pocas horas de invadir la isla ya habían causado daños considerables, aunque no tan elevados como el natural temor de los agricultores calculara. Arafo es el pueblo más castigado. Tanto, que ni en aquella terrible plaga de 1932 sufrió pérdidas tan cuantiosas. A las ocho de la mañana, nubes de langostas habían descendido sobre las plantaciones de tomates y hortalizas, arrasándolas totalmente. Se advierte que la voracidad de estos insectos no está reñida con la selección de los alimentos. Escogen primero las plantaciones más recientes de tomates y los pequeños viveros,

consumiéndolos; de las plantas tomateras adultas, se contentan con los tallos más tiernos; demuestran especial predilección por la patata y es precisamente en los patatales donde han causado mayores destrozos, hasta el extremo de que en la mayoría de los pueblos dan por totalmente perdida una cosecha que no se había presentado ni mediana. No atacó en los primeros días las plataneras, aunque se temía—y así ha resultado después—que no las despreciaría, si no la destrufan a tiempo.

A los labradores de Arafo les faltaron instrucciones y medios para combatir la plaga a tiempo. Los propietarios de los terrenos amenazados trabajaron incansablemente para impedir que los insectos se posaran sobre los cultivos: encendieron hogueras en las que se quemaban salvado rociado de petróleo, trapos y neumáticos; armaron ese ruido—molestísimo hasta para las langostas—del choque de sartenes contra cacerolas e intentaron espantarlas sacudiendo mantas. Pero las langostas se posaron sobre los campos en cantidades extraordinarias. A mediodía, el ganado de labor que regresaba de las faenas agrícolas caminaba con dificultad por las carreteras, materialmente cubiertas de langostas, que, al levantar el vuelo, chocaban contra los parabrisas de los automóviles, obligando a los conductores a parar. Unos camiones que fueron enviados con un cargamento de petróleo para combatir la plaga hubieron de permanecer parados durante más de diez minutos porque los insectos no les dejaban ca-

minar. Y los turismos tuvieron que pasar con las ventanas cerradas para evitar que las langostas entraran en verdaderas oleadas.

Y ASI EMPEZO LA LUCHA

A los viejos medios de combate contra la langosta han sido añadidos otros mucho más modernos y eficaces. Sin embargo, pese a todos los esfuerzos, a los pocos días de la invasión se calculaba que sólo un 30 por 100 de los invasores podían ser considerados como bajas. Y es que ha quedado demostrado que la mejor manera de combatir la invasión es impedir que la invasión se produzca. Esta vez no pudo conseguirse, acaso porque, si no imprevisista, sí ha sido mucho más grave de lo que se anunciaba. Acaso también porque las langostas llegaron a su manera—sobre las olas—y no en los barcos que en ese día arribaron a nuestros puertos. Después de la invasión del primer día, ya afeccionados y avisados con tiempo, los agricultores y pescadores de la zona costera de Los Cristianos pusieron en práctica una vieja arma de combate: abrieron zanjas en la playa y sobre ellas las olas depositaron enormes cantidades de langostas, que luego fueron rociadas con gasolina y quemadas. Pero la invasión ha continuado en oleadas discontinuas, aunque de la nube mayor sólo llegara una pequeña parte. Buques de nuestra Marina de guerra—el «Proción» y el «Vasco Núñez de Balboa»—han mantenido una vigilancia continua sobre las costas, ayudados por los barcos pesqueros. También los aviones de las líneas regulares con Canarias han prestado desinteresadamente esta labor de vigilancia. Pero, no obstante estas valiosas ayudas, no pudo ser detenida la primera oleada de langostas. Ha sido un azote mucho más doloroso de lo que en un principio se estimó, y es ya común opinión que serán sus consecuencias más desastrosas que las de aquella otra plaga de 1932.

El agricultor isleño no es, sin embargo, hombre que se amilana fácilmente. En esta ocasión ha sabido, una vez más, mantener sin desmayos ni desesperación una lucha dura y constante contra el invasor. Puede decirse que en la batalla contra la langosta han intervenido los vecindarios de todos los pueblos, alguno con mejor intención que fortuna. El valle de Igueste de Candelaria ha visto arder su bosque a consecuencia de las hogueras encendidas para ahuyentar la plaga. Descientos hombres lucharon contra este incendio, que consumió cerca de 7.500 pinos jóvenes. Y siguieron encendiéndose hogueras, porque el humo y el cebo envenenado eran los más mortales enemigos de la langosta. La Jefatura Agronómica, cuyos técnicos han trabajado sin descanso día y noche, intentó desde un principio llevar a los agricultores: el convencimiento de que únicamente con ese par de medios podrían lograr resultados satisfactorios. Fue requisado todo el salvado disponible en la C. A. F. E. S. A. y enviado a los pueblos con las necesarias cantidades de insecticidas arsenicales o de tipo lindane y D. D. T. Al mismo tiempo, se instruyó a los labradores sobre las costumbres de la langosta, cos-

tumbres que no ofrecen facilidad para su exterminio. Teniendo en cuenta que la plaga lleva siempre la dirección del viento dominante, puede preverse dónde ha de pernóctar y sembrar las cercanías de cebo envenenado; es tan voraz la langosta, que consume lo que encuentra, y al parecer el salvado—aunque contenga arsenito—le gusta sobre todo lo demás. Pero suele buscar lugares de difícil acceso donde pasar la noche. Y aquí radicaba una gran dificultad para la lucha. Otra dificultad es que el tiempo ha favorecido constantemente a los invasores, cuya vida se estima ya corta.

LANZALLAMAS Y AVIACION

De los pueblos han pedido con gran insistencia al Gobierno Civil y Jefatura Agronómica lanzallamas; concedían una eficacia extraordinaria, un poder de aniquilamiento total a los lanzallamas que, por disposición del excelentísimo señor Capitán General, fueron puestos desde el primer momento en línea de combate contra la plaga. Pero sólo en contadas ocasiones han podido ser empleados con buen éxito. Había que buscar, en primer lugar, masas de langostas que no estuvieran posadas sobre árboles o plantaciones, y aun así, eran pocas las bajas que en la plaga podían obtenerse. Al remover una masa de langostas calcinada por la llama, hemos visto surgir algunas vivas.

En cambio, está ya asegurada la eficacia de la aviación contra la plaga. Se han visto ya en la zona Tacoronte-El Sauzal los efectos de las certeras incursiones de las avionetas enviadas por el Ministerio de Agricultura. Son dos preciosos modelos, que manobran con rara facilidad, aunque es natural que no puedan combatir la langosta en todos los terrenos de la isla, de tan difícil topografía.

Durante algunos días, en la capital de la isla se observó el curioso espectáculo de nubes de langostas que, aproximadamente a las cuatro de la tarde llegaban del interior. Volaban a escasa altura y terminaron por no despertar curiosidad en las gentes. Hemos visitado los pueblos afectados por la plaga—la mayoría de los de la isla—y en sus campos aparecen claros los terribles efectos del voraz insecto.

Para terminar, volvemos sobre el cenicero—capilla ardiente de una langosta muerta—de la Jefatura Agronómica de Santa Cruz de Tenerife. Hemos formulado unas preguntas solicitando impresiones de última hora. Y esto nos contestan:

—¿Fue imprevisista la plaga?

—preguntamos.

—Sí; no la esperábamos.

—¿Cómo llegaron esas nubes de langostas?

—Muriendo unas para salvar a las otras. Por el mar. El fuerte calor reinante en la costa de Africa las obligó a venir sobre las olas.

—Díganos algo sobre la utilidad y número de lanzallamas empleados.

—Son muy necesarios y dan buenos resultados. Hemos empleado más de diez mil y han sido utilizados en todos los pueblos.

—¿Cantidad de salvado y veneno consumidos?

—El salvado o afrecho ha pasado de los 100.000 kilos. Se han agotado todas las existencias en plaza. Se han gastado más de 80.000 kilos de venenos.

—¿Cómo actúan los aviones?

—Muy bajos. El viento inutiliza su servicio, así como la topografía de la isla. En algunos lugares, La Esperanza, por ejemplo, por estar la langosta en las plantaciones y no poder ser dividida por los pilotos, se encendieron hogueras para trazarles la zona afectada.

—¿Cuáles son las zonas más castigadas?

—Igueste de San Andrés, Candelaria, valle de Santiago del Teide y San Sebastián de la Gomera.

—De no cambiar la temperatura y los vientos, ¿cuánto puede aun durar la plaga?

—Hasta que vengan las lluvias. Supone la ayuda del Ministerio de Agricultura unos cuatro millones de pesetas. Hemos de hacer constar nuestro agradecimiento al señor Cavestany, que con tanto interés ha seguido las vicisitudes de la plaga y con tanta premura ha enviado los más modernos procedimientos de extinción. El pueblo canario quiere que su agradecimiento conste, porque es pueblo que tiene la virtud de agradecer.

Al despedirnos, es la hora de visita de la langosta a Santa Cruz de Tenerife.

—¿También éstas huyen de la quema?

—La mayor parte de ellas lloran en sí los mortales efectos del insecticida y les queda muy poco tiempo de vida.

En el cuartel de Artillería sueñan tambores y cornetas. Hay hogueras encendidas. La langosta ha invadido el barrio del Toscal, donde el cuartel está enclavado, y los artilleros se suman a los vecinos en una batalla en la que intervienen las campanas de los templos.

LA PRIMERA ALARMA EN GRAN CANARIA

Fue un viento sur fuerte y sahárico el que depositó sobre las dunas solitarias de Maspalomas el primer banco de langosta, avanzadilla adelantada de las sucesivas oleadas que habrían de llegar después. Unos vecinos madrugadores dieron la primera noticia en la Comisaría de vigilancia a las cuatro y media de la mañana del viernes 15 de octubre. Habían visto posadas sobre el arco de playa de Maspalomas a El Carrizal una pavorosa concentración del devastador insecto, cuando se dirigían a Las Palmas.

Sin embargo, el invasor insecto había llegado, silenciosamente, bastantes horas antes, sin que nadie lo advirtiera. El aterrizaje en masa se había efectuado al atardecer del jueves, tras una jornada de increíble vuelo desde las costas africanas de El Aïun y cabo Mogador. El camino clásico de invasión de la langosta es sobre el líquido elemento mismo, y no por el aire como ahora. Masas enormes de estos insectos forman unas bolas que el oleaje conduce de una costa a otra. Los indivi-

duos que forman la capa exterior de la bola han de sacrificarse para que el resto llegue incólume a la playa de desembarco. Cuando lo hacen así, desde tierra se pueden apreciar indicios de la invasión, que permiten a los campesinos prevenirse contra el ataque. Así sucedió en 1932. Pero esta vez no pasó lo mismo.

COMO UNA LLUVIA MALDITA

A medida que avanzaba la mañana del viernes se dibujaba con dramáticos trazos la situación. Según avanzábamos por la carretera del Sur, apreciábamos la magnitud de la invasión. Los barrancos de Tirajana y Maspalomas aparecían materialmente cubiertos de insectos. Plantaciones enteras de tomates y plátanos habían sido arrasadas por los feroces ortópteros y sobre el cielo flotaban sombríamente nuevas bandadas, dispuestas a precipitarse sobre los sembrados como una lluvia maldita. El terreno adquiría tonalidades rosáceas cálidas, que vibraban en la mañana luminosa del Sur. Un bello espectáculo estético encubriendo con cruel ironía la tragedia. Porque a cada nuevo sector visitado correspondía una mala noticia. La invasión se convertía en plaga. Por todas partes, como en un final apocalíptico, como en una pesadilla interminable, la langosta caía sobre las tierras ininterrumpidamente. Los terrenos de Gando, los pagos de Telde, los poblados de pescadores de Salinetas, Arinaga, La Mareta y Melenara eran ocupados con la rapidez de un ejército moderno.

EL ETERNO CAMPESINO

Con la tenacidad y el brío que pone el campesino en la lucha por la vida, los hombres y mujeres del campo canario, esos sufridos cultivadores de una de las glebas más duras del mundo, se aprestaron a la defensa con los medios rudimentarios de que ya habla la Biblia. La contraofensiva del ruido elevaba en la mañana subtropical una monótona cantata de metales percutidos, de almireces, latas, platillos y toda clase de objetos susceptibles de sonar, manipulados por hombres, niños y mujeres, desparramados por las fincas en improvisadas guerrillas. Pronto se encendían aquí y allá grandes hogueras de gasoil, hojas secas y cubiertas de automóvil, cuyo apestoso humo ahuyentaba los terribles insectos. Pero con ello no se adelantaba gran cosa; no se hacía más que diferir la amenaza y hacer que se corriera por toda la isla progresivamente. En Telde nos dicen que ya se tiene noticia de que el invasor ha hecho presencia en el Norte. En menos de una mañana, favorecida por los vientos del Sur, la plaga se había extendido sobre el área entera de la isla. Ha aprovechado incluso los barcos para tomar tierra en el mismo puerto de La Luz, en el extremo opuesto al punto inicial de su llegada. El navío inglés «Elhani» y el español «Neptuno», que habían navegado por las proximidades del desierto sahárigo, llegaron abarrotados de langostas, con el puente, cubiertas y mástiles cuajados completamente.

LAS LAGRIMAS DEL VIEJO

—¿Ve usted?—nos dice un cam-



Hogueras de gas-oil y goma han sido el primer medio empleado para combatir la plaga

pesino que se esfuerza en vano por reprimir las lágrimas—... tanto trabajo, tanta brega, y ahora...

Se refería a los maizales de Maspalomas, cuyas tiernas hojas habían sido fácil pasto de la voracidad de los ortópteros.

—El cielo estaba «encarnao» desde la mañana—tercia una anciana, como para distraernos del dolor del hombre—. Es terrible. Por unas cuantas que se matan aparecen millones.

Cruza un avión y su ronco rumor levanta a la langosta que devora un retazo de sembrado. Es un despegue mecánico: un resorte que se dispara de repente.

A la vuelta, al pasar ante Juan Grande, nos damos de lleno con un grueso del alado ejército. Desde aquí continúa hacia el Norte, hasta El Carrizal. Abarca unos doce kilómetros de profundidad por cuatro o cinco de ancho.

En un alto, gentes del campo nos dicen:

—En el barranco de Agüimes no se veía el sol, ocultado por la langosta, y los postes de teléfonos parecían rojos.

La movilización de los campesinos es admirable. Según caminamos por estas zonas meridionales de la isla podemos apreciar el esfuerzo denodado de sus gentes para alejar las temibles masas de insectos. Debido a ello, la plaga no puede cebarse a sus anchas en las plantaciones, tan abundantes, y los daños son menores de los que a primera impresión se temían. Acosadas, las langostas vuelan de un sitio para otro en busca de nuevas zonas verdes sobre las que descolgarse. Vamos hacia el Norte a toda prisa, impacientes por conocer la situación en las amplias plataneras cercanas a la costa.

EN LO ALTO, LA AMENAZA

Cae el sol a plomo sobre el blanco caserío de Arucas, dominado por la mole sombría de su «catedral» gótica, extrañamente nórdica en estas latitudes. Masas de platanales ponen sus verdes pinceladas, que dulcifican la sequedad del paisaje. La langosta vuela alta, como una polvareda en apariencia inofensiva. No se atreve a posarse, alarmada por los ruidos del vecindario en acción y las hogueras diligentemente encendidas, donde se quema gasoil, neumáticos y hojas secas

a todo pasto. Los cultivadores, conscientes de lo que les va en ello, han organizado prestamente la defensa.

Continuamos hacia Guía, Gáldar, Agaete y Moya, lugares donde el invasor vuela alto, en espesas bandadas, alejado también por la actividad de los campesinos. Viene del Sur unánimemente, pero se ha dividido en varias columnas de ataque.

En Moya nos dicen que se reciben noticias de Aldea de San Nicolás verdaderamente alarmantes. Partimos. La carretera es buena y el paisaje, colgados sobre el mar, entre riscos y farallones, tiene un aspecto imponente. Estamos circunvalando la isla, casi sin darnos cuenta. Este es el lado Oeste; enfrente está Tenerife, borrosamente perfilada sobre el horizonte marino.

Ya antes de llegar a la Aldea percibimos enormes masas volantes de langostas, y a medida que nos acercamos, por los platanales que festonean el camino, los labradores alimentan hogueras y promueven ruidos. Sobre un barranco próximo al pueblo, los ortópteros malditos nos deparan un espectáculo espeluznante. Son cientos de miles, posados sobre las tuneras, formando una pelazón repugnante. Es curioso: el insecto, individualmente considerado, tiene una belleza «picassiana» y no hay técnico de colorantes capaz de obtener la tonalidad rosa de sus tegumentos; pero, visto en masa, produce una sensación de repelencia inevitable. Que los psicólogos no lo expliquen.

Se acerca la noche y con ella la hora del peligro real. La langosta espera la oscuridad para descansar y comer tranquilamente. Durante el día, agotada por la fatiga del largo viaje y acosada por el hombre, es más bien una amenaza que otra cosa. La noche, por la misma razón, es también el mejor tiempo para combatirla y procurar su destrucción. Debido a ese mortal cansancio, las plataneras de la Aldea se han salvado, lo mismo que otras del Norte. El insecto no tiene fuerza para hacer mella en las lustrosas y fibrosas hojas, sobre las que resbalan y caen al suelo. Pero la noche es larga. ¿Qué ocurrirá durante ella?

LA ISLA SE MOVILIZA

A la mañana siguiente, un periódico local («La Provincia») publicaba esta nota: «Toda Gran Canaria mantiene su espíritu tenso en espera de que la plaga sea prontamente vencida, pues sería una catástrofe que lograrse prosperar en esta época del año, precisamente en la que los tomateros esperan ser cuidados con mayor mimo, cuando se tenía la esperanza de lograr un rescaramiento de las anteriores campañas desafortunadas.

»Esta plaga de langosta ha venido a confirmar con los hechos los terribles inconvenientes a que está sometido el cultivo de tomates y la necesidad de la protección que para él se pedía en las últimas reuniones sindicales, cuyas peticiones se elevaron a las autoridades competentes.

»El empeño puesto por todos en esta lucha es digno de que sea premiado por el triunfo, ya que demuestra cómo el agricultor canario no se arredra por nada y se crece ante las dificultades.

»Creemos que nuestro tesón tendrá un premio y que, con la protección de la Divina Providencia, saldremos adelante.»

El Gobernador Civil, señor Guillén Moreno, con la colaboración de la Jefatura Agronómica, organizó rápidamente el plan de defensa, disponiendo siete zonas de acción, con sus puestos de mando, con un ingeniero al frente y movilizándolo a las Hermandades de Labradores, puestos de la Guardia Civil y demás agentes a sus órdenes.

Todo el mundo se moviliza. Radio Atlántico, emisora local, pone a disposición de la lucha equipos móviles que mantienen constante

comunicación desde las zonas afectadas con el Mando central, establecido en el Gobierno Civil. La Jefatura de Industria aporta vehículos. Las autoridades militares, la Marina de guerra, la Aviación, se unen al esfuerzo colectivo y ponen medios a disposición de la campaña. Salen aviones de reconocimiento y el cañonero «Pegaso» patrulla por las aguas del Sur para dar información sobre posibles bandadas nuevas.

Ya no es sólo el garrote del campesino que hemos visto el viernes abatir frenéticamente los endiablados saltamontes, en un esfuerzo trágicamente impotente para contener el azote.

La Jefatura Agronómica publica el siguiente aviso:

«Ante la posibilidad de que continúe la arribada de nuevas bandadas de langostas a las costas de la Isla de Gran Canaria, se hace preciso mantener la más estrecha vigilancia en playas y demás puntos del litoral.»

SOBRE LA CIUDAD

Mientras tanto, la plaga se extiende con diabólica insistencia. La zona central de la isla recibe también la visita indeseable. En grandes oleadas se cierne sobre la vega alta de San Mateo, con sus huertos y frutales abundantes. Cubren con su vuelo Las Lagunas y, más abajo, Portada Verde y Santa Brígida. Por encima de Pico Viento, Barranco Seco y Lomo Apolinario, ya en la periferia de Las Palmas, se ven densas nubes que avanzan hacia la ciudad, ahuyentadas por los labriegos de sus alrededores.

A las seis de la tarde, treinta y seis horas después de su llegada, flotan sobre la ciudad, espectáculo que suscita la curiosa contemplación de todo el mundo, desde azoteas y balcones. Son como chispas de oro que brillan sobre el cobalto límpido del cielo.

TRABAJO NOCTURNO

La noche nos lleva a la zona de Gáldar para poder ver directamente los trabajos de extinción de la plaga. Aquí está localizada y establecida. Nos unimos a un grupo de soldados al mando de un sargento. El cielo está oscuro. La luna se halla en menguante y reinan las sombras. Nos lanzamos a través de las dunas, hacia unas rastrojeras, silenciosa mente, para no avisar al enemigo y cogerle de sorpresa. Se oye el rumor de sus élitros y de

sus duras mandíbulas. Deben de ser muchas las langostas, un buen banco. Los lanzallamas se despliegan a lo ancho del terreno para acercar el área máxima y barrerlo con su chorreo de fuego. Se espera la señal del sargento. ¡Ahora! Una cortina flameante ilumina la noche con su resplandor rojizo. Se extiende progresivamente y coge bajo sus pliegues mortíferos miles de insectos que caen abrasados. Apenas han tenido tiempo de iniciar el vuelo. Se da más presión a los aparatos y el área infernal alcanza su máxima amplitud. Se levanta un hedor insoportable. Hay que ponerse a favor del viento. Y avanzar. Y así toda la noche. El esfuerzo merece la pena.

También se usan insecticidas espolvoreados y cebos venenosos. Así se ha hecho en otros sectores, en el Barranco de Tejeda y Teror.

AL TERCER DIA

Un cambio de viento produjo el gran alivio. Ahora sopla —a los tres días de lucha— del Norte. Por de pronto ha impedido la llegada de nuevos bancos de langosta desde la costa africana, donde, según las noticias, la cantidad de insectos es fabulosa y terrorífica.

Este mismo viento los arroja hacia el sur de la isla, donde el terreno y el clima le son más propicios. Sin embargo, quedan desparramadas en diversos sectores algunas concentraciones, refugiadas de preferencia en las copas de árboles frondosos, donde resulta muy difícil combatirlos.

Llegan noticias reconfortantes de que el puente aéreo ha sido cortado, lo que significa que la invasión ha cesado. El cañonero «Pegaso» radia la buena nueva. No divisa nuevos bancos de insectos por ninguna parte. Los barcos que navegan por aquellas aguas tampoco han visto nada.

El punto álgido del peligro ha pasado. La amenaza disminuye. Con el material que llega de Madrid la lucha se hace mucho más eficaz y cómoda. Ahora sólo se trata de trabajar del modo más racional posible.

CAMINO DE AGAETE

Pero cuando ya se cree evitada la mayor peligrosidad de la plaga por afirmarse erróneamente que su agresividad estaba disminuida en extremo por la edad adulta de los insectos y la fatiga de la larga emigración, he aquí que, contra los cálculos prematuramente optimistas, la langosta se estaciona en la isla y tiende a fijarse en ella. Por otro lado, su voracidad parece despear, y es ahora cuando comienza a producir los mayores daños en plantaciones y sembrados.

Al mismo tiempo que los masticadores ortópteros afilan sus armas, la acción defensiva se consolida y mejora con los elementos técnicos llegados de Madrid. Avionetas fumigadoras, espolvoreadores y nuevos desinsectantes están entrando en lucha bajo la dirección de los técnicos del Ministerio de Agricultura y de la Jefatura Agronómica de la isla. Para verlos operar sobre el terreno salimos de madrugada.

SE HA PUESTO A LA VENTA:



ESTRATEGIA JURIDICA

revista trimestral de orientación al servicio de industriales, comerciantes y sus colaboradores

NUM. 1: LE AYUDARA A VENCER LA PIRATERIA INDUSTRIAL Y COMERCIAL

« El cuadro estratégico de los intereses personales y las armas más frecuentemente usadas contra el mismo. Estudio sobre los puntos fuertes y débiles de empresas y personas.

* Características generales del año y las medidas adoptables.

* Nuevas prevenciones en el control de empresas y bienes.

* El «abuso de hecho», el arma de «guerra fría» más sutil para conculcar la ley.

* Porque el libre comercio no es posible en el interior del «mundo libre».

* Comentario de referencia a las disposiciones del trimestre; consejo práctico en jurisprudencia interesante; libros y revistas; noticiario, etc.

Curso 1954-55, incluida una consulta: pesetas 200. — Suscribase en el

Instituto de Estrategia Jurídica

APART. CORREOS 5039 - BARCELONA

camino de Agaete, los ingenieros don Rafael Romero Rodríguez, don Francisco Martínez Robaina y quien esto escribe. Es largo el camino hasta Agaete, del término de Gáldar, una de las localidades más afectadas en estos momentos por la langosta.

Agaete es un pueblo pequeño —5.000 habitantes—, pobre, muy pobre, donde el agricultor ha tenido que luchar tenazmente con el suelo volcánico y seco. El agua es aquí un prodigio, una primera maravilla de la creación. Rodean al poblado unas lomas pedregosas, donde no hay más vegetación que las estoicas y ascéticas «tabaibas» y «cardones», plantas rastreras de la familia de las cactáceas, capaces de vivir en la luna. Desde lo alto de los cerros se ve el Atlántico azul y a lo lejos, Tenerife, con el Teide enhiesto.

UN VALLE APARTADO

Un poco el fin del mundo parece este valle volcánico de Agaete, con su verdor de plataneras, maíz y tomate penosamente logrado. Es un valle angosto que se cierra al fondo por un alto muro de montañas, cerca del cual se encuentran los últimos caseríos apretados. A medida que entramos en él, las langostas alcanzan su vuelo mañanero desde las alturas hacia el fondo del valle, como una nieve tupida de partículas doradas. Por la boca de un barranco —señalan los campesinos— está entrando una verdadera tromba de ortópteros africanos. Parecen, a lo lejos, un polvillo dorado a través de un rayo de sol.

El vuelo de la langosta es misterioso como un capricho, sin más ley conocida que la del viento. La langosta y la mujer son móviles «cual pluma al viento». Tan pronto descienden sobre el llano como vuelven a elevarse hacia las laderas. Los campesinos encienden hogueras de humo negro y lanzan al espacio el grito: ¡Aheah!, monorritmicamente.

LAS AVIONETAS Y LA EMISORA

Hacia las diez llegan las avionetas. No han podido despegar antes a causa del fuerte viento reinante en el aeropuerto. Aparecen sobre el mar como dos mosquitos apenas visibles. La emisora, instalada en un «Leyland» descomunal, inicia, su rosario comunicativo. El locutor se anima al comprobar que enlaza con los pilotos y les da instrucciones, instrucciones que no sirven de mucho, en vista del estrecho espacio en que han de evolucionar los pequeños «Piper Club», que al llegar al fondo del valle dan la vuelta y descienden valerosamente, casi a ras del suelo, y sueltan la negra estela fumigadora con «Lindane», valle abajo, hasta perderse en el mar, por encima de las lomejas de Agaete. Vuelven de nuevo y repiten la maniobra. Es bello su vuelo, pero efímero. Tienen muy poca autonomía: dos pasadas y regreso a Gando a repostar. El viento reinante, por otra parte, hace casi inoocuos sus esfuerzos. El humo se diluye y es dispersado por las corrientes aéreas, desapareciendo de la vista al instante, como si no hubiese pasado nada. La batalla prosigue. Aquí y

allá, en los mil rincones de la isla. Hasta los niños campesinos conocen su deber y, como en un juego, han aprendido a ahuyentar con voces y ruidos al voraz insecto.

Que no se ha conformado con quedarse en las islas.

UNA «DORADA» NUBE

En el pueblo de Gibraleón, en la provincia de Huelva, se está celebrando un partido de fútbol. Los espectadores siguen con emoción la pelota hasta que alguien alza la cabeza para preguntar extrañado:

—Oye, ¿qué es aquello?

—¿Aquello?

—Sí, eso que vuela...

A los pocos instantes los ojos de todos están fijos en aquellas chispitas doradas que parecen flotar en el aire, sin que al principio nadie sepa decir de qué se trata.

Lo peor es cuando las encantadoras chispas doradas son identificadas como langostas. Grandes langostas rojizas, las primeras de las que avanzan hacia el pueblo. ¡Adiós partido de fútbol! Los alrededores del cementerio aparecen cuajados de langosta y los alarmados vecinos abandonan todo para empezar la lucha.

—Dicen que es bueno quemar neumáticos y hacer ruido.

Y así comienzan todos la defensa contra el peligroso ortóptero. Nadie sabe demasiado bien lo que hay que hacer para defenderse, pero las asistencias técnicas llegan en seguida.

TECNICOS Y AGRICULTORES

Los telefonazos menudean. En la capital se sabe ya que a Lepe, Figueras, Paterna del Campo y Palma del Condado han llegado algunas concentraciones de langosta. Se moviliza a los técnicos de Agricultura de Sevilla y Huelva y el contacto con las zonas afectadas es constante.

—¿Muchos daños hasta el momento?

—No No muchos. Las que llegan carecen de fuerzas y están medio moribundas.

—¿Entonces?

—Tememos la llegada de otras concentraciones.

Los olivos y viñedos del campo onubense están cuajados ahora de fruto. Es por ellos por los que temen los agricultores.

—Sería terrible que la plaga se cebase ahora en los olivares.

En Palma del Condado, aunque la mayoría de los frutos están recogidos, se teme por los naranjos y los tomates.

Por eso el movimiento de técnicos, la colaboración de éstos y de los campesinos es algo realmente magnífico. Juntos en un carroco o separados, éstos, erguidos en el centro de la campaña con una pobre lata en la mano, o aquéllos desde un avión fumigador, los esfuerzos se aúnan.

EN EL CAMPO CORDOBES

Aunque, afortunadamente, ni la pequeña invasión que la langosta realizó por tierras de Huelva ni las que llevara a cabo por

Una avioneta cargando insecticidas para atacar a la langosta en las plantaciones



Este campesino de la isla señala las zonas más afectadas por la plaga

el campo cordobés, han tenido gravedad.

Hablamos con los centros del Ministerio de Agricultura sitos en Córdoba y la alarma no existe.

—Han pasado de largo, dirección Norte—es la exclamación gozosa.

HASTA EN EL ASFALTO

Sea por esto, sea por lo que fuese, la dorada nube parece ser que respeta las tierras peninsulares. Los daños en la Península son mínimos. De vez en cuando noticias aisladas comunican que algunas avanzadillas de la plaga se han ido adentrando más de la cuenta. Como las que llegaron el otro día a Linares e irrumpieron a saltos por las calles. Pero en el asfalto no hacen daño.

Es allí, en nuestras islas Canarias, donde la plaga ha adquirido caracteres de tragedia.

España entera vive en estos días pendiente de lo que sucede en aquellas islas.

R. GAMAZO RICO, desde Tenerife, y Paulino GOMEZ POSADA, desde Las Palmas





Mr. Stassen, con el uniforme de oficial de la Marina de Estados Unidos, durante la pasada guerra

NORTEAMERICA NO ES SANTA CLAUS

CUANDO a Harold Edward Stassen le nombró el Presidente Eisenhower director de la Agencia de Seguridad Mutua contestó a las preguntas del coro de periodistas, sonriente como es su costumbre, con un slogan publicitario: «Reducción del 10 por 100 en la ayuda al exterior. Norteamérica no es Santa Claus».

Harold E. Stassen es un hombre que tiene ahora cuarenta y siete años, mide 1,90 y está en la raya de los cien kilogramos. Es rubio, alto, fuerte, corpulento y se mueve con sorprendente rapidez. Sus problemas mayores a la hora de vestirse son pocos, salvo en el momento de elegir sombreros: no se encuentran de sus medidas. Se viste, como dice su esposa, en los grandes almacenes y es ella quien elige las ropas.

Stassen, que es un hombre de prodigiosa capacidad de trabajo, no fuma en absoluto y bebe solo en momentos de compromiso social. En sus vacaciones nada y lee. Lleva cuarenta años de lucha. Ama la política y se encuentra en ella como el pez en el agua. Desde muchacho tiene una regla de conducta, una nor-

ma política inflexible: no hablar en los discursos más de veinte minutos.

EL ORIGEN FAMILIAR

Los ascendientes de Harold E. Stassen eran emigrantes. Viniéron a América en los momentos que forman el ciclo último de las grandes emigraciones de final de siglo. Hasta 1880 las emigraciones, las de más importancia, habían correspondido a los anglosajones, irlandeses, alemanes y escandinavos. Hasta 1910, millones de familias inundaron, sin pausa, la nación americana. Pero las últimas olas de la nueva población se encontraban ya sin tierras. Las tierras vírgenes de Norteamérica, las tierras que se disputaban al indio en «las fronteras», pasaban a ser historia. El emigrante, entonces, se encuentra entre dos problemas: de un lado, tener que hacer la competencia al obrero americano. De otro, tener que ir a vivir, forzosamente, a las ciudades. De entonces es la creación de las grandes aglomeraciones urbanas y «nacionalistas» de los barrios polacos, judíos, húngaros, que dan a la gigantesca fisonomía norteamericana el aire de un crisol ardiente en el

HAROLD

EL DIRECTOR EXTRANJERAS DE LOS ESTADOS VISITA

VIDA EJEMPLAR DE

que se van fundiendo todas las razas.

La madre de Harold E. Stassen llegó a las costas americanas casi en pañales. Se llamaba Elsie Mueller Stassen, y sus padres eran de origen germánico. El padre, William, descendía de emigrantes noruegos y checos. Dos mundos, el noruego y el alemán, que no se daban cita, ni mucho menos, por vez primera en la sangre de América. De los noruegos se ha dicho que, empujados a los confines de la tierra habitable son, biológicamente, cabeza y manantial de población en otros países y para otros pueblos. El caso es que, tras ellos, para que fuera más característicamente americano del Norte, viene Harold Edward Stassen, que nace en el Estado de Minnesota un 13 de abril de 1907.

«TU, ¿QUE VAS A SER?»

Los padres de Stassen no debieron de hacer «las Américas», porque sus comienzos son malos. Nace en una pequeña granja a unas seis millas de Twin Cities. Un camino, por otra parte, que se lo va a aprender de memoria, ya que todos los días lo recorrerá andando para ir a la escuela. Los agricultores, por aquellos años soportaban una larga crisis económica en los precios agrícolas, que hacía completamente imposible que pudieran responder a los créditos que habían suscrito. Las ciudades, mientras tanto, crecían desaforadamente. Nueva York pasa de tres millones ochocientos ochenta mil habitantes en 1860 a siete millones doscientos setenta y ocho mil en 1900. El aumento de Chicago, en el mismo periodo de tiempo, va de quinientos mil a un millón seiscientos noventa y ocho mil. St. Paul, que será el centro de la actividad de Stassen, ya que es la capital del Estado de Minnesota, dobla su población. En sus avenidas, siguiendo el gusto de la época, aparecen extrañamente mezclados y discordes todos los estilos de edificación. Se copian las villas del Renacimiento y hay millonario americano que levanta con piedras traídas de Europa, castillos medievales. Por el año en que llegan los abuelos de Stassen a América se construye en Nueva York, en la East 18 Street, la primera casa

STASSEN

OPERACIONES ADMINISTRACION DOS (LA F. O. A.) OSPAÑA

OMBRE DE LUCHA

de pisos de alquiler. Este tipo de inmueble, que tuvo un éxito resonante e inmediato, se multiplica en toda la nación. En 1908, cuando Harold tiene un año, Theodore Roosevelt terminaba su mandato presidencial y decía estas palabras al abandonar la Casa Blanca: «Acaso otros hayan vivido más tiempo en esta casa y mucho más a gusto que yo, pero seguramente nadie se divirtió en ella tanto como nosotros... Es, pues, una mezcla de crecimiento y de cristalización de razas el fondo natural del pasado de Stassen. Desde ahí todo es presente, actualidad. Harold E. Stassen comienza a estudiar con nosotros. En el College alguien le pregunta:

—Tú, ¿qué vas a ser?

—¿Yo? Presidente.

ESTUDIANTE Y GRANJERO

Como la vida es dura Harold no se da reposo. En la escuela rural hace los seis grados en cuatro años. Cuando termina, a los quince años, ha decidido ya, terminantemente, entrar en la Universidad y seguir la carrera de leyes. No he de decir que, entre clase y clase, ha ayudado a sus padres y hermanos en todas y cada una de las tareas del campo. Dirige un poco a todos y no se queda atrás en nada. A los doce años, con su padre, asiste a una Convención republicana. Vio los colores abigarrados, el clima caldeado por las palabras, los gestos de pasión de las gentes. Cuando volvió a su casa dirigió la palabra a la familia.

El ambiente familiar de escasos está templado por la prometedora presencia de los hijos. Cada uno, después, ha tomado distintos rumbos y oficios. Cada uno a su aire. Uno, especiero. El segundo, laminador de metales. El tercero, empleado del Estado. Sólo la hermana le ha seguido: es su administradora en la oficina de St. Paul.

De todas formas, volviendo a sus estudios, no puede ingresar en la Humbolt High School porque necesita tener dieciséis años. Es un bache que se llena con trabajo y calamidades. Ese año, el padre, William Andrew, cae enfermo y el pequeño Harold, que por esa época disfruta ya de



A la izquierda, Harold E. Stassen en compañía de Foster Dulles, durante una sesión de la N. A. T. O. en París

una altura y una fuerza respetables, se hace cargo de la casa. Siembra, cosecha, compra lo necesario y vende, aprovechando las coyunturas del mercado, la cosecha de la hacienda. Cuando el padre se levanta pregunta a Harold:

—¿Cómo te las arreglaste?

—Con buena suerte.

Todavía, entonces, nadie podía imaginarse en la casa que llegaría a ser conocido como el «wonder boy» de Minnesota. El mozo prodigioso del Estado.

SE COMPRA LOS LIBROS VENDIENDO PERIÓDICOS

Cuando pasa a la Humbolt School, Harold E. Stassen comienza a llenar su vida de estudiante de toda clase de cálculos. En sus cuadernos escribe, de prisa y corriendo, el precio de los libros y, como los libros cuestan dinero, se emplea en una ru-

ta como repartidor de periódicos, consiguiendo que la venta normal de esa zona se triplique en dos meses. El muchacho corre y salta de la escuela a la casa y de la casa al empleo de vendedor de periódicos, como si nada tuviera mucha importancia. Lo que ocurre es que eso de «vender periódicos», que suena ya un poco manido entre nosotros, es una extensión más de las posibilidades de un muchacho americano. Vender lo que sea, periódicos o telas, es la formación de una vida sin excesivos prejuicios sobre la que se dibujan las caracteres de la vida americana. El, descendiente de emigrantes, lo sabe mejor que nadie. Sabe que hay que hacerse un nombre. Un nombre entre todos los nombres. Por eso cuando en 1922 ingresa en la Universidad de Minnesota, sabe que tiene que seguir trabajando. Su padre había asistido el año



Harold E. Stassen, en una de sus intervenciones en una asamblea de la F. O. A. celebrada en París



Aquí vemos a Stassen, cuando era gobernador del Estado de Minnesota, visitando a sus parientes granjeros en West St. Paul (Minnesota)

antes, con buena emoción, a su graduación en la High School. Ahora, a seguir.

DE CONDUCTOR EN LOS PULLMAN

Para cubrir sus gastos de universitario y poder vivir, Stassen trabaja en varios empleos. No le asustan en absoluto los más humildes o los más bajos. Toma, sin más, los que hay. Trabaja

como escribiente de un almacén, de mozo de engrase en una panadería, limpiando, barriendo y ocupándose de las máquinas. Se emplea además, durante tres años, como conductor de los pullman del Chicago-Milwaukee-St. Paul y los Ferrocarriles del Pacífico. En una ocasión, en el almacén, cuando se encontraba en pleno trabajo, alguien vino a decirle que acababa de morir el Presidente Harding. Y al preguntarle su amigo qué opinaba él sobre las próximas elecciones (año 1924) contestó: «Las ganarán los del G. O. P. (Grand Old Party. Republicano).

—Eso es imposible; es la corrupción.

—Sí; pero la nación está rica. Así fué. En las elecciones de 1924 Coolidge las ganó ampliamente. La nación, era cierto, parecía rica. Los Estados Unidos abrían créditos inmensos a Alemania. Toda América se lanzaba a la especulación. Nadie se esperaba la terrible crisis económica del año 1929. Quizá el único que no veía la cosa clara era el propio Presidente que, en un comunicado a la nación de diez palabras, anunció que no se presentaba a las elecciones de 1928. La esposa del Presidente, tan asombrada como todo el mundo, no tuvo otras palabras mejores que éstas para demostrar su asombro:

—Pues sí que estamos bien. No me había dicho ni una sola palabra.

CAPITAN DE TIRADORES DE RIFLE

Quizá nada refleje mejor la situación y el ambiente especial de la vida americana que rodeaba a Stassen en sus años de Universidad que unas palabras que hablan de él en aquel tiempo: «Era un estudiante de segundo que conocía a casi todos y casi todos le conocían.» En ese año es elegido como instructor acoplado al Cuerpo de Oficiales de Instrucción, llegando al rango de cadete teniente coronel. Desde los primeros meses de la Universidad se ocupa de casi todas las actividades sociales y políticas que una Universidad americana lleva aparejada con el simple hecho de pertenecer a ella. E interviene de tal forma directa y apasionada, que pasa

a tener una función directora. Desde 1924 a 1927 el equipo de Rifle de Stassen, del que es capitán, consigue para la Universidad de Minnesota tres campeonatos interuniversitarios. Y vence también nada menos que al departamento de Guerra, realizando Stassen una marca de 795 puntos sobre un total de 800. Ese mismo año es el del Match Internacional del Rifle, en el que Stassen, con su pareja, consigue el Campeonato de las naciones de habla inglesa.

Si alguien le preguntase entonces la muy famosa y corriente frase americana de «Who do you think you are?» (¿Quién se figura ser usted?), hubiera podido responder: «¡Un tirador!»

UNA MANIA: ESTRECHAR LAS MANOS A TODO EL MUNDO

Congrega a su alrededor al grupo de los aficionados e interesados en la política y funda, como si tal cosa, una especie de Asociación de los Jóvenes Republicanos, de la que, tomando el toro por las astas, termina por ser su presidente. Así que cuando en 1927 recibe su grado de B. A. (Bachiller en Artes) tiene ya una gran experiencia como orador y jefe de grupos. Un amigo de él, Elmer J. Ryan, que le acompaña en sus andanzas de entonces, le pregunta:

—¿Y ahora?
—Ahora, hacerme abogado a toda prisa.

Y así fué. Dos años más tarde, en 1929, recibía el diploma. Pero el trabajo tan duro y pesado de los últimos años se refleja de forma inquietante en su salud. Vagos dolores amedrantan al muchacho que ya tiene, por esa época, un aire rollizo. Alguien nos ha pasado un retrato suyo de aquellos días: «rúbilo, los ojos grandes y azules, de mucho peso y con gran cordialidad. Tenía la manía—dice la breve reseña biográfica—de estrechar las manos a todo el mundo.»

GRADUADO EN LEYES. ABRE BUFETE

No estaba seca la tinta del diploma que en el año 1929 certificaba sus estudios y su carrera, cuando con su viejo y constante amigo Elmer J. Ryan, abren en San Pablo del Sur un bufete. Harold Edward Stassen tiene entonces veintidós años. San Pablo del Sur tiene 10,000 habitantes y, entre ellos, para que las cosas vayan por su sitio derecho, un guarda de almacén que tiene una hija que se llama Esther Glewwe, a la que Harold E. Stassen conocía ya desde los días de la escuela.

El año 29 no era un año para bromas; la crisis que comenzaba en octubre de ese año iba a ser tan grave, que iba a poner sobre el tapiz americano este balance: catorce millones de parados. Al exceso de alza en la época de Coolidge sucedía la baja catastrófica. Los humoristas definían así la depreciación de la tierra: «Una granja agrícola es una extensión de tierra arable rodeada por todos lados de acreedores.» El día que tomaba posesión Franklin Delano Roosevelt advertía a los norteamericanos: «Los ahorros de las familias han desaparecido; un ejército de ciudadanos sin trabajo.» Este era, pues, el panorama. «Pensaba en-



Una fricción diaria
CON
Diplona

ES SUFICIENTE

PARA EVITAR LA CAIDA DEL CABELLO, ELIMINAR LAS MANIFESTACIONES SEBORREICAS Y REGENERAR LAS ZONAS CALVAS

LA VICTORIA DE LA CIENCIA ALEMANA SOBRE LA CALVICIE



EFICACIA
EXTRAORDINARIA

tonces Stassen en la granja de sus padres, en los 30 acres de tierra que cultivara más de una vez, ahora que el trigo había bajado a 37 centavos y el algodón a cinco?

El caso es que Stassen pensó que los malos tiempos, como los buenos, son para partirlos en dos y, sin pensarlo más, se casó con Esther Glewwe.

En muy pocos años el volumen de los negocios de «Stassen and Ryan» tomaron un carácter de gran importancia. Los dos de acuerdo aumentaron la empresa, y así, la ciudad, vió cómo llegaban a su «office» cuatro procuradores nuevos. Cuando se le preguntó a Stassen, años después, por el volumen de sus ganancias como abogado respondió: «Bastante más que los 7.000 dólares anuales que alcancé más tarde como gobernador del Estado».

GANAN LAS ELECCIONES SIN PRESENTARSE A ELLAS

Le seguía tentando, como siempre, la política. Por otra parte la crisis nacional era tan intensa y tan discutida y polemizada la gestión presidencial de Hoover que nadie podía permanecer neutral. Una ola de escándalos y de corrupción de toda clase se levantaba, espectralmente, sobre todo el país. Así estaban las cosas cuando Stassen se presentó a las elecciones para el puesto de Attorney (fiscal) del Condado.

Venció en la elección, la verdad sea dicha, sin realizar un gran esfuerzo. Ese año cristalizaron todos los esfuerzos anteriores, y las enfermedades que le rondaban desde su tiempo de estudiante y engrasador, se transformaron en una tuberculosis importante. Amarrado a la terrible necesidad permaneció durante siete meses pacientemente acostado en el Sinatorio y luego, más tarde, en su casa.

Mientras tanto, su campaña electoral es desarrollada y cumplida, como un objetivo militar, por su colega Elmer J. Ryan. Es éste el que habla por él ante los amigos de ambos que saben, porque las malas noticias vuelan, que el orador verdadero está atado, manco del pecho, a la cama. Aun así la elección se gana.

Cuando se levanta, completamente curado, podía haber tomado para sí las palabras del Presidente recién electo: «Gracias a Dios, nuestras dificultades sólo son de orden material.»

Fue reelegido sucesivamente hasta 1938. Interviene, desde su puesto, en todos los conflictos sociales y políticos. Cuando los ganaderos intentan una huelga que impida la venta de leche, Stassen les comunica que perseguirá cualquier clase de violencia, pero los añade que si los ganaderos le toman como procurador les ayudará a obtener mejores precios. Todas estas historias de su conexión con los empresarios le restarían muchos y decisivos votos, andando el tiempo, en las convenciones nacionales del partido.

EL GOBERNADOR MAS JOVEN DE TODA LA HISTORIA AMERICANA

Toda la carrera de Stasen gira alrededor de este gran Estado



El director de Operaciones Extranjeras de Administración, en su casa de Washington, acompañado de su esposa e hija

del Norte. Ha sido querido y considerado en su tierra de manera firme y constante. Por eso, y porque su Liga de los Jóvenes Republicanos ha ido ganando fuerza y poder ante el partido, Stassen, se anunciaba en 1937 para las elecciones de Gobernador del Estado de Minnesota. Esta vez la prueba era firme.

Venció a los partidos conservadores fácilmente, pero quedaba todavía por resolver la papeleta de la oposición más dura: la del gobernador actuante, Elmer A. Benson, que llevaba ocho años en el puesto y tenía consigo la formidable máquina política del grupo Farmer-Labor.

Es entonces cuando pone a prueba sus calidades de energía y dureza, de afabilidad política y deseos de conquistar la victoria. Recorre, con implacable voluntad, todo el Estado sin dejar tras sí una sola ciudad, villa, aldea o pueblo. Habla de la mañana a la tarde, pronunciando en el día cuatro discursos. Cuando se le pregunta, responde: «Y uno de propina después de cenar».

Extrae de entre su enorme «Repulencia las buenas maneras de la cordialidad. Cuando termina sus discursos, de «nunca más de veinte minutos», que acostumbra a repetir, estrecha las manos de los oyentes y oye a unos y a otros. Desde el estrado a la puerta de salida, por entre la trinchera de las gentes de un lado y de otro, saluda a los conocidos. Este es su perfil de hombre de elecciones. Como en la Universidad «conoce a todos y todos le conocen».

Cuando se procede al recuento de votos el resultado final de este hombre a quien todo el mundo conoce hoy como «el gobernador de Minnesota» es el siguiente:

Stassen	678.839
Benson	387.263



Ante el corro de periodistas, Mr. Stassen suele contestar frecuentemente con su ya clásico «slogan» publicitario: «Norteamérica no es Santa Claus»

Es un triunfo completo. Y para los americanos tan amigos de dar a todo un sentido de récord y de dimensión de match deportivo, una noticia estimulante: Es el gobernador más joven de toda la historia americana. Tiene, entonces, treinta y un años.

DE TREINTA Y NUEVE MILLONES DE DEFICIT A TRES DE SUPERAVIT

Stassen mantuvo sus promesas, las promesas que hiciera en la campaña electoral. En unas cor-

tas sesiones legislativas limpió el Estado de numerosas lacras y corrupciones. De treinta y nueve millones de déficit con que se encontró de herencia dejó tres millones de superavit a su marcha.

Su ley del Trabajo impedía que ninguna huelga pudiera ser declarada mientras ambos disputantes no permanecieran durante diez días en una especie de meditación fría o de «refrescante distancia». Y de treinta días si la prosperidad pública estaba envuelta en el asunto.

Siguiendo las tradiciones mantuvo con sus electores conversaciones por radio y a través de los periódicos y las cartas.

Las dificultades administrativas debían ser grandes ya que, en el año 1932, fueron suspendidos los pagos en veintidós Estados. Para aliviar a los agricultores, para animarles al trabajo y a ordenar de nuevo sobre él la existencia que se había visto invadida por la ola de especulación que alcanzó a casi todas las clases sociales, el Gobierno tomó sobre sí parte de las hipotecas, disminuyendo, de paso, el tipo de interés. Para impedir la baja de los productos agrícolas se limitaba el cultivo del trigo y del algodón, los dos productos fundamentales cuya caída arrastrara consigo la del agricultor. Nació así con esta serie de medidas planificadoras de la economía americana, el sistema político que ha venido llamándose «New Deal».

Sobre este terreno, fértil en riesgos y en dificultades, se desarrollan los primeros años del mandato de Stassen.

Fué reelegido en noviembre de 1940 para el período del 41 al 43, y de nuevo, posteriormente para el siguiente. Pero en marzo de 1942, mientras se cumplía el segundo período de su mandato, quedaba inscrito como oficial en las Fuerzas de la Reserva Naval de los Estados Unidos. Poco faltaba para que, Stassen, como Mambrú, se fuera a la guerra.

Ello sucedió pocos meses después de haber inaugurado su tercer período como gobernador del Estado. La fecha de su designación es la de 27 de abril de 1943. Dos días después formaba entre las filas de instrucción y adiestramiento de Fort Schuyler, en Nueva York. En agosto, porque el horno no estaba para bollos, pasaba al Estado Mayor del almirante William F. Halsey.

BAJO EL FUEGO DE LOS JAPONESES

El barco de Stassen, de la tercera flota fué alcanzado por dos veces en los combates que se libraron en el mar de las Filipinas. De junio de 1944 a enero de 1945 las cosas estuvieron bien y mal y de él debieron quedar satisfechos cuando le fué impuesta la Legión del Mérito y ascendido a capitán en septiembre de 1945. El almirante Halsey dijo a la hora de la condecoración estas simples palabras: «Es un gran oficial naval.»

Del Pacífico, nombre mal puesto a un mar de tanto ruido, pasó a San Francisco para intervenir como delegado de los Estados Unidos en la famosa conferencia que allí tuvo lugar. Hizo todo lo po-

sible para mantener la tendencia del veto, arma que ha tenido terrible eficacia en manos de Rusia, fuera de la Carta de las Naciones Unidas. Después de uno de los debates un periodista le preguntó por el significado político del veto. «Es—dijo—la carta oficial para decir, no, cuando debe decirse sí, y sí cuando debe decirse no».

En aquellos días de tierno idilio bélico, el periodista se permitió sus reservas mentales. Pero Stassen, cuando se incorporó a la tercera flota la encontró ya amarrada muellemente en puertos japoneses.

Se dedica, entonces, por nombramiento expreso, a montar un sistema que envíe rápidamente a los Estados Unidos los prisioneros de guerra norteamericanos encargándose, al tiempo, de la formación de barcos-hospitales para evacuar a los 15.000 heridos. Así hasta que el 15 de noviembre de 1945 es descargado del servicio. Y otra vez a la política. Ahora ya no quiere ser ni fiscal ni gobernador del Estado de Minnesota. Ahora quiere ser Presidente de todos los Estados. Algo así como la inscripción que lleva el águila del escudo norteamericano: «E Pluribus Unum». De varios, uno sólo.

EL FRACASADO Y CONTINUO ASALTO A LA PRESIDENCIA

Hasta el momento presente todos los intentos de Stassen han fracasado en cuanto significa el paso abierto hacia la Casa Blanca. En tres elecciones ha sido derrotado implacablemente. En las dos primeras había comparecido por el ala izquierda del partido republicano. En la tercera por la puerta derecha del partido. Pero ni en el 44, ni en el 48, ni más tarde en el 52, consiguió ser elegido por la Convención. Que sabido es que, igual el republicano que el demócrata, antes de ser candidatos auténticos, tienen que someterse a elección dentro del partido y que, este trámite, es decidido en la Convención.

De todas formas Stassen ha luchado ciegamente por conseguir salir adelante. En la primavera de 1947 dedica setenta y dos días para recorrer 16 países de Europa incluyendo, naturalmente, las conversaciones y entrevistas que su equipo político consideraba importantes desde el punto de vista electoral de la campaña del año 1948.

Este «enfant terrible», que no se deja abatir por la adversidad, se presenta en esos meses europeos, por este orden, ante Stalin, Atlee, Ramadier, Benes, De Gasperi y el Santo Padre.

La entrevista con Stalin, cuya transcripción se hizo fielmente con las notas de los asistentes y las del intérprete ruso Pavlov, las dió la vuelta Stalin para presentar como posibles las relaciones pacíficas de las dos economías adversas. De paso habló de una crisis en la vida del mundo occidental. Tesis ya conocidas que no podían impresionar a los electores americanos. El partido republicano siguió considerando a Stassen poco maduro, a pesar de la gran campaña de entrevistas en Europa, para las tareas

presidenciales. Y ni aun su victoria sobre Dewey sirvió para algo práctico.

En su discurso de Oregón el 1 de junio de 1948, publicado entre los «Stassen Vital Speeches», pidió la promulgación de una ley que declarase al comunismo fuera de la ley. Ni para él mismo parecía servir de nada su viaje a Rusia.

PRESIDENTE DE LA UNIVERSIDAD DE PENNSILVANIA

En 1948, después de su larga campaña contra Truman y su Administración, en el mes de julio le es ofrecida la presidencia de la Universidad de Pensilvania para suceder al doctor George W. McClelland, por decisión unánime. «Fué elegido—decía el «Herald Tribune», cotidiano de Nueva York—por su intenso interés en la educación universitaria, por su visión clara y por sus frescos conceptos de la función de las instituciones y, sobre todo, por su llamada a la juventud americana...»

Nada más tomar posesión, presenta en noviembre planes de ampliación de edificios y jardines, y en una de esas vastas manifestaciones que tienen las agrupaciones americanas, ante la «Pennsylvania Society», urge, en diciembre de 1948, la formulación de leyes que protejan a los Estados Unidos contra los «quintacolumnistas». Esta es su época en que lanza al mercado de las ideas pintorescas y no pintorescas, razonables y extrañas, del mundo americano, su opinión de creer que deben fomentarse las contrarrevoluciones al otro lado del «telón de acero». «Incansable—como decía el «Newsweek» el 7 de enero de 1952—, continúa hablando y haciendo circular sus ideas.»

ESPAÑA, PUNTO CLAVE PARA LA F. O. A.

Como administrador o director de las Operaciones Exteriores de la Administración de los Estados Unidos ha continuado sus viejos pensamientos de ayuda a Europa, que se anticiparon al Plan Marshall, pero limitando los objetivos y cerrando la bolsa del país. Como antiguo granjero, como buen administrador, la escala de operaciones efectivas de la F. O. A. han ido a tener más eficacia que extensión. Por eso en 1953 el personal administrativo fué reducido, de 789 funcionarios a fines de enero a 389 en noviembre de ese mismo año.

Stassen se ha mantenido firme en los últimos tiempos en cuanto a los países que deberán recibir ayuda económica. España, Grecia, Turquía y Francia, por este orden, son para él los puntos importantes. Con respecto a España ha dicho últimamente estas significativas palabras: «Al invertir dinero en España Norteamérica garantiza la seguridad del mundo libre y la suya propia.»

Stassen es, religiosamente, baptista. Tiene dos hijos, Glen Harold y Kathleen Esther. Es un hombre de prodigiosa capacidad de trabajo. Es feliz en ese mundo del viaje y la acción. Se puede decir de él que pertenece a la generación viva de los hombres de empresa y de riesgo.

Enrique RUIZ GARCIA

LA INTERPOL



La lucha contra los estupefacientes alcanza a todo el mundo. Un policía inglés registra a un sospechoso

UN GRAN APARATO POLICIAL QUE EXTIENDE SUS TENTACULOS POR TODO EL MUNDO

EN LUCHA CONTRA LA OLEADA DE TRAFICANTES Y FALSIFICADORES

El camino que conduce directamente de la ciudad de San Antonio a Méjico es bonito. El paisaje es monótono, pero grandioso. El río Grande y sus afluentes amenizan de vez en cuando la planicie. Huele a húmedo. Se puede caminar entre una vegetación baja y un acompañamiento de picachos y colinas tan tanto inexplicables. La división entre Estados Unidos y Méjico está marcada por una señal artificial. Casetas, banderas y unos cuantos policías en mangas de camisa es todo el aparato de que se compone la frontera. Cae la tarde y el tráfico no es grande; sólo del lado mejicano algún «manito» se acerca de vez en cuando a «pegar la hebra», con una cantinela lenta, lenta. Inacabable.

—¿Y cómo disen que les va...? Aunque nadie parece dispuesto a confesar cómo marcha. Todos los guardianes están somnolientos. O, por lo menos, eso parece. Pasa un coche, y otro, y otro, y los guardafronteras realizan los trámites de rigor como distraídos... Llega un «Chrysler» último modelo, y todo se lleva a cabo de la misma forma rutinaria.

—¡Bonito coche!—es la única cosa que pronuncia un sargento saliendo de su mutismo.

Al oír la frase, un hombre de paisano ha salido del interior de la caseta.

—Cierto, sargento.

Y luego, dirigiéndose al ocupante del coche.

—Es un último modelo, ¿no, señor?

—Exacto.

—Claro, tiene que serlo. ¿Lo ve usted, sargento? Y usted empeñado en asegurar que esa línea de las aletas era más alta de lo normal y que la carrocería parecía como hinchada. ¿Es un último modelo! ¿Lo oye?

El hombre del coche parece no prestar atención a la charla del de paisano, tan sólo contemplando al sargento, que juega con el pasaporte. Al final, el policía se lleva la mano a la gorra, como dando por terminada la gestión, a la vez que entrega al conductor del «Chrysler» sus documentos.

—¡Adiós, señor!

—Adiós.

Y aun no se ha perdido el coche en el primer recodo, cuando otro coche sale de la Aduana.

—Siga a ese coche a distancia, sargento.

—Como usted diga, inspector.

Y el inspector al servicio de la Interpol resultaba ser el mismo hombre de gris. El charlatán interesado en modelos de coches.

FINAL DE PELICULA

La operación resultó fácil esta vez. Claro que hacía meses que se venía siguiendo la pista al tal sujeto. Pero resultó fácil, a pesar de todo. El coche pudo alcanzar

con facilidad la vaguada, y desde la altura sargento e inspector divisaron una joven haciendo guardia entre temerosa y envaletonada.

El «Chrysler» de rara línea pasó momentos después. Apenas se detuvo un instante ante la chica. Hubo un cambio de objetos, y en las manos de la muchacha quedó un paquete. Pequeño, absurdamente pequeño. Entonces el coche salió a gran velocidad. O pretendió salir. Porque en dirección contraria le cortaron la salida unos cuantos coches, y lo mismo le ocurrió por la espalda cuando quiso retroceder. En cuanto a la chica, ya estaba convenientemente escoltada por el sargento y el inspector de la Interpol.

—El paquete, sargento.

—Aquí lo tiene usted, inspector.

—¿Marihuana esta vez? ¡Vaya, no está mal!

CON DOBLE FONDO

La red de la Interpol (Comisión Internacional de Policía Criminal) se extiende actualmente por 35 países, con un total de hasta 48 naciones participantes en las últimas Asambleas. El corazón de la Interpol está en París, en los locales de la Sûreté Nationale, en el ministerio del Interior de París.

Es aquí donde a M. Louwage, el eminente policía belga, actual presidente de la organización, le llegan las noticias de la victoria final en el complicado asunto de drogas relativo a las Escuelas Superiores estadounidenses.

—Hemos ganado una vez más. El final del caso fue sencillo una vez localizado el sujeto que traficaba con todos los estudiantes de las Escuelas Superiores del

Estado de Tejas—le dice uno de los inspectores encargados del asunto—. Era en la carrocería del coche donde el individuo colocaba su mercancía. Toda ella iba provista de doble fondo.

Se repasan los informes relativos al caso, en los que han intervenido el Servicio Secreto de Estados Unidos y la Oficina de Narcóticos de Washington, miembros especiales de la gran hermandad de la C. I. P. C. en todo lo tocante a falsificación de moneda y tráfico de estupefacientes. Pero el caso tenía raíces más profundas, puesto que el criminal era bien conocido por sus anteriores actuaciones en países europeos, y aún en alguna ciudad del Norte de Africa.

EL GRAN PULPO POLICIAL

Pero para la Interpol nada hay difícil. Extiende sus tentáculos a todas partes, y la colaboración decidida de los países asociados hace más fácil la labor. Para el traficante no hay tren que le salve del castigo, ni avión, ni buque, por veloces que quieran ser.

Es verdad que puede escoger como refugio alguno de los países en los que la extradición no existe. Pero la Interpol conoce bien los métodos de arrastrar a los personajes por cuyas vidas se «interesa» hasta los terrenos en los que su actuación se hace posible.

Los dos objetivos principales de este simpático pulpo policial son los falsificadores y los traficantes en drogas, personajes que ya de antiguo acostumbran a trabajar en gran escala, huyendo de un país al vecino, reposando en las leyes del de más allá, o simplemente pasando, a cada nuevo avance de la policía, una frontera más.

Fué por esto por lo que en el Congreso de Policía Criminal Europea celebrado en Viena en 1923 se hizo preciso aunar todos los esfuerzos. ¿Bandidaje internacional? Pues Policía Internacional también.

Ahora el criminal puede huir, sí. Pero un simple telefonazo basta en muchos casos para que la Oficina de la Interpol del país de destino, servida siempre por agentes de la Policía nacional, esperen gentilmente en la estación, en el puerto o al pie del avión al individuo en cuestión.

—¿Quiere seguirnos, por favor?



Nuestras fotos recogen dos momentos durante la intervención en el interior de un camello utilizado para el tráfico de estupefacientes, de donde han extraído varias cápsulas

CONTRA FALSIFICADORES Y TRAFICANTES

Año tras año, desde estas fechas de 1923, la Interpol se va fortaleciendo, engrandeciendo, ensanchando. En 1938, cuando ya cuenta con 39 países asociados, la segunda guerra mundial interrumpe toda la labor de la Interpol, y no es hasta después de la guerra cuando se vuelve a reorganizar.

La ola de bandidaje, de tráfico de divisas y de estupefacientes se hace en Europa aterradora en estos años de 1945 y 1946.

Pero los hombres de la Policía no duermen. Monsieur Louwage, en esta época inspector general de Policía en el ministerio belga de Justicia, decide actuar. Y por su iniciativa 19 países se reúnen en Bruselas en este año de 1946. Se discute, se trata de establecer un tratado único de extradición, de aunar los esfuerzos de la Justicia y de hacerla de verdad una.

Y de todas estas discusiones y ponencias, de todos estos esfuerzos nace la actual Interpol, cuya sede se traslada entonces a París y de la que forman parte 35 países.

No hay ni que decir que la Policía española ha sido siempre una de las primeras en colaborar y participar en todas las actividades de la Interpol, entre cuyos países asociados nos contamos.

Pero la Interpol hace algo más que detener estafadores y perseguir ladrones internacionales. En sus actividades hay un fondo moral indudable, y no sólo tiende a detener y castigar al malhechor, sino a su vez a evitarlo.

En sus Asambleas anuales discuten con un afán constructivo los países asociados. Personalidades de primer orden de la investigación criminal ponen su ciencia y su experiencia al servicio de la beneficiosa organización.

LA HORA DEL «PARTE»

Las formas en las que la Oficina Central de la Interpol tiene de comunicarse con las diferentes oficinas asociadas son muy diversas. Claro que en primer lugar figura la radio, medio preferido de transmisión de noticias, lista de malhechores y datos precisos para su captura, que con todo detalle pueden ser obtenidos en el maravilloso fichero existente en las oficinas de M. Louwage. Equipos de control escuchan diariamente desde los 35 países asociados las noticias transmitidas y, a su vez, proceden a comunicar a la central todos los problemas de índole internacional cuya marcha atañe a ésta.

La comunicación es, por lo tanto, continua, y todas las ramas de la Interpol se mueven siempre de acuerdo.

REUNIÓN DE «SABUE-SOS»

Dos caras tiene esta XXIII Asamblea de la Interpol. Por un lado, el lado teórico, el lado moralizador. Son abogados ilustres los que se alzan de sus asientos para hablar. Es ahora un gran criminólogo quien habla sobre los últimos métodos de investigación criminal. Más tarde, un doctor eminente el que comunica sus úl-

timas investigaciones sobre este o aquel estupefaciente.

Por la gravedad y la importancia de las ponencias, las sesiones se llevan a cabo a puerta cerrada, con un gran secreto. La guerra contra el criminal se declara una vez más, pero ésta con nueva fuerza, más profundamente, yendo a buscar de verdad las razones de esta lucha en el alma misma.

Paso a paso se van elaborando las que luego serán conclusiones de la Asamblea. Los 116 delegados ponen en las sesiones todo su entusiasmo.

Hoy se propone la colaboración de la Policía con las instituciones bancarias; mañana, el adiestramiento de los cajeros para la pronta verificación de los valores y la moneda extranjera falsificados.

Si ya se ha solucionado el problema de las infracciones de la ley a bordo de buques, ahora se trata de hacerlo con las que ocurren a bordo de aviones.

«Que se confiera a los mandos aéreos una autoridad semejante a la que tienen los mandos de naves en cuestiones de infracciones de la ley», es la petición de algún país.

Y, sobre todo—sobre todas las cosas—, se aúnan los esfuerzos en contra de esa red de traficantes de estupefacientes, de falsificadores y contrabandistas, para los que la Asamblea ha empleado la palabra «criminal».

Puesto que como verdaderos criminales deben ser considerados estos malhechores que envienen a la juventud, que dan pie a la delincuencia juvenil y pudren una civilización.

Y mientras el abogado, el doctor, el especialista exponen sus ponencias en esta XXIII Asamblea, la otra faz de la Interpol, la activa, continúa la lucha.

El «episodio Carreri» viene a ser a modo de música de fondo en el transcurso de las conferencias. Música de fondo un tanto agitada, es verdad, y hasta con resonancias y armonías de película de misterio. Pero esto es lo habitual para estos hombres de la Interpol.

El «episodio» no deja de tener su lado novelesco, y el final deja bien alto el pabellón de la C. I. P. C. Todos los delegados se informan diariamente de la marcha del caso.

EL «EPISODIO CARRERI»

No hace tanto que Carreri huyó de Roma y se refugió en Guatemala. La historia es bien conocida, sobre todo, porque Carreri es responsable de una serie de falsificaciones bastante notables. Se le tenía en libertad provisional mientras se aguardaba el resultado de la apelación de una sentencia al Tribunal Supremo de Roma, cuando Carreri huye. ¡Y huye a Guatemala!

Todos los delegados, todos los miembros de todas las Policías del mundo saben que en Guatemala la extradición no es posible y, sin embargo, interesadamente se sigue este «episodio Carreri»... Algo tiene que ocurrir... Algo. Sobre todo cuando la Interpol ha entrado en funciones.

Y, efectivamente. Casi como por arte de encantamiento la Policía se encarga de atraer a Carreri hasta El Salvador, de hacerle salir de su castillo inexpugn-

ble. Como logra esto la Interpol pertenece al secreto del sumario. Pero se logra.

En Roma se sigue el menor movimiento de los agentes. Entre sesión y sesión, o en voz baja durante una ponencia, se comentan las últimas noticias sobre el caso. En francés, en inglés, en español, en italiano. La voz de la Justicia no tiene limitaciones de lenguas.

Hasta que se supieron las estampas finales de la «cinta». Al principio se temió incluso un fracaso. Porque la sorpresa fué mayúscula cuando los delegados de la autoridad se dirigieron en el puerto de Génova al buque «Ne-reide», a cuyo capitán se había hecho entrega de Antonio Carre-ri en estado de arresto. Y Carre-ri no está.

Menos mal que la alarma dura poco. La Interpol hemos dicho ya que es un enorme pulpo y tiene muchos tentáculos. Y lo que había ocurrido en este caso es que uno de los tentáculos—el francés—se había adelantado al otro—el italiano.

Porque la Policía francesa había sido quien, durante la escala en Marsella del barco, y con la anuencia del consúl italiano, se había hecho cargo de Antonio Carre-ri.

Pero, mírese el lado activo o contémplese el teórico, la Interpol no tiene en la realidad sino una sola cara: la cara de la justicia y de la verdad.

Y a esclarecer esta verdad, a darla forma, viene el discurso del Santo Padre. Sabios doctores, criminalistas, ilustres personalidades policíacas, asisten emocionadas a la audiencia pontificia, en la que el Papa, en francés, habla directamente de la raíz de la lucha.

EL ALMA DE CASTELGANDOLFO

El aspecto de la sala de audiencias del Palacio de Castelgandolfo es imponente. Hasta cuatrocientas personas se apiñan para escuchar el mensaje de Su Santidad a los asambleístas de la Interpol. Claro que esta vez los asistentes son algunos más de los congresistas, y que esta sesión, la culminante del Congreso, si así se nos permite llamarla, es la más importante para todos.

Aparece la blanca figura de Pío XII, y el silencio se hace impresionante. Los asistentes escuchan conmovidos esa voz que se abre paso dulcemente, que se eleva por entre las columnas y que tan bien sabe hablar directamente a cada uno. Los problemas, los reales problemas de los asambleístas son magníficamente tratados por Su Santidad. Y toda una línea de acción, todo un programa de lucha, va dibujándose tras las frases del Papa:

«No es misión Nuestra examinar los problemas técnicos de vuestra profesión. Nos querriamos solamente subrayar con alguna observación particular dos consideraciones de orden general: vuestra posición en la sociedad, que vosotros tenéis la obligación de defender, y vuestro comportamiento con el delincuente, del que procuráis su enmienda. Al manifestaros nuestra estima por la labor que realizáis Nos queremos colocarnos solamente en el centro de la cuestión. La estima que los hombres sienten por sus semejantes, por muy sincera y preciosa que sea, no tiene un va-

lor auténtico si no está fundada en el orden objetivo de las cosas, adquiriendo entonces un significado moral y religioso. Quien presta a la sociedad el eminente servicio de garantizarle la seguridad no solamente de los bienes materiales, sino principalmente de las personas, contra los actos criminales, bien merece el más alto aprecio moral.

Antes de nada, en el ejercicio de vuestra función, como también fuera de ella, se plantea una exigencia fundamental, que ha de ser satisfecha por el juicio que vosotros tenéis sobre el hecho del delito y su autor. Este juicio ha de corresponder a la realidad objetiva, ha de ser, en una palabra, verdadero. El desarrollo de todo el proceso, desde el principio al final, y la intervención de cuantos participan en él (acusadores, testigos, defensores, etc.) obedece al mismo principio y tiende al mismo fin: es necesario que respaldanza la verdad.

Muchos malhechores, principalmente los de profesión, no merecen—hemos de confesarlo—mucha consideración; pero la gravedad, la dignidad de la justicia y de la autoridad pública exigen la observancia de normas jurídicas sobre el derecho del acusado y su interrogatorio. Es necesario que en todos y cada uno de vosotros exista el deseo de conducir al acusado a formar nuevamente parte de la sociedad, y es preciso utilizar todos los medios posibles para conseguirlo. Jamás se precipiten los jueces a condenar irremediablemente a un hombre y a abandonarlo totalmente sin posible ayuda alguna para encontrar el camino del bien.»

CHARLA EN CASTELGANDOLFO

Se sale de Castelgandolfo. En el ánimo de todos obran las emotivas palabras del Papa. Los 116 delegados y sus familias empiezan ya a despedirse, coronados ya todos los objetivos de la reunión. Se mezclan los idiomas y los acentos. Apretones de manos de los que ya parten, conversaciones animadas de los que todavía se quedan.

Bajando lentamente, como lo pide la plácida naturaleza, un grupo charla en español. Lo com-

ponen el secretario general de nuestra Dirección General de Seguridad, señor Fernández Feijóo; el secretario técnico de dicho organismo, señor Calatayud; el jefe del Laboratorio Policial, señor Santamaría, y el profesor de la Escuela Superior de Policía señor Echalecu.

Un hombre alto, de aspecto indudablemente anglosajón, se les acerca un instante, acompañado de dos franceses. Son despedidas inevitables de los compañeros de estos días a los colaboradores de siempre. Y, como es lógico, los comentarios de casos, de éxitos, salen a la superficie.

—Una y mil veces, gracias a la Policía española por el magnífico éxito alcanzado en el caso del asesino inglés Herper, detenido en Irún, y ya ajusticiado.

Se expresan con humildad nuestros compatriotas, e interviene algún francés:

—Ha sido también la Policía española la que descubrió la falsificación de dólares en escala internacional que se venía haciendo impunemente, ¿no es verdad?

—Sí. Por cierto, que este gran éxito policial ha partido de la humilde plantilla de Soria. En esta ciudad fueron detenidos ciertos individuos, sospechosos de falsificación de moneda..., y de ahí salió todo el hilo.

—¡Buen trabajo!

Se recuerdan, entre comentarios, los éxitos de otras plantillas, como las de San Sebastián y Madrid, en diversos casos de falsificación de moneda y también la detención en Gerona de otro individuo acusado de homicidio, que, rechazado en la Legión Extranjera francesa, venía a alistarse en la nuestra.

Los extranjeros tienen halagadoras frases para nuestra Policía. El grupo sigue bajando lentamente en dirección a Roma. Policías de 48 países abandonan Castelgandolfo en coche y a pie. La Asamblea ha terminado.

Pero las palabras del Papa, poniendo una razón a toda la lucha, dando profundidad moral al trabajo de todos, quedan claras en el ánimo de cada uno.

Y su decidida vocación de lucha en pro de la moral y de la justicia se hace más fuerte en el ánimo de esos hombres.

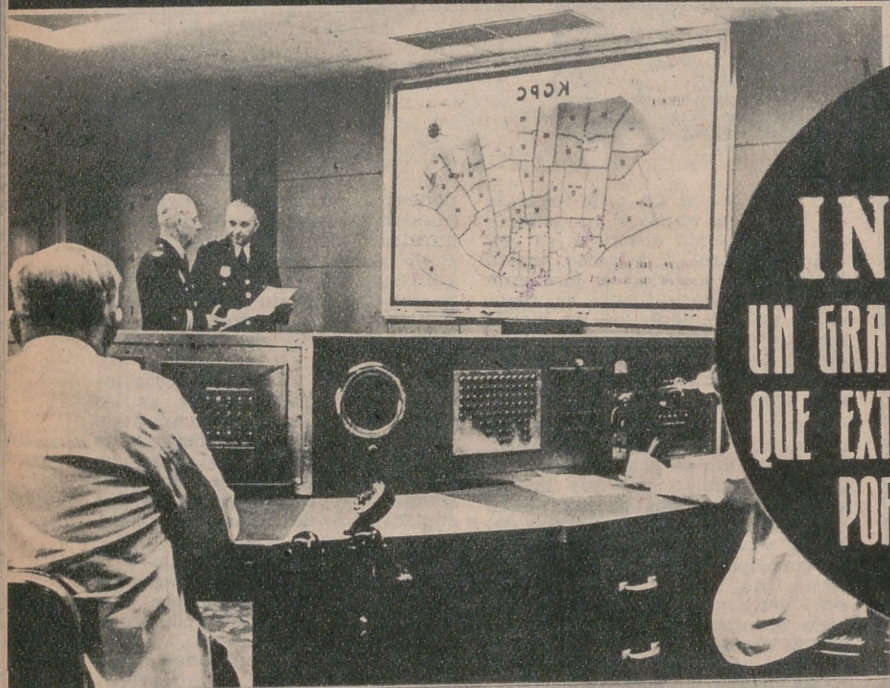


La Policía del puerto de Nueva York utiliza modernos helicópteros para la vigilancia de los extensos muelles

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120



**LA
INTERPOL**
UN GRAN APARATO POLICIAL
QUE EXTIENDE SUS TENTACULOS
POR TODO EL MUNDO

1945-1946, LA EDAD DE ORO DEL BANDIDAJE EUROPEO

NACIONES PARTICIPARON EN LA ULTIMA ASAMBLEA



Izquierda: La Policía egipcia captura un importante contrabando de opio valorado en millones de dólares. — Derecha: Policías norteamericanos sostienen un duelo con traficantes de estupefacientes en Chicago